

El último de mi ESTIRPE



Sonia
López Souto

EL ÚLTIMO DE MI ESTIRPE

SONIA LÓPEZ SOUTO

Hablaré de los berserkers, los catadores de sangre,
Aquellos héroes intrépidos, ¿cómo trataban
A los que se vadean en la batalla?
Piel de lobo les llaman.
Portan escudos sangrientos.
De puntas rojas son sus lanzas cuando marchan.
Forman un grupo apretado, cerrando filas.
El príncipe, en su sabiduría, confía en ellos,
En los que cortan los escudos enemigos.

Haraldskvæði (parte de Hrafnsmál)

ÍNDICE

[LEALTAD ABSOLUTA](#)

[EN LA BATALLA](#)

[FIN DE LA NEGOCIACIÓN](#)

[SECRETOS](#)

[LADY VALIENTE](#)

[LA OTRA CARA DEL GUERRERO](#)

[LA DECISIÓN](#)

[OLORES](#)

[SU SANGRE](#)

[LA REVELACIÓN](#)

[REBELIÓN](#)

[DESTINO O ELECCIÓN](#)

[PALABRAS O ACTOS](#)

[CONFESIONES](#)

[TRAICIONES](#)

[PREPARATIVOS](#)

[RUMBO A LA GUERRA](#)

[DESCUBIERTA](#)

[FUEGO, SANGRE Y ACERO](#)

[LOCURA](#)

[BESTIAS](#)

[PELIGRO](#)

[LA BÚSQUEDA](#)

[EL VIAJE](#)

[ASUNTOS PENDIENTES](#)

[FAMILIA](#)

[CAMBIOS](#)

[JURAMENTO](#)

[EPÍLOGO](#)

LEALTAD ABSOLUTA

Año 1156, 6 de Enero, batalla de la Epifanía, Islay

Desde la muerte de Olaf en el año 1153 a manos de sus sobrinos, su hijo y heredero, Godred Olafsson, se había dedicado a gobernar las islas con mano dura, algo que a sus jefes parecía no gustar demasiado. Y tal vez por ello, la idea de que Somerled, casado con la hermana de Godred, se ocupase de sacarlo de su trono, les pareciese un buen arreglo.

Fue Thorfinn Ottarsson quien se encargó de hablarle del cambio a Somerled que, siempre ávido de poder, se presentó en Islay la noche del 6 de Enero con 80 de sus mejores birlinns para hacer frente al ejército de Godred y usurpar su lugar como Rey de las Islas.

—Pronto —Somerled habló en susurros pues estaban ya cerca de la costa— todo esto será tuyo, hijo. Eres joven, pero también fuerte y decidido. Yo estaré a tu lado siempre, pero sé que lo harás bien.

A pesar de que Dougal no era su primogénito, era el primer hijo que había concebido con la hija de Olaf y por ese motivo, sería él quien se alzase como Rey de las Islas. Aquella había sido la única condición que le había impuesto Thornfinn a cambio de su ayuda para derrocar a Godred. Querían a alguien que llevase la sangre de Olaf Godredsson para evitar habladurías.

—No os decepcionaré, padre.

Dougal solo contaba con 16 primaveras y aquella era su primera batalla real, pero estaba muy dispuesto a demostrarle a su padre que sería un digno sucesor. Desde su nacimiento, había tenido que competir con su medio hermano Gilliecallum y con sus hermanos menores por las alabanzas de su padre. Somerled siempre alentaba aquellas pequeñas disputas entre ellos, incluso cuando con el paso de los años, dejaron de ser tan inofensivas. Sobre todo las que sucedían entre él y su medio hermano, al que su padre había llevado esa noche a la batalla también.

—Sé que no lo harás. Yo me encargaré de ello.

Dougal sonreía a su lado, lleno de orgullo, hasta que escuchó sus últimas palabras y vio cómo Gillie lanzó por encima del hombro, su prepotente sonrisa, como tantas otras veces había hecho, solo para fastidiarlo. Los ocho años que le aventajaba en edad, siempre habían jugado en su contra a la hora de enfrentarlo y ambos lo sabían. Aun así, Dougal jamás se rendía.

—Mira y aprende, hermanito —le dijo Gillie, cuando su padre dio la orden de replegar las velas y de ocupar puestos en los remos. No era su primera batalla y se lo estaba restregando por la cara.

Pero ahora que la batalla estaba próxima, Dougal no prestó atención a las provocaciones de Gillie, sino que se concentró en sus propias emociones. En su interior bailaba una mezcla de temor y expectación. Había escuchado cientos de veces las historias que los hombres de su padre contaban durante las largas noches de invierno y sabía qué debía esperar de todo esto, pero era su primer enfrentamiento y solo podía pensar en no fallar. No quería ser un cobarde a ojos de su padre, pero sobre todo, no quería cometer un error ante su medio hermano, pues no soportaría sus burlas. Tampoco quería que descubriese el miedo en su mirada, que crecía con cada remada, pues sabía que lo usaría para avergonzarlo ante su padre.

Si vencían aquella noche, se convertiría en Rey de las Islas, algo a lo que Gillie jamás podría

optar y decidió que ese sería su aliciente para ser valeroso durante la batalla. Y lo sería. Les demostraría a todos que era un guerrero y que sería un digno regidor de las Islas, sin necesidad de que su padre supervisase cada una de sus acciones. Desde que le había dicho que sería el rey, las ideas sobre cómo quería gobernar, habían bullido en su mente sin descanso. Sería un buen rey.

—Navíos aproximándose —gritó el vigía de repente.

A pesar de ser plena noche, la luna llena iluminaba su camino y Dougal no tardó en ver las naves del rey Godred. La lucha estaba a punto de comenzar y, con ella, el momento de demostrar su valía. A pesar del miedo, estaba preparado. Llevó su mano a la espada para asegurarse de que seguía y respiró hondo, para insuflar valor en su cuerpo.

—Dejad los remos —escuchó gritar a su padre con voz autoritaria y profunda—. Preparaos para el abordaje.

Dieron alcance a los primeros barcos y muchos de los hombres de su padre iniciaron el asalto, entre gritos de guerra y golpes de espada. Dougal los observó a todos durante unos minutos, paralizado por el ruido infernal que producían.

—¿Tienes miedo, hermanito? —la pregunta, hecha con pura malicia, lo sacó de su ensoñación.

—Más quisieras, Gillie —gritó, a pesar de que su medio hermano ya se alejaba.

El agua salpicaba la cubierta del barco convirtiéndola en una plataforma resbaladiza y traicionera, pero el joven Dougal logró recorrerla sin caer. Saltó al barco enemigo y se dio de bruces contra un hombre que le doblaba en tamaño. Apenas logró detener su fuerte estocada y retrocedió como pudo hasta ponerse en pie y atacarlo a su vez, con mayor ventaja. Lucharon incansables, hasta que Dougal lo vio caer muerto, a sus pies. Fue su primera muerte, pero le faltó tiempo para pensar en ello porque los enemigos lo asaltaban por doquier. Cuantos más mataba, más llegaban. Su espada, sus brazos, su ropa y su rostro, todo, se teñía con el rojo de la sangre derramada. Y por qué no, con alguna propia, aunque con el calor de la batalla apenas sentía sus heridas.

—Cuidado.

Alguien gritó tras él, pero cuando se giró en busca del peligro, fue demasiado tarde. Un hombre casi tan alto como su padre y más corpulento, lo sujetó por el cuello y lo lanzó por el aire como si no pesase nada para él. El golpe contra el suelo lo dejó sin aliento, mas no tuvo tiempo para recuperarse, pues el mismo hombre corría hacia él dispuesto a partirlo en dos. Se levantó, apenas un segundo antes de que el hombre lo lanzase de nuevo por los aires, haciéndolo chocar contra la baranda de popa. Sintió cómo se esparcía por su pecho y espalda un dolor agudo que lo obligó a toser, hasta que la sangre salió por su boca.

—Muere escoria —dijo el guerrero, alzando su espada para asestarle el golpe final.

Dougal reaccionó de la única forma que pudo en ese momento; se lanzó por la borda y cayó pesadamente al agua. Emergió al poco tiempo, escupiendo agua y sangre. Por suerte para él, su padre había obligado a todos sus hijos a aprender a nadar cuando no eran más que unos críos que apenas se tambaleaban al caminar. Y obligar era la palabra correcta, pues los había lanzado al río sin miramientos, esperando que regresasen a la orilla por su propio pie o se ahogasen en el intento. Había sido duro pero efectivo.

Comenzó a nadar hacia la orilla, a sabiendas de que la acción había terminado para él si no encontraba un modo regresar a los barcos y se lamentó por su mala suerte. Le hubiese gustado poder matar a más isleños, para demostrarle a su padre que era un hijo digno, pero ahora solo podía esperar que alguien lo hubiese visto todo, para que su medio hermano no pudiese inventarse cualquier mentira para dejarlo en evidencia ante su padre.

—Como que me he tirado a propósito para huir de la batalla —refunfuñó, mientras sus

brazadas eran más rápidas por la ira.

De repente, un chapoteo no muy lejos de él, llamó su atención. Alguien parecía estar teniendo problemas para seguir a flote en el agua y sin pensarlo, Dougal cambió su rumbo para ir en pos del hombre que ya agonizaba.

—Tranquilo, amigo —le dijo, sujetándolo por la espalda para que no lo arrastrase al fondo con él en su ansia por salvarse—. Te acercaré a la orilla, pero deja de bracear.

No parecía mucho mayor que él, pero pesaba tanto, que sacar su cuerpo del agua se llevó el resto de sus reservas de fuerza. Se dejó caer en la hierba, boca arriba, y trató de controlar su agitada respiración. El hombre a su lado no parecía estar mucho mejor que él, aun así fue el primero en hablar.

—Me habéis salvado la vida —dijo entre toses.

—No ha sido nada —logró decir, sofocado. Todavía le costaba respirar con normalidad.

—Ha sido mucho más —se incorporó y Dougal lo imitó para mirarlo—. Ahora tengo una deuda con vos.

—No me debéis nada. Simplemente tenemos que —se puso en pie, mirando hacia los barcos— encontrar el modo de regresar a la batalla.

—Godred no tardará en hacerlos bajar a tierra —le dijo con calma—. En el agua, los hombres de Somerled les aventajan.

—¿Lucháis por Godred? —buscó a tientas su espada al hablar, solo para descubrir que no la tenía. Se había quedado olvidada en la cubierta del barco la primera vez que lo lanzaron por los aires.

—Y vos no —continuó sentado, manteniendo la misma calma que había mostrado antes—, al parecer.

—Somos enemigos —lo miró con desconfianza ahora—, deberíamos estar luchando el uno contra el otro, no hablando.

—Ya he dicho que tengo una deuda de vida con vos —se levantó al fin, evidenciando que era mucho más alto que él—. No voy a haceros daño.

—¿Se supone que debo fiarme de vos? —sus palabras no le servían como garantía y estudió su actitud ante aquella situación, mientras decidía qué hacer.

El azul de sus pupilas era intenso, tanto, que parecía atravesarlo sin contemplaciones. Había en ellos algo peligroso que lo instaba a mantenerse en guardia; y sin embargo, su relajada postura logró serenarlo lo suficiente para comprender que aquel hombre no le haría daño. Al parecer, la deuda de vida de la que le había hablado era importante para él.

—De donde yo provengo —le explicó, entonces, dando a entender que no se había equivocado—, una deuda de vida es algo serio. Vos me habéis salvado y ahora debo dedicar esta vida que he ganado, a protegeros. No importa en qué bando estaba antes, pues ahora os seguiré allá donde vayáis para saldar mi deuda.

—¿Y cuándo la habréis saldado?

—Cuando muera.

—No me parece muy justo —se cruzó de brazos—. Yo os salvé la vida una vez y vos decís que me protegeréis mientras viváis.

—¿Importa acaso? —cuando lo imitó, Dougal pudo ver que también en músculos le aventajaba.

Aquel hombre, a pesar de no ser mucho mayor que él, parecía mucho más grande y fuerte. Inmenso, a decir verdad. No podía decir que no se alegrase de haberle salvado la vida, pues de haberse tenido que enfrentar a él en el campo de batalla, habría salido perdiendo; sin embargo, su honor le impedía aceptar un trato que se le antojaba injusto para el hombre. Una vida por una vida,

ese era un pago más objetivo.

—Vuestra deuda quedará saldada cuando me salvéis una vez la vida —le propuso, cuadrando sus hombros, para parece más alto de lo que era en realidad.

—Esto no es negociable —se acercó a él y Dougal tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no retroceder. Luego lo vio hincar una rodilla en el suelo y lo observó con curiosidad—. Yo, Marrok Wolff, juro por lo más sagrado, que de ahora en adelante os protegeré y os defenderé hasta que la muerte decida llevarme. Y si fallo en mi propósito, será mi propia mano quien acabe con la vida que vos habéis salvado esta noche.

Marrok, ágil y rápido, sacó un cuchillo de su bota y se hizo un corte en la palma de su mano izquierda, sin siquiera pestañear y se la pasó por su pecho desnudo en diagonal. Luego se levantó y reventó la camisa de Dougal para marcarlo de igual modo.

—Somos hermanos ahora —le dijo con voz ronca, casi gutural—. Mi mano jamás se alzaré contra ti. No has de temerme.

Tras aquellas palabras, Dougal lo miró a los ojos y un miedo atroz se apoderó de él. Sus impresionantes ojos azules se habían vuelto rojos. Tan rojos como la sangre que corría por la mano cortada de Marrok y bañaba ahora sus pechos.

EN LA BATALLA

Tal y como Marrok había dicho, la batalla no tardó en trasladarse a tierra. Al menos parte de ella, pues en los barcos todavía continuaban sonando los gritos de docenas de hombres que trataban de defender sus posiciones con fiereza. Y aunque a Dougal le hubiese gustado saber si su padre seguía en el agua o estaba ya en tierra, no tuvo tiempo para buscarlo porque la lucha los rodeó en cuestión de segundos y tuvieron que pelear por su vida.

A pesar de la locura de cuerpos en la que se vieron envueltos, Marrok no se separaba de Dougal ni un instante, siempre protegiendo sus espaldas, siempre librándolo de los enemigos más fuertes incluso antes de que se acercasen lo suficiente para poder blandir su espada contra él. Su envergadura y la potencia de su brazo lo convertían en un excelente compañero de batalla, aunque su ayuda no le evitó tener que librar sus propias peleas, pues allí había enemigos de sobra para todos.

—Detrás de ti —gritó Marrok, a tiempo de que Dougal esquivase el filo mortal de una espada.

Giró con rapidez su brazo, trazando un amplio círculo con la espada en el aire. Esta cayó sobre su enemigo implacable, abriéndolo en canal. Su sangre caliente le salpicó la cara y el pecho, manchando de nuevo lo que el agua había lavado tras tirarse por la borda. El hombre estaba muerto antes de tocar el suelo, pero otro ocupó su lugar al momento, obligando a Dougal a retroceder en varias ocasiones antes de conseguir lanzar su propia ofensiva contra él. Con una voluntad de hierro y un par de mandobles certeros, recuperó su posición inicial y asestó un golpe mortal al nuevo enemigo. La cabeza de este se separó del cuerpo y rodó varios metros antes de detenerse y observarlo con una mirada vacía, propia de la muerte.

Buscó a Marrok en la confusión de cuerpos y lo halló a escasos pasos de él, midiéndose con un hombre que le doblaba en tamaño. Supo al momento que era el mismo que lo había atacado a él en el barco y por el que había terminado en el agua, salvando así la vida de Marrok. Aquel era un círculo que se cerraba y en el que todo encajaba, y no tardó en comprender que probablemente así debía ser. Que Marrok debía entrar en su vida por algún motivo y que acabaría averiguándolo tarde o temprano.

Lo observó por un instante, maravillado por su estilo. Luchaba con temeridad, como si la muerte no fuese una posibilidad real para él. Se lanzaba contra su enemigo sin piedad y sin medida, sin importarle que resultase herido en el camino. Su único objetivo era matar. Una y otra vez, hasta que no quedase nadie que pudiese enfrentarse a él.

No podía ver sus ojos, pero estaba convencido de que seguían rojos. Había escuchado historias en su infancia sobre aquellos hombres sedientos de sangre que luchaban sin temor, que no sentían dolor y que no se rendían jamás. Hombres que preferían antes la muerte que una derrota. Historias que nadie se creía ya, que consideraban simples leyendas, pero que los viejos aseguraban ser reales. Hasta haber conocido a Marrok tampoco él les había dado el crédito que, al parecer tenían. Porque, sin duda, Marrok era uno de esos guerreros. Tenía que serlo.

Dougal vio como su contrincante realizaba un arco perfecto con el hacha y se la clavaba a Marrok en el hombro. También vio con asombro, como él, lejos de inmutarse por la grave herida, simplemente bajó su espada contra su atacante, cortándole el brazo de un único golpe potente,

para luego arrancarse el hacha de su cuerpo y clavársela en la cabeza, partiéndole el cráneo en dos. Dougal no pudo sino admirar a aquel hombre, que le estaba demostrando una fortaleza y una determinación sin parangón. A pesar de toda la brutalidad, había belleza en sus actos.

Marrok lo miró en ese instante, con sus ojos bañados en sangre, y arrojó un puñal, tan cerca de su rostro, que pudo sentir el roce de su filo. Al volver la vista atrás, descubrió al hombre que había estado a punto de matarlo por la espalda. El cuchillo había rajado su yugular y la sangre salía a borbotones ahora. Marrok se acercó a él y tomó la empuñadura con firmeza, cuando el hombre cayó de rodillas. Colocó su pie en su pecho y lo empujó hacia atrás. Su voz se perdió en los estertores de la muerte, mientras abría y cerraba la boca una y otra vez.

—Más atento —gruñó, pasando por su lado, en busca de nuevas víctimas. Dougal lo sintió como una crítica y se prometió no cometer ningún error más.

La batalla continuó durante horas y la luna que antes los iluminaba, dejó paso a un amanecer bañado en sangre. Para cuando anunciaron el fin de la batalla, los cuerpos sin vida cubrían por completo el suelo, y nadie podría adivinar quién era el vencedor y quien el vencido.

Dougal buscó a Marrok hasta dar con él en el linde del campo de batalla, agachado, de espaldas a todos. Se acercó a él y escuchó sus jadeos, que sonaban casi los de un animal herido y cabreado. Quiso hacerle partícipe de su presencia tocando su hombro, pero Marrok se levantó en una fracción de segundo y un puñal rozó peligrosamente el cuello de Dougal. Sin embargo, detuvo su mano con rapidez, al descubrir que se trataba de él.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo, con una voz gutural que en nada se parecía a la suya—. Deja que primero me recupere. En otra ocasión tal vez no vea a tiempo que eres tú, Dougal, y aunque juré no dañarte, en tal estado, podría hacerlo, incluso sin querer.

—Lo lamento —se disculpó, palpando el pequeño corte que ahora lucía en su garganta.

Marrok lo miró fijamente durante unos segundos, antes de asentir y parpadear varias veces seguidas. Sus ojos ya no lucían tan amenazantes como antes y comenzaban a recuperar su color habitual. El cambio en él era asombroso y Dougal se sintió afortunado de poder presenciarlo. Luego, lo vio vendarse la herida del hombro como si no fuese más que un rasguño, a pesar de que todavía permanecía abierta y era muy profunda.

—¿Qué eres? —le preguntó Dougal, sin poder contener ya su curiosidad.

—Nos llaman berserker, los guerreros de Odín —dijo, después de unos minutos de duda—. Fuimos muchos antaño, cuando los reyes nos necesitaron, la élite de sus guerreros. Se rodeaban de los nuestros en busca de protección y obediencia ciega de su pueblo, que nos temían.

—¿Hay más como tú?

—Ahora solo quedo yo —negó.

—¿Por qué?

—Cuando Erik Hakonarson decidió que los berserker éramos un potencial peligro para él y para el resto de reyes, nos dieron caza como a animales. Temían que los nuestros se rebelasen y les arrebatasen el poder a espada y sangre.

—¿Lo harían?

—Somos fieles a nuestros señores —notó la fiereza en su mirada y en su voz—. Jamás levantamos la mano contra ellos.

—¿Ni siquiera si lo merecen?

—Jamás rompemos un juramento —negó—. Muchos de los nuestros cayeron pronto, por culpa de eso. Los demás se vieron avocados a huir y esconderse como miserables ratas.

—¿Se vieron avocados? ¿Acaso tú no?

—Esto sucedió hace más de 100 años. Desde entonces no se ha visto ni un solo berserker —su

declaración dejó a Dougal sorprendido—. Yo ni siquiera supe qué era hasta hace unos años.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Se me reveló en un sueño después de mi primera transformación —sonó desafiante, como si esperase que Dougal no aceptase lo que le había dicho. Pero des después de ver cómo se transformaba antes sus ojos, con la simple visión de la sangre, podía creerse cualquier cosa ya. Si le hubiese dicho que era un dios reencarnado, se lo habría creído también.

—Si tú existes —le dijo, en cambio—, puede que haya más como tú por ahí. Más berserker que se hayan... despertado después de tantos años. ¿No has tratado de buscarlos?

—Llevo años haciéndolo —admitió—, desde que supe lo que era. He recorrido parte del mundo conocido y no hay nadie más. Estoy solo.

Aunque parecía estar ocultando algo, Dougal decidió que podía esperar a que se lo contase por voluntad propia, si lo creía merecedor de ello.

—Yo me alegro de haberte encontrado —dijo, sincero—, aunque no quiera que des tu vida por salvar la mía.

—No es discutible —frunció el ceño y apretó, fuerte, la mandíbula.

—Dougal —aquella era una voz que conocía bien y que había aprendido a odiar. Ahora fue él quien apretó la mandíbula—. Creí que te encontraría escondido bajo alguna piedra, hermanito.

—Ya ves que no —lo miró de frente, desafiante, harto de sus desplantes—. No soy ningún cobarde, Gillie.

—Vi cómo saltabas del barco, hermanito —se acercó a él de manera amenazante, pero no llegó a tocarlo, ya que Marrok se interpuso entre ellos, sujetándolo por el cuello.

—¿Debo matarlo? —le preguntó a Dougal, sin mirarlo. Era mucho más alto y corpulento que Gillie, así que no le suponía ningún problema izarlo, hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo. El rostro de su medio hermano comenzó a colorearse por falta de aire y sus ojos parecían querer salirse de las órbitas.

—No —aunque la idea era tentadora, no quería ser el causante de esa muerte—. Suéltalo, Marrok.

—¿Te has buscado un perro faldero? —Gillie tosió, en busca de aire para sus pulmones, mientras estudiaba a Marrok con desconfianza.

—Es mi amigo —lo defendió Dougal—. Y harías bien en no ofenderlo, porque no siempre estaré cerca para frenarlo.

—¿Es una amenaza? —Gillie intentó acercarse a él de nuevo, pero Marrok se interpuso entre ellos una vez más. Bastó una simple mirada y los brazos cruzados en el pecho, para que Gillie se detuviese en seco.

—Es un hecho —respondió Marrok por él—. Si me miras mal, eres hombre muerto. Si te acercas más de lo debido a mí, eres hombre muerto. Si me insultas, eres hombre muerto. Y si amenazas a Dougal, de la forma que sea, eres hombre muerto.

—A padre no le gustará saber que confraternizas con el enemigo —Gillie se alejó, claramente asustado por el tono de Marrok—. Veremos qué opina él cuando lo sepa.

—Ahora tiene un guerrero más en sus filas —Dougal se encogió de hombros, fingiendo una despreocupación que no sentía—. Fiel hasta la muerte. Padre, estará encantado.

—Ya veremos —los dejó solos.

—No me gusta ese hombre —le dijo Marrok, entonces.

—Es mi medio hermano.

—Me da igual quien sea —lo miró—. No me gusta.

—Con suerte, no lo veremos muy a menudo a partir de ahora —le explicó, mientras seguían al

resto, que parecían saber a dónde debían dirigirse ahora—. Las tierras conquistadas hoy serán mías y Gillie regresará con mi padre cuando este se vaya. No nos molestará más.

—No importa lo que diga tu padre sobre mí —Marrok habló con la misma convicción de siempre—. Te debo lealtad a ti y no a él.

—A mi padre no le importará tenerte entre nosotros en cuanto te vea —le restó importancia a las palabras de su medio hermano—. Gillie lo decía para intentar desprestigiarme, como ha hecho siempre. Mi padre nos enseñó a competir por su atención y este es el resultado: hermanos peleando con hermanos.

—Un padre debería enseñar a sus hijos sobre lealtad a la familia, no ponerlos a unos en contra de los otros. Eso solo acabará con su legado, irremediablemente.

Dougal pensó en sus hermanos. Los verdaderos, con los que compartía madre y padre, Ragnall y Angus. Ragnall era un año menor y había adoptado la misma actitud que tenían Gillie y él. Siempre compitiendo con ellos, siempre tratando de ser el mejor a ojos de su padre. Angus todavía era un niño, pero empezaba a hacerse notar también. Dougal sabía que acabaría yendo por el mismo camino que ellos, que llegaría un día en que esos pequeños enfrentamientos fuesen a más, porque su padre los alentaba. Eran sangre de su sangre y aun así, no podía confiar en ellos. Marrok tenía razón, la manera en que su padre los estaba educando, sería la perdición de su familia una vez él no estuviese para controlarlos. Acabarían matándose los unos a los otros.

Solo Bethóc se salvaba de aquellas inquinas y porque era una niña. La niña de 5 años más bella y con mejor corazón que había tenido el honor de conocer. Nada más sostenerla en brazos, el día que nació, supo que sería su predilecta y que la protegería de todo y de todos. No permitiría que nadie la dañase. Un ángel como ella no debería padecer sufrimiento alguno. Y así había sido desde entonces, siempre pendiente de que fuese feliz, de que nadie la lastimase, hasta el punto de que su padre decidió nombrarlo su tutor.

Aquello fue motivo de disputa con sus hermanos, ya que creían que lo estaba favoreciendo por algo que había hecho, pero por una vez, su padre fue firme y dejó claro que Dougal sería el encargado de velar por el bienestar de su hermana si él faltaba alguna vez. Y aunque siempre los alentaba a competir entre ellos, también esperaba obediencia absoluta cuando daba una orden.

—¿Lo has oído, Dougal? —uno de los hombres de su padre, cercano a su edad, le habló entusiasmado, en cuanto lo vio llegar. Había una gran multitud reunida alrededor de una pequeña e improvisada edificación—. Han decidido detener la lucha para negociar.

—¿Negociar? ¿La rendición de Godred? —aventuró. Su padre jamás se rendiría.

—No —le dijo, sorprendido—, la división de las tierras entre tu padre y Godred.

—Mi padre jamás negociaría algo así.

—Al parecer, en esta ocasión, sí —lo apremió—. Vamos, ¿no querrás perdértelo?

Dougal miró hacia Marrok, indeciso antes de seguirlo a paso apresurado. A medida que se acercaba, pudo ver en el centro del corro a su padre frente a Godred, con Gillie a su lado susurrándole algo al oído. Dougal supo que hablaba de él sin necesidad de escucharlo, cuando la mirada de ambos se posó sobre Marrok y sobre él.

—Dougal, hijo —su padre estiró un brazo hacia él y lo invitó a acercarse, con un movimiento rápido de la mano—. Te estaba esperando. Vamos, ven.

Su padre lo tomó de los hombros y lo estudió con ojo crítico. Trató de aparentar que aquel escrutinio no lo ponía nervioso, pero la sonrisa socarrona de Gillie le dijo que no lo estaba haciendo demasiado bien.

—Ya eres todo un hombre, Dougal —dijo finalmente su padre, borrando la sonrisa de su medio hermano con sus palabras—. Serás un buen gobernante.

Somerled miró hacia Marrok solo un segundo, antes de llevarse a Dougal con él, hacia donde Godred los esperaba para iniciar las negociaciones. Marrok los siguió en silencio.

—Tú te quedas aquí, muchacho —le dijo Somerled con voz autoritaria—. Esto no es cosa tuya.

—Donde va él, voy yo —respondió con firmeza.

—No esta vez —si sentía curiosidad por ello, no lo hizo notar.

—Donde va él, voy yo —repitió, cruzando los brazos en el pecho.

A pesar de que Somerled lo aventajaba en años, en experiencia e incluso en estatura, la determinación que manaba de Marrok, junto a su desafiante actitud fue suficiente para que los presentes contuviesen la respiración tras sus palabras. Durante lo que pareció una eternidad se midieron con la mirada, ninguno de ellos dispuesto a claudicar, hasta que Dougal decidió intervenir.

—Tiene una deuda de vida conmigo, padre. Tendréis que acostumbraros a verlo siempre a mi lado.

—Una deuda de vida, eh —los miró alternativamente a ambos—. Bien hecho, hijo. No te vendrá mal un aliado fiel en estas tierras.

Dougal quiso decirle que no le había salvado la vida por ese motivo, pero decidió guardárselo para sí, al ver la rabia en el rostro de Gillie. Rabia e, incluso, envidia. Prefirió disfrutar de aquel triunfo sobre su medio hermano, aunque el mérito no fuese suyo, sino de Marrok. Después de todo, a él no parecía molestarle.

FIN DE LA NEGOCIACIÓN

Las negociaciones no fueron fáciles. Ninguno parecía dispuesto a ceder, como si ello supusiese la derrota definitiva que habían evitado en el campo de batalla. Y por más que Dougal quisiese intervenir, creyendo que había dado con una solución satisfactoria para todos, nadie le prestaba atención. ¿Por su juventud? ¿Por su inexperiencia? Aquellas tierras serían suyas y creía que tenía todo el derecho del mundo a aportar algo a la disputa, pero no parecían tomarlo en serio.

Marrok permanecía en pie, detrás de él, con los brazos en jarras y una mirada adusta sobre todos, lo que tampoco ayudaba demasiado, pues Godred no dejaba de mirarlo con recelo. Dougal podría haberlo mandado fuera, pero sabía que no habría forma de convencerlo. Al parecer, Marrok se tomaba muy en serio la promesa de protegerlo y de mantenerlo con vida.

Finalmente Somerled consiguió para su hijo las islas del sur, Jura, Mull e Islay, junto con la residencia de invierno de Ardtornish, lo que, según él, le satisfacía enormemente, pues con aquellas tierras ampliaba el territorio que pretendía dejar como legado a Dougal, convirtiéndolo así, en el soberano más importante e influyente que jamás habría tenido Argyll. Si su hijo se rodeaba de la gente correcta, sería prácticamente imposible derrocarlo, y él se encargaría de que así fuese, antes de cederle el control por completo. De ese modo, su linaje perseveraría a través del tiempo, que era lo que realmente le importaba. No en vano se había casado en segundas nupcias poco después de morir su esposa, y había tenido tantos hijos. Ellos se encargarían de que su nombre no fuese olvidado tras la muerte. A través de su descendencia, sería eterno.

—Hora de volver a Dunstaffnage —Somerled se alejó del lugar sin esperar a ver si le seguían. Era algo que siempre daba por hecho—. Hay mucho que planificar antes de tomar posesión de las islas.

—¿Tendré que trasladarme a Morvern, padre?

A Dougal no le disgustaba la idea, pues alejarse del estricto control de su padre se le antojaba apetecible desde que supo que sería el rey de aquellas tierras. Y todavía más, el no tener que volver a ver a su medio hermano ni soportar sus insultos y menosprecios. No era un cobarde que rehuyese la lucha y había sabido defenderse siempre, pero estaba harto de tener que pelear con él y con los demás, por cada minuto de la atención de su padre. Aquella era su oportunidad de demostrarle a ambos que ya no era un niño, que era perfectamente capaz de conservar las tierras sin su ayuda. Quería tener el poder de decidir por sí mismo, sobre su propio destino.

—Todo a su debido tiempo, muchacho —le respondió—. Antes debemos asegurarnos ciertas alianzas para ti. No dejaré en tus manos inexpertas unas tierras que me han costado tantas vidas.

Una vez más, las duras palabras de su padre, donde demostraba que no confiaba en él, aplastaban sus esperanzas de llegar a ser alguien importante a sus ojos. Cuando creía que empezaba a valorarlo como un digno sucesor, hacía o decía algo que lo enviaba de cabeza al hoyo nuevamente. Jamás permitía que sus hijos se creyesen merecedores de su respeto.

—Así nunca dejarán de esforzarse —le había escuchado reír en innumerables ocasiones con sus hombres, por sus intentos por hacerse valer ante él—. Un hombre acomodado es un hombre inútil.

Así que nunca se acomodaba, nunca daba nada por sentado y siempre estaba alerta. Sabía que

aquellas tierras le pertenecerían, no porque su padre quisiese que fuese así, sino porque había sido la condición de los traidores para ayudarlos. Sin embargo, no estaba dispuesto a simplemente tomarlas y dejarse guiar sin más por su padre, le demostraría que era merecedor de ellas. Y por ese motivo guardó silencio y dejó que creyese que le daba la razón.

Con el tiempo había aprendido que en ocasiones, era mejor no enfrentar a su padre, ya que sus enfados podían acarrear consecuencias indeseables. Antes de comprenderlo, había tenido que sufrir unas cuantas humillaciones de su parte.

—No deberías permitirle que te trate así —Marrok le hablaba lo suficientemente bajo para que su padre no lo oyese—. Te menosprecia.

—Es mi padre —se excusó—. No lo conoces. Sería capaz de azotarme en público si lo enfado.

—Un hombre así no debe llamarse padre —gruñó una vez más—. Mancilla ese buen nombre.

—No vas a poder cambiarlo a estas alturas, Marrok. Es mejor dejarlo hacer a su manera. Cuando posea mis propias tierras, será el momento de hacer las cosas a la mía. Mientras tanto, le dejaré creer que estoy de acuerdo con él en todo.

Se limitó a gruñir de nuevo y ajustó la precaria venda en su hombro, como si aquella herida abierta fuese solo una ligera molestia para él. Dougal se había olvidado por completo de ella durante la negociación y ahora se sentía culpable por no haberle obligado a que se la mirase alguien mientras él estaba ocupado. Allí no corría peligro y sin embargo, Marrok sí podría hacerlo si no le curaban pronto. Ahora debían partir de inmediato y no había tiempo para nada más, así que se prometió que hablaría con Agnes para que lo atendiese en primer lugar, al llegar a Dunstaffnage. Durante el viaje, lo vigilaría por si mostraba signos de debilidad, aunque la palabra parecía serle esquiva.

—¿Sigue sangrando? —le preguntó tras un tiempo en el mar, navegando rumbo a Argyll.

—Sobreviviré —se limitó a decir él.

—No pareces mucho mayor que yo —sentía verdadera curiosidad por Marrok y pensó que aquella era la ocasión perfecta para conocer un poco más sobre su nuevo amigo— y sin embargo, cuando te miro, creo estar viendo a un hombre que ha vivido mucho.

—La edad no te hace más sabio. Son las experiencias las que cuentan —cerró los ojos, como si pretendiese finalizar la conversación y Dougal se sintió un poco decepcionado, hasta que lo escuchó de nuevo—. A los 10 años cambié por primera vez. No recuerdo haber hecho nada diferente a los demás días, pero cuando mi hermana pequeña se lastimó en un brazo y vi la sangre, mi demonio interior saltó sobre ella. Casi la mato. Esa misma noche abandoné a mi familia para mantenerlos a salvo de mí.

—No fue culpa tuya —se vio en la obligación de decirlo.

—No pude controlarme —parecía sufrir con la idea de hacer daño a su familia—. Me poseyó por completo y gobernó mis actos sin que pudiese controlarlo. No sabía qué me estaba pasando, ni cómo evitarlo, así que me alejé para no lastimar a nadie. Vagué por el bosque durante semanas, comiendo lo que lograba cazar con mis propias manos y saciando mi sed en los ríos. Perdí la noción del tiempo y para mí, todos los días parecían iguales, pero uno de ellos me crucé con un hombre, un guerrero que iba de regreso al hogar. Apenas conseguía mantenerme en pie, sin embargo, luché con ferocidad contra sus hombres cuando se acercaron a mí para atraparme. El hombre supo ver mi potencial y me convenció para acompañarlo. Me enseñó a ser un guerrero y cuando descubrió lo que era, también me ayudó a controlar al demonio en mi interior, cuando decidía salir a la luz. No siempre es efectivo, pero cada día voy mejorando un poco más.

—¿Por qué te fuiste de su lado, si tan bueno fue para ti? —estaba totalmente cautivado por su historia.

—Tres años después de acogerme, tuve aquel extraño sueño. No recuerdo gran cosa de él, pero conozco la historia de los míos gracias a él y siento en mi pecho todo el dolor de la traición que sufrieron. Después de aquel día, mi espíritu estaba inquieto, quería saber si había más como yo. Le dije que me iría, pero no me lo permitió. Decía que ahora le pertenecía y que no podía abandonarlo. Pensé en retarlo para obtener mi libertad, pero sabía que la única forma en que dejase que me fuese, sería matándolo y no podía hacer eso, pues a pesar de todo, le debía la vida. Decidí huir. Es una forma cobarde de afrontar los problemas, pero era lo más sensato, si no quería acabar con su vida. Y desde entonces, he estado solo, buscando a los míos y vendiendo mis servicios a quien pudiese pagarlos.

—Yo no tengo nada por ahora...

—Tienes mi lealtad —lo interrumpió—. Salvaste mi vida, no quiero tu dinero.

—Aún así lo tendrás —insistió—. Cuando haga posesión de mis tierras, te convertiré en mi brazo derecho y dirigirás conmigo a mis hombres. Los entrenarás y te recompensaré por ello, como debe ser. Ya no estarás solo, Marrok. Puede que no sea como tú, pero tienes mi lealtad, así como yo tengo la tuya, y también te daré mi protección. Tú y cualquiera de los tuyos, si es que algún día encontrásemos más, siempre tendréis un lugar en mi casa.

Marrok se limitó a gruñir a modo de reconocimiento y cerró los ojos, dando por finalizada la conversación, pero Dougal se sentía satisfecho por el momento. Su amigo se le antojaba un misterio y viendo su actitud seria y distante, creía que no saciaría su curiosidad, pero lo había hecho. Podía esperar para saber más. Porque de algo estaba seguro, Marrok no se lo había contado todo.

Su llegada a Dunstaffnage fue celebrada con vítores y saludos de los pueblerinos. Dougal tenía la teoría de que la mayoría solo estaba allí por miedo a su padre y no por admiración, y añadió a su lista de propósitos ganarse el respeto del pueblo cuando se convirtiese en el señor de Argyll. A su modo de ver, tenía que ser temido por sus enemigos, no por sus amigos. Jamás compartiría la visión de su padre sobre cómo dirigir a su gente y desde luego, cuando tuviese hijos propios, no serían criados con odio y resentimiento para con sus hermanos. Jamás tendrían que pelear entre ellos para obtener su atención o su cariño.

Agnes estaba en el salón del castillo, preparándose para atender a los soldados heridos cuando Dougal se acercó a ella para hablarle de Marrok. El hombre se había negado a entrar, pues sabía que la sangre que allí se habría de verter hasta que todos hubiesen sido curados no le ayudaría a controlar a su demonio interior. Podía luchar contra él si la cantidad no era excesiva o si el olor no estaba concentrado, pero si sobrepasaba sus límites resultaría peligroso, no solo para él, sino para todo el mundo.

—No puedo salir ahora, Dougal —protestó la mujer—. Tu padre me castigaría si desatiendo a sus hombres por cuidar de un extranjero.

—No es un extranjero, es el hombre que salvó mi vida. Eso lo convierte en mi hermano.

—Pues tu hermano tendrá que entrar si quiere que lo cure ahora. De otro modo, le tocará esperar a que termine aquí.

—Agnes...

—Yo lo haré —se ofreció la hija de Agnes.

—¿Qué sabrás tú, niña —despreció su ayuda—, si hasta ahora nunca has hecho nada sola?

Cualquiera que conociese a Agnes, sabía que su hija no era más que una carga para ella. Un recordatorio de su corazón roto por culpa de un hombre que no la quiso desposar después de embarazarla. Agnes no la amaba. Era sabido que había intentado deshacerse de ella desde el mismo momento en que supo que la llevaba en el vientre y su padre no la quería, pero la niña era

fuerte y sobrevivió contra todo pronóstico. Por eso, Agnes la utilizó a su antojo desde que tuvo edad suficiente para caminar con firmeza y retener las cosas. Ya fuese cuidando la casa en su ausencia o ayudándola cuando su trabajo como curandera así lo exigía, la trataba más como una criada que como una hija. Cuanto más se esforzaba la niña por agradarle, más la odiaba ella.

—Me sirve —la interrumpió Dougal. Agnes podía llegar a ser muy cruel con ella y no le gustaba. Le recordaba demasiado a su propio padre—. Vamos.

—Si tu amigo pierde el brazo, no me echas la culpa a mí —gritó, no obstante, Agnes mientras se alejaban.

—No va a perder el brazo —le aseguró la joven.

—Lo sé. Eres tan buena o mejor que tu madre —sonrió, mientras hablaba. Se sintió obligado a decirle algo bueno, para compensar la mala madre que tenía.

—No me afecta —le aseguró ella, con determinación—. Hace tiempo que sé que mi madre no me quiere. No la culpo, tampoco, pues hay gente que no sabe cómo manejar las decepciones. Ella paga conmigo que mi padre la abandonase al concebirme, pero ya no me importa que lo haga. En su intento por menospreciar mis conocimientos, he aprendido mucho con ella.

—Te admiro —a él todavía le afectaban las palabras de su padre y dudaba que alguna vez se acostumbrase a su indiferencia.

—Solo son palabras, mi señor —se acercó a él al hablar—. No deberíais darles tanto poder.

La miró, sorprendido y ella se limitó a sonreír. En sus catorce primaveras, nunca la había visto soltar una lágrima, ni lamentarse de la vida que le había tocado en suerte. Siempre sonreía y tenía palabras de ánimo para cualquiera que las necesitase. Era observadora y muy inteligente, dispuesta y encantadora. Agnes, mal que le pesase, no había criado a una inútil, como se empeñaba en decir siempre.

Marrok los esperaba junto al lago, lejos de todo y de todos. Había dejado ir solo a Dougal de mala gana, pero su preocupación por que el demonio se liberase era mayor que su deseo de no perderlo de vista a él. En esta ocasión, tuvo que confiar en que no ocurriría nada malo mientras no estuviese con él. Después de todo, estaba en su hogar. Eso debía ser buena señal.

—No he podido traer a Agnes —Dougal habló con él, en cuanto lo alcanzaron—, pero creo que hemos tenido suerte, porque su hija es mejor todavía que ella.

—Mi nombre es Erienne —se presentó con una amplia sonrisa en los labios, mientras preparaba su bolsa de medicinas junto a él.

Marrok no dejó de observarla, al liberar su herida de la venda, y se sorprendió cuando vio que no hacía ni una mueca de asco. No era un corte limpio y había estado demasiado tiempo abierto, así que su aspecto era grotesco en ese momento, sin embargo, Erienne se mantuvo impassible mientras lo limpiaba y Marrok no pudo sino admirarla. Parecía una niña todavía y, sin embargo, su destreza destacaba por sí sola. Y su mirada, esquiva por algún motivo que desconocía, se veía cargada de sabiduría. Sabiduría ancestral.

—Si vais a seguir mirándome de ese modo —dijo ella, cruzando por fin sus miradas—, al menos, deberíais tener la decencia de decirme vuestro nombre.

Marrok se quedó paralizado al descubrir que los ojos de Erienne habían cambiado de color. O tal vez ahora podía apreciarlos mejor, porque el oscuro tono verde que había vislumbrado un momento antes, se había aclarado y sobre él brillaban motas de un dorado que le hacían pensar en un tesoro escondido que solo los más hábiles podrían encontrar. Y apreciar. Se olvidó del mundo, perdido en aquella profundidad.

—¿Y bien? —insistió ella— ¿Me diréis vuestro nombre o seguiréis mirándome así?

—¿Así cómo? —frunció el ceño.

—Como si esperaseis que me saliesen cuernos o algo por el estilo —sonrió, desviando la mirada a la herida —. Esto os escocerá.

Antes de que pudiese responder, sintió un abrasador calor en el hombro que hizo apretar los dientes para no emitir ningún quejido. Escocer no era la palabra que él hubiese utilizado, pues se quedaba corta, pero no estaba en su naturaleza mostrar debilidad y no lo hizo.

—Admito que sois valiente —dijo ella, cuando el dolor comenzó a remitir—. La mayoría se desmaya cuando aplico este remedio en sus heridas.

—¿Qué es? —su voz sonó más grave de lo que hubiese querido, porque el calor le seguía quemando la piel, a pesar de que el dolor fuese más soportable ya.

—Algo que hace tiempo, la madre de la madre de mi madre descubrió —respondió con evasivas, dándole a entender que no debía preguntar más.

—Marrok no es como la mayoría —explicó Dougal con orgullo en la voz.

—Eso ya lo he visto, mi señor —le respondió Erienne.

Marrok la miró tras sus palabras y ella lo rehuyó una vez más, fingiendo que no notaba sus ojos fijamente puestos sobre ella. Y aquello solo sirvió para que la curiosidad de Marrok creciese.

SECRETOS

Dougal dormía desde hacía horas y mientras, Marrok paseaba por las almenas del castillo, sin que el frío nocturno le causase mayor molestia que el suave sol en la mañana recién estrenada. Pero no se mantenía despierto porque creyese que Dougal corría peligro allí, en su propia casa, sino porque habían sucedido demasiadas cosas en muy poco tiempo y su cabeza necesitaba analizarlas con calma y en silencio.

Una deuda de sangre era algo serio y lo sabía bien. Cuando hizo el juramento fue totalmente consciente de que se estaba comprometiendo de por vida con el joven Dougal, alguien que parecía muy poca cosa por más que le hubiese salvado la vida. Había pensado, con gran resignación, que protegerlo sería una ardua tarea, y sin embargo, había descubierto en muy poco tiempo, que bajo aquella capa de inseguridad juvenil había todo un hombre con valores sólidos y grandes planes de futuro. Ahora, estaba seguro de que si no estuviese obligado por la deuda a seguirlo, lo habría hecho por convicción, después de conocerlo mejor y ver cuán honorable era. Sabía que Dougal alcanzaría todas sus metas y llegaría lejos, mucho más lejos que su padre, el tirano que pretendía gobernar a base de miedo.

No, las cosas no funcionaban así, por más que aquel hombre lo creyese. El miedo nunca sería el camino correcto para alcanzar las metas. Ya otros lo habían intentado en el pasado y habían fracasado, porque, ¿por cuánto tiempo podrían mantener ese miedo en sus súbditos o en sus enemigos? Cuando se volviese viejo, débil y decrepito, ¿seguirían temiéndolo acaso como al principio? Por supuesto que no. Les faltaría tiempo para derrocarlo y poner en su lugar a otro más joven y con mayor visión de futuro. A alguien mejor que él. Alguien como Dougal.

Quien ansiase conservar el poder, ya fuese en tierras o en cargos militares, debería conseguir el respeto y la admiración de su gente, para que lo siguiesen a la muerte, si fuese necesario, sin titubear. Esos mismos hombres le ayudarían a luchar contra sus enemigos por deseo propio y no por obligación. Lo respetarían incluso cuando no fuese el más fuerte, pues sabrían que los podría llevar a la victoria igualmente. Ese era el buen camino, el que Somerled era incapaz de ver.

Marrok sabía que Dougal sería esa clase de hombre y que se granjearía por ello casi tantos enemigos como amigos conseguiría. Por eso estaría allí para apoyarlo y defenderlo en cada ocasión, en cada peligro y en cada batalla. Sería su escudo, incluso sacrificándose por él, si así le salvaba la vida, pues así funcionaban las deudas de sangre. Su vida debería haber acabado aquel día en el río, pero Dougal la tomó para él. Todo el tiempo que le quedase en el mundo, le pertenecía ahora y Marrok se lo entregaría con gusto hasta que su último aliento expirase de su boca. Aunque ahora que lo conocía, sabía que lo habría hecho igualmente sin juramento, pues Dougal era un hombre digno de seguir.

Y mientras caminaba por las almenas, el recuerdo de unos ojos de color cambiante regresó a él y supo que su desvelo no se debía a su inminente futuro junto a Dougal, sino a la muchacha que antes había curado su herida. Erienne. Demasiado joven para poseer una sabiduría semejante. Demasiado joven también para verse obligada a ser valiente ante la adversidad. Y sin duda, demasiado joven para fijarse en ella. Pero aún así, había algo en su persona, que lo atraía hacia ella poderosamente. Y no eran sus ojos, aunque también hubiese llamado su atención. Había algo

más que le hacía repasar su encuentro una y otra vez, solo que no lograba saber qué era. Justamente eso le impedía dormir aquella noche.

De repente, a través de la oscuridad que rodeaba el castillo, distinguió el tenue brillo de una luz, apenas perceptible al ojo humano. Al parecer, alguien quería escabullirse fuera del recinto amurallado sin ser visto y puede que lo hubiese conseguido, si él no poseyese tan buena vista. Bajó de las almenas casi al trote y siguió el rastro, dispuesto a averiguar cuáles eran sus intenciones y si suponía una amenaza para Dougal y su gente.

Quien quiera que fuese, sabía cómo ocultarse y no era la primera vez que lo hacía, pues perdió su pista un par de veces, antes de dar con él entrando en una pequeña y destartalada cabaña en medio de la nada. Se acercó con sigilo para mirar a través de una de las ventanas y escuchó las voces, reconociendo una de ellas al momento, incluso antes de verlos.

—Buenas noches, mi niña. No deberías haber venido hoy. Habrás tenido mucho trabajo con la llegada del señor y estarás agotada.

—No podía no venir, Cedric.

—Cierto —escuchó la risa ajada del anciano—. Tú y tus ansias de saber teníais que venir aunque tus ojos se cierran por el sueño. ¿De verdad crees que retendrás algo de lo que te diga hoy?

—Lo retendré todo y lo sabes perfectamente.

—Demasiado bien, niña. Lo sé demasiado bien.

Marrok observó a escondidas durante un tiempo a la extraña pareja que formaban Erienne y Cedric. Una tan joven y con toda la vida por delante, el otro ya en sus últimos pasos por este mundo. Se maravilló con la idea de que un hombre dedicase tiempo a enseñar a una simple muchacha, cuando la educación estaba vetada para las mujeres. También para la mayoría de los hombres, en realidad. El saber era poder y si no querían que todos los hombres lo obtuviesen, mucho menos querían que lo hiciese una mujer. Eso sería considerado una herejía. Era peligroso.

—Lo que daría yo por tener en mis manos uno de esos libros de los que hablas, Cedric —suspiró Erienne—. No es lo mismo escuchar que verlo con tus propios ojos. O poder tocarlo y leerlo.

—Ay, niña, jamás te permitirían aprender a leer —dijo el anciano con pena—. A mí me llevarían a la hoguera si alguien descubriese lo que hacemos aquí.

—Nadie lo sabrá —Erienne lo abrazó repentinamente—. Y si alguien quisiese hacerte daño, se las tendría que ver primero conmigo.

—Te diría que no eres más que una simple muchacha —rió él—, pero ambos sabemos que ese detalle no te impediría intentar protegerme.

—Eso es porque no soy una muchacha cualquiera.

—Eso me temo —suspiró de nuevo—. El mundo no está preparado para alguien como tú, niña. Para alguien con tantas ansias de aprender. Las bibliotecas están bien custodiadas en los monasterios y tan solo unos pocos privilegiados pueden acceder a ellas. Han de llevar años al servicio del Señor antes de que se les permita ser escribanos, niña, no es tan sencillo como llegar y pedir permiso para entrar. Muchos hombres poderosos e influyentes han intentado hacer uso de tales beneficios, enviando a sus hijos menores, pero ha sido en vano, pues una vez perteneces a Dios, tu lealtad es para él, no para tu familia anterior.

—Lo sé —sonaba triste—. Pero tú ya no eres leal a Dios.

—Sabes que no quiero hablar de eso, niña.

—Lo sé —suspiró derrotada—. Me puede la curiosidad, perdona.

—Hay cosas que es mejor ignorar, niña. Y otras con las que hay que ser cuidadoso.

—No creas que no soy consciente de lo que supondría para nosotros que descubriesen que me has estado enseñando, Cedric. Aunque algunas veces bromeo al respecto, sé que acabaríamos muertos ambos. Pero la verdad es que no me importaría que pasase, si no muero en la ignorancia. Nuestras noches son lo único que me ayudan a sobrevivir en mi día a día. Sin tus lecciones, no sería más que la pobre hija indeseada de una curandera rencorosa. Lo que me enseñas, me hace desear seguir adelante. Me motiva a superarme cada día. Te debo mucho. Si alguien nos descubriese y terminásemos en la hoguera, solo lamentaría tu muerte.

—Yo ya he vivido demasiado, niña. No sería una gran pérdida.

—Para mí sí lo sería.

—Vamos, vamos —Cedric la obligó a levantarse—. Fuera de aquí. La mente necesita descansar también para retener la información. Ve a dormir.

—Volveré mañana —Erienne lo abrazó con fuerza. Era propensa a gestos de cariño con él, pues sentía que era más como un padre para ella.

—Fuera, fuera.

Marrok se sintió un intruso ante la demostración de cariño que el anciano pretendía fingir que no existía, pero fue incapaz de alejarse. No pudo hacerlo en la lección de historia que el hombre le había dado a la joven, fascinado por su sabiduría y por el genuino interés de ella por aprender, menos lo hizo cuando la joven lo abrazó de nuevo, para despedirse. Le había recordado a sí mismo durante sus primeros años con Ulric, solo que sus ansias habían estado centradas en otra clase de aprendizaje. Uno menos erudito y más práctico para los tiempos que corrían. Así fue cómo en poco tiempo, se convirtió en el gran guerrero que era, a pesar de su juventud.

—Traeré comida mañana —le dijo Erienne, ajustando la capa sobre su cuerpo—. He visto que tus reservas han bajado mucho.

—No te arriesgues más por mí, niña.

—Hasta mañana, Cedric —desoyó su advertencia, con picardía, y Marrok no pudo evitar sonreír por ello. Le gustaba aquella rebeldía innata. Cuanto más sabía de ella, más interesante le parecía y, aunque aquello no era bueno para alguien como él, no podía detener ya su curiosidad. Una vez empezaba, era imparable. Así había sido siempre, era inherente a su carácter, a su personalidad. Gracias a la curiosidad había aprendido cada técnica que combate, a usar cada arma que caía en sus manos, a subsistir con lo que tenía alrededor, a mejorarse a sí mismo día a día. Por su curiosidad, había absorbido cada historia contada, cada secreto desvelado sobre su propia naturaleza, cuando supo quién era. Gracias a esa curiosidad había descubierto un mundo nuevo para él, lejos de su país de origen, cuando tuvo que huir de Ulric. No miró atrás ni una sola vez, simplemente avanzó, deseando saber qué nuevas aventuras le aguardaban al otro lado del mar. No tuvo miedo, nunca lo tenía. Este había dejado de existir para él, el día que tuvo que abandonar a su familia para protegerlos de sí mismo.

Siguió de lejos a Erienne en su regreso al castillo y se aseguró de que llegase a su casa sin complicaciones, aunque probablemente no lo necesitase, pues no era la primera vez que lo hacía, pero ahora que la había visto vagar sola por la noche, se sentía responsable de su seguridad, al menos en ese momento. Tentado estuvo de decirle que debía ser más cuidadosa, si no quería que alguien la descubriese, como había hecho él aquella noche, pero finalmente guardó silencio y se mantuvo oculto. Se propuso ayudarla en silencio a que siguiese siendo un secreto, al menos, mientras Dougal y él permaneciesen en Dunstaffnage.

Erienne, ajena a todo, se metió en su cama sin hacer ruido, para no despertar a su madre y cerró los ojos, dispuesta a dormir las pocas horas que faltaban para el amanecer. Sin embargo, su mente no parecía estar dispuesta a dejarle descansar todavía. Repasó varias veces lo que Cedric le

había enseñado aquella noche para no olvidarlo, pero de repente una imagen nítida del nuevo amigo de Dougal surgió de la nada. Aquel era el hombre más intrigante y enigmático que había conocido nunca. Una mente curiosa como la suya, no podría dejar pasar un misterio así.

En un primer momento, se había sentido intimidada por su imponente presencia. Tan alto y fuerte, con el cabello largo y rebeldemente suelto, ocultando parte de sus facciones, pero aún así, le había permitido ver su mirada adusta. Se había ofrecido voluntaria para ayudarlo, pero había dudado en acercarse en cuanto lo vio. Duró solo un segundo, pues Dougal confiaba en él, algo que no sucedía con demasiada frecuencia, y sabía que no la habría llevado hasta allí, si no fuese seguro. Ver la insistencia que demostró al buscarle la ayuda de su madre, fue lo que la animó a perder el miedo y a curarlo, como si su mirada insistente no le afectase. Y sin que su propia curiosidad se adueñase de sus actos.

Luego se olvidó por completo de él, pues se mantuvo muy ocupada con sus quehaceres diarios, y aquellos que su madre le imponía a mayores, cada vez que se cruzaban sus caminos. Había días que terminaba tan agotada, que le costaba acudir a sus citas con Cedric. Solo su necesidad de saber más, le daba fuerzas para ir igualmente. Pero aunque estaba más cansada que nunca, su mente parecía no querer dormirse todavía y la hizo regresar al encuentro con el extraño amigo de Dougal. Cada vez que cerraba los ojos, recordaba las pocas palabras que habían intercambiado cuando estuvo limpiando su herida, las miradas intensas que le lanzaba o su control del dolor cuando desinfectó el corte profundo. Siempre había sido curiosa, lo que la llevó a la situación que vivía con Cedric, y sabía que, tarde o temprano, acabaría acercándola al hombre, para saber más sobre él, sobre su historia.

—Maldita sea —finalmente, después de dar cientos de vueltas en la cama sin encontrar la postura correcta, decidió levantarse.

Ya que no era capaz de dormir, al menos empezaría con sus tareas. Si era suficientemente rápida, podría disponer de algo de tiempo libre para sí misma. Eso, si lograba evitar a su madre para que no le diese más trabajo.

Salió de la casa poco antes del amanecer, satisfecha de haber logrado dejarlo todo listo, sin que su madre se despertase, y corrió hacia las cocinas del castillo, deseando ser la primera en llegar. Podría desayunar pan recién hecho si le ayudaba a la cocinera jefa a prepararlo. Era el trabajo más solicitado por todas las muchachas, precisamente por eso. Antes de conocer a Cedric, siempre había conseguido ser la primera en aparecer por las cocinas, pero había renunciado con gusto al pan para saciar su ansia de aprender. Cedric alimentaba su alma y para ella era más importante que un poco de pan caliente en su estómago.

—He dicho que no —la voz paralizó sus pasos durante unos segundos, antes de entrar—. Por favor, basta. No quiero.

Erienne se acercó, sin dudarlo, al lateral del castillo donde se escuchaban los susurros, dispuesta a saber qué estaba sucediendo. Se encontró con un hombre, de espaldas a ella, que sostenía contra la pared a una de las ayudantes de cocina, mientras ella trataba de alejarse de él. Supo de quién se trataba incluso antes de escuchar su voz.

—Vamos, linda. No seas así.

—No quiero. Déjame, por favor.

—Hace un momento no decías lo mismo. Bien que te gustaban mis besos.

—Pero ahora no quiero seguir.

—Si empiezas algo, lo acabas, linda. Ahora no puedes dejarme así.

—Por supuesto que puede —dijo Erienne con voz firme y lo suficientemente alto para que la escuchasen los dos—. Gilliecallum MacSommerled, ya la estás dejando ir.

LADY VALIENTE

—Lady Valiente al rescate -la risa de Gillie y aquel tono despectivo que usó para llamarla así, no acobardaron a Erienne.

No era la primera vez que se enfrentaban, ni sería la última. Desde hacía un año, sus disputas se sucedían con frecuencia, aunque siempre se cuidaban de que no fuesen públicas. Erienne era consciente de que el hombre tenía ventaja si había testigos y él no quería que nadie supiese que una niña podía ponerlo en su sitio, si se lo proponía. Porque podía.

—Alguien tiene que pararte los pies —cruzó los brazos a la altura del pecho y lo miró sin una pizca de miedo en el cuerpo cuando él se giró hacia ella y caminó en su dirección, amenazante.

—Ya sabes cómo detesto que te tomes esas libertades conmigo, Erienne. No eres nadie para hablarme así.

A pesar de que era alta, más alta que la mayoría de las muchachas de su edad, Gillie la aventajaba casi en una cabeza y su corpulencia aumentaba de alguna forma aquella diferencia. Aun así, se mantuvo firme cuando él prácticamente trató de arrollarla con su cuerpo. Sabía que no lo haría, por más que intentase intimidarla. En el fondo, le tenía miedo.

—Precisamente por eso lo hago, Gillie —remarcó cada palabra, mirándolo directamente a los ojos, ahora a escasos centímetros de los suyos—. Porque sé cuánto te molesta.

—Eres... —alzó el brazo hacia ella con el puño cerrado, pero lo bajó al momento, su mandíbula fuertemente apretada y la rabia brillando en sus ojos—. Algún día, Erienne. Algún día no responderé.

Se marchó hecho una furia sin mirar a ninguna de las dos jóvenes y Erienne sonrió satisfecha por su nueva victoria, aunque no por ello consiguió que su corazón dejase de latir con aquel frenético ritmo. Sabía que jugaba con fuego cuando se trataba de Gillie y que algún día el miedo no le impediría hacerle daño, pero mientras tanto, lo aprovecharía en su beneficio. Más, cuando se trataba de ayudar a otras personas. Aquel era uno de los legados que le había transmitido su madre, a pesar de ser como era con ella. Erienne no podía mantenerse al margen si sabía que alguien la necesitaba. Independientemente de que fuese capaz o no de ayudar, siempre acudía para intentarlo.

—No deberías provocarlo, Erienne —le dijo Sheena, en tono de censura.

—Y tú no deberías aceptar más sus besos si no estás dispuesta a dárselo todo —la reprendió—. Sabes cómo es. ¿Por qué no te alejas de él de una vez por todas? Hoy estaba aquí para detenerlo, pero en otra ocasión tal vez termine lo que empezó.

—Él no me forzaría —lo defendió.

—¿Estás segura? Porque creo que estaba a punto de hacerlo —su cuerpo se tensó al pensarlo, acechada por los recuerdos—. No deberías alentarlos.

—Es que... —bajó la cabeza avergonzada. Erienne sabía bien lo que estaba pensando, aunque no se lo dijese. Todas pensaban lo mismo.

—Solo te utilizará, Sheena —insistió—. Como ha hecho con muchas otras antes que tú. Como hará con otras tantas después. No puedes creer nada de lo que te prometa porque no cumplirá. Cuando Gillie se case, no será con una de vosotras. Buscará una mujer que le aporte más tierras y

poder. Es el primogénito de nuestro señor y no se conformará con una simple sirvienta.

—Tú no lo entiendes.

—No, no lo entiendo —se encogió de hombros—. Yo no dejaría que un hombre como él se llevase mi virtud y mi reputación. No merece que le des tanto, Sheena porque nunca lo valorará. Los hombres como él solo saben hacer una cosa y eso es satisfacer sus propias necesidades. No te ama, ni lo hará. Gillie no sabe lo que significa la palabra amor. Aléjate de él antes de que sea tarde. No importa lo que creas sentir por él, no es recíproco. Nunca lo será.

Erienne no esperó a que le respondiese. Necesitaba alejarse de allí y de los recuerdos que se agolpaban ahora en su cabeza. Recuerdos que creía bloqueados por fin, pero que siempre regresaban cuando menos lo esperaba. Sabía cuán convincente podía ser Gillie cuando se lo proponía. Sabía que ninguna mujer en la que pusiese su interés, se le resistiría por mucho tiempo. Muchas habían acabado en su cama y otras tantas lo harían, porque Gillie era muy guapo y sabía usar las palabras en su favor. Y si eso no funcionaba, acudía a la fuerza. Así había estado a punto de ser para Sheena esa misma mañana y así casi le había sucedido a ella también hacía ya un año.

Nadie acudió en su ayuda en aquella ocasión y tuvo que defenderse sola. Por suerte, o tal vez porque así debía ser, un pequeño despiste de Gillie le dio a ella la oportunidad de escaparse antes de que la violase. Sin embargo, el miedo a que lo intentase de nuevo la había mantenido oculta de su vista durante algunos días. Días eternos en los que se sobresaltaba con el menor ruido y largas noches donde apenas dormía, por miedo a que fuese a buscarla. Hasta que se dijo basta a sí misma y trazó un plan para dejarle claro que ella no sería nunca una presa fácil para él.

Después de poner algunas hierbas en su bebida, que lo mantuvieron en la cama durante una semana, con terribles dolores, le hizo saber, sutilmente, que como osase ponerle un dedo encima de nuevo, lo siguiente que le diese lo llevaría directamente a la tumba. No había vuelto a molestarla desde entonces y tampoco la enfrentaba, más que de palabra, si lo sermoneaba como había hecho unos minutos antes. Erienne sabía que su paciencia y su miedo tenían un límite que no debía sobrepasar, pero era incapaz de no intervenir cuando veía sus claros abusos hacia los demás. Sobre todo si se trataba de mujeres que podrían acabar en la misma situación que ella había vivido un año atrás.

Una vez llegó a la cocina, se olvidó del incidente y se concentró en ayudar con el pan para obtener así su merecido desayuno. Después de estar toda la noche en vela y sabiendo el duro trabajo que les esperaba en el gran salón del castillo, aquel pan recién hecho y el queso que le añadió, por cortesía de la cocinera, le darían las fuerzas necesarias para no decaer. Porque esa mañana estarían a la mesa todos los hombres de su señor, desde sus mejores guerreros hasta los más jóvenes entre ellos.

Somerled los había convocado para anunciarles una importante noticia tras el desayuno y aunque nunca hacía partícipe a las mujeres de sus planes, lo sabían ya, pues los rumores corrían por todo el castillo. Las mujeres no eran las únicas que hablaban en susurros por los pasillos y desde su llegada de la guerra, no se hablaba de otra cosa, más que de la pronta partida de Dougal. Erienne sabía que su señor lo anunciaría esa mañana y decidiría quiénes lo acompañarían. La mayoría querría ir con él, pues el joven tenía mejor talante que el padre, pero solo unos pocos irían con él, conformando su guardia personal. Lo ayudarían a hacerse valer sobre los hombres que sus tierras ya le aportaban. O al menos, eso era lo que se rumoreaba en Dunstaffnage.

—Aquí, muchacha. Haz algo útil y sírveme —la forma ruda y burlesca en que Gillie le habló, puso a Erienne alerta. Cuando no estaba solo era más atrevido con ella, tal vez creyendo que no podría poner nada en su bebida si había gente alrededor, tal vez, seguro de que no lo retaría delante de tantos testigos—. No sea que tu madre tenga razón y seas una holgazana.

Se acercó y colocó la comida en la mesa, procurando mantenerse fuera del alcance de Gillie, pero uno de sus hombres, a una señal de este, la empujó hacia él riendo. Erienne apenas logró mantener el equilibrio y tuvo que ayudarse, apoyando la mano en el hombro de Gillie, que rodeó su cintura con fuerza para que no pudiese alejarse de él.

—Lady Valiente —susurró— ¿A que ya no lo eres tanto ahora mismo?

—Haríais bien en vigilar vuestra comida, mi señor, en lugar de perder el tiempo conmigo —dijo ella en alto, para molestarlo, y con la esperanza de que la dejase ir—. No vaya a ser que otro la tome en vuestro lugar, por accidente. Sería una verdadera lástima.

—No la has tocado, pequeña bruja —apretó su agarre y Erienne tuvo que forzar su postura para que Gillie no rozase sus pechos—. Más te vale que no lo hagas.

—Más os vale a vos que la soltéis —una voz potente y firme sonó detrás de ellos y Gillie se tensó, aflojando el brazo para liberar a Erienne—. ¿Recordáis nuestra última conversación? Inclúidla a ella también en mi advertencia.

—Si creéis que...

—Yo no creo nada —Marrok lo interrumpió—. Os estoy avisando.

—No será por mucho tiempo —Gillie se levantó para enfrentarlo. Se sentía valiente, con sus hombres a su lado—. En pocos días partiréis lejos con mi hermano. ¿Dónde quedará entonces vuestra... advertencia?

Erienne tomó a Marrok del brazo cuando lo vio dar un par de pasos hacia Gillie y se lo llevó de allí. Sabía que si no se lo hubiese permitido, no habría podido moverlo, pero eso no mitigó su enfado. Cuanto más se alejaban, más bullía de rabia y por eso mismo, en cuanto estuvieron solos, lo enfrentó con los brazos en jarras.

—No necesito un protector, Marrok —dijo—. Sé cuidar de mí misma.

—No dudo de que podáis hacerlo —le habló con calma, algo que Erienne no esperaba y frunció el ceño—. No me gusta ese hombre y no confío en él. Extenderé mi protección a cada persona que él amenace.

—No podéis salvarlos a todos —lo miró con asombro e incredulidad, pero sintió que se relajaba al saber que no la había defendido porque la considerase incapaz de hacerlo—. Creedme si os digo que Gillie amenaza a mucha gente. Cree que todos le debemos obediencia absoluta por ser el primogénito de nuestro señor y el que le lleva la contraria, se lleva la peor parte.

—Razón de más para tenerlo vigilado.

—Creía que debíais proteger a Dougal —las habladurías sobre su deuda de vida eran otro de los temas que más se habían escuchado desde su llegada.

—No suelen andar muy lejos el uno del otro —cruzó los brazos, pero mantuvo una postura relajada que decía claramente que se sentía cómodo.

—En ese caso —lo imitó—, vigiladlos a ambos y dejadme en paz a mí. Como os he dicho, sé cuidarme sola.

—Creía que os había dejado claro que no era eso de lo que discutíamos.

—¿Y sobre qué discutíamos entonces?

—Sobre mantener vigilado al hermanastro de Dougal.

—¿Queréis que os ayude? —malinterpretó sus palabras a propósito y Marrok le hizo saber, con un gruñido, que no le había gustado su sugerencia.

—Yo me encargaré de él.

—Hasta que os marchéis con Dougal. Después volverá a ser libre de seguir molestando a quien le plazca, así que —se acercó a él antes de seguir hablando—, dejad que yo cuide de mí misma, como he hecho siempre. Os aseguro que soy más que capaz.

—Os creo muy capaz, Erienne. Solo os daré un consejo —dijo, acercando todavía más el rostro al suyo, hasta el punto de que ella necesitó contener la respiración, insegura de lo que se proponía—. Tened más cuidado cuando salgáis por las noches. Dudo que os guarden el secreto de lo que hacéis más allá de las murallas del castillo, si es otro quien os descubre.

Dicho eso, se giró y se fue, dejándola completamente paralizada. ¿La había visto salir del castillo? O peor, ¿la habría seguido? Un escalofrío recorrió su cuerpo al comprender que de haber sido cualquier otro, era seguro que su situación habría sido muy diferente. La suya y la de Cedric. Y aunque no le gustaba la idea de deberle algo a Marrok, se sintió en la obligación de agradecerle el no haber dicho nada a nadie sobre sus salidas.

Fue tras él, dispuesta a decírselo, pero no fue capaz de encontrarlo. Si descubrió, en cambio, a Gillie, que le regaló mirada colérica, cargada de promesas que preferiría que nunca cumpliera. Sin embargo, bastó un simple movimiento de la bolsa de medicinas que siempre llevaba consigo atada a su cinturón para que la expresión de Gillie cambiase y apartase la mirada. Temía que llegase el día en que ya no temiese sus conocimientos sobre las plantas.

Erienne abandonaba el salón, cuando Somerled pidió silencio para que escuchasen lo que tenía que decir y a pesar de que sabía que no le permitirían quedarse, permaneció en la puerta escuchando. La curiosidad pudo más que la cordura en aquella ocasión, pues lo que iba a decir, cambiaría la vida en Dunstaffnage.

Su mirada se paseó por todos los hombres del salón y terminó posándose sobre Marrok, que estaba justo detrás de Dougal, vigilando con actitud desafiante. No podía negar que a pesar de ser mucho más joven que la mayoría de los presentes, imponía más que cualquiera de ellos. Había algo salvaje en su forma de comportarse, pero al hablar, se mostraba razonable y sensato. Poseía un sentido de la lealtad admirable, si era cierto lo de la deuda que tenía con Dougal y eso era algo de lo que muchos carecían allí. Pero lo que más había llamado su atención era aquel interés por cuidar de todos. En eso eran tan parecidos, que su curiosidad por él crecía a pasos agigantados, algo que por otro lado, no le convenía pues solo le traería complicaciones. Por suerte para ella, en unos pocos días se marcharía y podría olvidarse de él.

LA OTRA CARA DEL GUERRERO

—Niña.

Su madre la llamó desde la puerta principal y Erienne se sobresaltó como si la hubiesen pillado haciendo algo malo, cosa que tal vez no fuese del todo mentira porque no debería estar escuchando lo que su señor tuviese que decir a sus hombres. Ella no era más que una simple muchacha; la hija de la curandera, cierto, pero al parecer la reputación de su madre nunca se extendería a ella, por muy buena que fuese en ello. Estaba segura de que era por el trato que su madre le dispensaba desde pequeña, pero no podía hacer nada al respecto, salvo demostrarles con hechos, una y otra vez, que era más capaz de lo que su madre les decía.

—Deja de holgazanear y haz algo útil —la sermoneó, empujándola hacia el exterior del castillo en cuanto se puso a su lado—. Ve al río a buscar las hierbas que me faltan. Necesito reabastecer la botica. He tenido que curar a muchos soldados heridos y has gastado demasiadas en el salvaje que sigue a Dougal a todas partes.

—No es un salvaje, madre.

—No me repliques, niña y haz lo que te digo.

En sus catorce años de vida, muy pocas veces había escuchado a su madre usar su nombre y la mayoría de ellas había sido en tono despectivo, así que ni se inmutó cuando la llamó niña. Aquella era su forma de recordarle que nunca estaría a su altura, que no la consideraría una igual y que jamás la amaría. Pero, tal y como le había dicho a Dougal, sus palabras no le afectaban. Ella sabía quién era y de lo que era capaz. Y, por supuesto, no necesitaba el amor de una mujer como aquella para seguir adelante, por mucho que le hubiese dado la vida.

No siempre había sido así. Los primeros años de vida había sido una niña desgraciada y ansiosa, siempre intentando contentar a una madre que nunca estaba satisfecha. Buscaba un abrazo, un beso o un simple gesto de cariño de ella, todo en vano. Y a pesar de lo duro que era siempre su rechazo, no quiso rendirse. Sin embargo, su madre se había encargado de abrirle los ojos una tarde en que, intentando ayudarla con la fabricación del ungüento secreto de la familia, erró en la cantidad y lo estropeó. Le había gritado tanto y le había dicho cosas tan terribles, que supo que no la quería y que nunca conseguiría llegar a su corazón, por más que lo intentase. Su madre nunca la había querido ni lo haría en el futuro. En aquel momento, supo que había intentado deshacerse de ella durante el embarazo y que para ella no era más que un error del pasado hecho carne. Un error que quiso subsanar desde que supo de su existencia. Para su madre no era más que una carga y el recordatorio de una mala decisión y así se lo había hecho saber aquel día, con gritos e insultos. Desde entonces se había encargado de demostrárselo, una y otra vez, con sus desprecios y maltratos. Nunca le había puesto la mano encima, pero las palabras podían ser igual de duras que los golpes. O peores, incluso.

Con sus constantes vejaciones, habría sucumbido a la pena y la decepción, si no hubiese tenido un espíritu fuerte, o si no hubiese conocido a Cedric en su huida frustrada aquel mismo día. Había guardado sus pocas pertenencias y había salido corriendo de la casa, con la única idea de alejarse de su madre para siempre, pero el anciano se cruzó en su camino, malherido y desnutrido y Erienne no pudo dejarlo morir. Durante más de un mes se ocupó de él en secreto, hasta que le

devolvió la salud.

Habían hablado de todo y de nada en las largas horas que pasaron juntos, cada vez que ella podía escapar de sus obligaciones. Cedric había admirado su ansia de conocimiento y seguro de que ya nunca podría compartir su sabiduría con nadie, había empezado a instruirla, casi sin darse cuenta. Y sin importarle que fuese una mujer y estuviese prohibido.

Para Erienne, Cedric había sido la luz en su oscuridad y le había dado algo más importante que el amor de la mujer amargada en que se había convertido su madre. Le había dado el mundo, la historia, el poder. Le había proporcionado las armas para ser fuerte en un mundo de hombres. Le había aportado serenidad y madurez. Erienne le debía todo a Cedric y se había propuesto cuidarlo hasta el Señor decidiese llevarlo con él. Y aunque no hablaban de eso, en cierto modo se había convertido en el padre que ella nunca había conocido.

Después de aprovisionarse en la cocina, sin que la vieran, corrió hacia el río en busca de las plantas que su madre le había pedido. Agradecía el poder estar a solas durante un tiempo, porque aunque le gustaba el bullicio del castillo y el ajetreo diario en un lugar tan concurrido, era capaz de apreciar los momentos de soledad también. Sobre todo, si eso suponía no tener que escuchar los gritos y órdenes de su madre. En momentos como aquel, podía imaginarse que ya no le debía obediencia y era libre de decidir sobre su propia vida y su futuro.

—Buenos días, Cedric.

También aprovechó aquel encargo de su madre para llevar la comida que había le prometido a Cedric. El anciano era más que capaz de pasar hambre con tal de que ella no se metiese en problemas por su culpa, y no podía permitirlo.

—¿Qué haces aquí, niña?

Aunque la llamaba igual que su madre, la mayoría de las veces, el tono que usaba era tan diferente y tan dulce, que Erienne adoraba la palabra en sus labios. Otra razón por la que no sentirse mal cuando era su madre quien la usaba. Cedric sabía cómo convertir el mal que hacía su madre, en algo especial, incluso con una simple palabra. Nunca se lo había confirmado, pero estaba segura de que la usaba a propósito para que olvidase el desprecio que su madre le profesaba.

—Mi madre me ha enviado al río a por plantas —le dijo mientras organizaba la comida en la despensa— y he aprovechado para traerte esto.

—Algún día te meterás en problemas por mi culpa —la regañó.

—Ya lo solucionaré cuando suceda —lo miró, sonriendo—. Si sucede.

—Esta noche no vengas —le pidió, mientras veía cómo trabajaba—. Pareces cansada. Necesitas dormir.

—Necesito alimentar mi mente.

—Alimentaré tu mente cuando esta esté descansada —insistió—, no antes. Esta noche no vengas.

—¿Te encuentras bien, Cedric? —el tono quejoso en su voz la preocupó.

—Perfectamente —se sentó en la silla y cerró los ojos—. Es solo que mis huesos están pidiendo ya un poco de calor.

—Traeré más leña en cuanto acabe de colocar esto —le ofreció ella.

—Ese no es el frío que me molesta, niña.

—Te prepararé una infusión —dijo—. Y por la noche...

—Por la noche dormirás —la interrumpió con severidad para que se lo tomase en serio.

—Por la noche dormiré —le prometió, resignándose.

Sabía que aunque lo desobedeciese, esa noche no le enseñaría nada y la mandaría de regreso,

así que no se arriesgaría a desoírlo.

—Eso está mejor —asintió, satisfecho.

—Pero cuando vuelva, traeré más de ese ungüento de romero que te preparé la última vez —ahora fue su turno para regañarlo—. Seguro que ya lo terminaste y no me has dicho nada.

—Soy viejo, nada de lo que puedas darme me libraré de los dolores.

—Pero al menos, puedo aliviarte por unas horas —puso los brazos en jarras y le envió la misma mirada que había usado él instantes antes—. Déjame cuidar de ti, Cedric.

—Ya lo haces, niña —suavizó su rictus—. Más de lo que crees.

Fue a por leña mientras el agua hervía en el cazo que había puesto al fuego. Luego organizó la cabaña para acomodarla un poco y cubrió los huecos por los que entraba el viento. Era casi tan vieja como Cedric y no conseguía tenerla arreglada nunca, pues cuando los desperfectos estaban solucionados, aparecían otros nuevos a los pocos días. Lamentablemente, no tenía ni el tiempo ni los recursos necesarios para hacer lo que necesitaba la casa.

—Vete ya, niña, o tu madre te regañará por tardar —Cedric la echó de la cabaña después de terminar con todas las tareas—. Y recuerda no volver esta noche.

—Tú recuerda poner más leña en el hogar antes de ir a la cama para que dure toda la noche.

—Soy viejo, no estúpido —y a pesar de que parecía un reproche, Erienne rió porque sabía que no lo era.

—Te quiero, Cedric —lo abrazó a sabiendas de que él la alejaría, aunque en el fondo, disfrutase de aquellos gestos de cariño. Simplemente le gustaba gruñir por todo.

De regreso en el castillo, se encontró una escena con la que no contaba y que la dejó petrificada en el sitio. Bethòc, la hermana pequeña de Dougal de 5 años de edad, estaba en el patio, correteando alrededor de Marrok, mientras este la miraba con ojos divertidos y una sonrisa en los labios. Dougal no andaba lejos de ellos y los observaba con una sonrisa idéntica, como si disfrutase del espectáculo. Marrok sujetó a la niña por la cintura, de repente, y la lanzó al aire, haciendo que Bethòc gritase de alegría. Aquel era un gesto tan entrañable, viniendo de un hombre tan serio, que su estómago lo sintió de un modo extraño. Y aunque se quiso marchar, pues era lo correcto, no fue capaz de hacerlo. La imagen que se le ofrecía era demasiado cautivadora. Después de repetir un par de veces más el movimiento, los pies de Bethòc tocaron el suelo de nuevo y siguió corriendo a su alrededor, mientras le hacía interminables preguntas sobre su vida. Erienne se maravilló de la ternura con que el gigante trataba a la hermana de Dougal. Sabía cuán estresante podía llegar a ser Bethòc en ocasiones, pues había cuidado de ella algunas veces. Era la niña más inquieta y más curiosa que había conocido, después de sí misma. No se cansaba de preguntar y parlotear, pero a pesar de todo, Marrok respondía a cada una de sus preguntas, sin importar cuán ridícula pudiese llegar a ser.

—Ya eres un viejo —exclamó cuando Marrok dijo que tenía 20 años.

—No soy tan viejo —le sonrió él—. Cuando crezcas no te lo pareceré. Ya verás.

—Dougal es más pequeño que tú y padre siempre dice que debe buscarle rápido una esposa porque se hace mayor. ¿Tú ya tienes una esposa?

—Todavía no.

—¿Y quién cuidará de ti entonces? —lo miró como si aquella fuese una terrible noticia—. No puedes estar sin esposa si eres tan viejo.

—Todavía puedo encontrar una esposa que me cuide, ¿no crees?

—No lo sé —lo estudió como si estuviese sopesando la idea realmente—. Pero no pasa nada, Marrok. Si no encuentras una esposa, yo cuidaré de ti cuando no lo puedas hacer solo.

—¿Serías mi esposa? —le preguntó Marrok divertido.

—Oh, no. Yo no puedo casarme con nadie porque seré la esposa de Dios.

—¿La esposa de Dios? ¿Cómo es eso? —se agachó a su lado cuando ella lo llamó con su pequeña mano.

—Él me habló en sueños —quiso susurrar, pero su voz sonó igual de fuerte que antes—. Dijo que lo serviré fielmente y que un día seré priora en el monasterio de Iona.

—Eso dijo.

—Ajá —asintió— y por eso viajaré a Iona cuando tenga la edad suficiente para ir. Dougal me lo prometió.

Erienne contuvo la respiración al escuchar la fuerte determinación de la niña. A pesar de tener tan solo cinco años, siempre actuaba con una madurez nada propia de su edad. Veía en ella un reflejo de sí misma cuando se propuso aprender lo que Cedric le pudiese enseñar. La admiró por ello y deseó fervientemente que Dougal le hubiese hecho aquella promesa con la clara intención de cumplirla.

—Si vas a ser la priora de Iona, no podrás cuidar de mí —le dijo Marrok.

—Buscaré a alguien que lo haga por mí —le respondió ella, después de pensar nuevamente en ello— porque tú cuidas de Dougal ahora. Es lo correcto.

—¿Sabes, Bethòc? Eres la niña más hermosa que he conocido jamás y créeme que he visto mucho mundo y a muchas personas. Eso es porque tu belleza reside justo aquí —Marrok señaló su pecho, sin tocarla—. No permitiré que nadie apague tu luz nunca, princesa. Te lo prometo.

—Dios cuidará de mí —le dijo ella alegremente.

Erienne apartó la mirada finalmente y se ajustó al hombro la bolsa donde llevaba las plantas para su madre. Comenzó a caminar hacia el castillo como si no hubiese presenciado la más extraña y al mismo tiempo maravillosa conversación entre dos personas tan dispares. Bethòc no tardó en verla y corrió hacia ella para lanzarse en sus brazos.

—Hola, Erienne —le dijo sonriendo.

—Hola, Bethòc. ¿Cómo estás hoy?

—Dougal por fin me dejó salir fuera.

Las últimas semanas el estado de salud de Bethòc se había visto afectado por culpa de una complicación respiratoria y su hermano le había prohibido salir del castillo hasta que se recuperase completamente. La madre de Erienne la había enviado a cuidarla cuando estaba ocupada en otras tareas. O más bien cuando Dougal no andaba cerca y su madre podía delegar en ella. Definitivamente, a su madre no le agradaban los niños.

—Te dije que podrías salir si eras paciente —le sonrió, incapaz de mirar a Marrok, que las observaba desde la distancia.

—Erienne —Dougal se acercó a ellas con una sonrisa en los labios—, me alegra verte. Quería hablar contigo.

—¿Sobre Bethòc? —aventuró.

—Sobre mi viaje a Morvern.

—¿Vuestro viaje? —lo miró extrañada.

—Sí —asintió él entusiasmado—. He estado hablando con mi padre sobre la gente que me quiero llevar y me ha dado permiso para que vengas conmigo. Siempre que tú aceptes, por supuesto.

LA DECISIÓN

—¿Yo? ¿Irme a Morvern con vos? —el pánico la invadió al pensar en Cedric.

Aunque la idea de alejarse de su madre le resultase tan apetecible, no podía abandonar al anciano. Había soñado con una oportunidad como esa durante toda su vida, pero ahora que se la ofrecían, apenas podía pensar en aceptarla sin sentirse culpable. Aquello era lo que le permitiría ser independiente al fin, hacer lo quisiese sin tener a su madre encima recordándole lo pésima que era o lo poco que la quería. Podría vivir tranquila, podría buscar su propio camino, su propia felicidad, pero pensar en que debería dejar atrás al anciano para iniciar esa nueva vida, la espantaba. No iba a abandonarlo cuando más la necesitaba.

—¿Por qué yo? —preguntó, tratando de hacer tiempo, antes de tener que darle una respuesta—. ¿Es por mis conocimientos de sanación?

—No —su firme respuesta la contrarió y lo hizo saber arrugando su frente—. Sé que eres buena, Erienne, y no dudo de que serías una excelente curandera, pero me han dicho que en Morvern hay uno muy bueno y no pretendo hacer cambios nada más llegar. No es por eso por lo que quiero que nos acompañes.

—¿Entonces? No lo entiendo —y en esta ocasión era su propia curiosidad la que preguntaba. Si no la quería por sus habilidades como curandera, ¿qué otra razón podría alentarla a sugerirle aquello? Lo único por lo que se diferenciaba de las demás mujeres, era justo su conocimiento sobre las hierbas. Y tal vez, también lo que Cedric le estaba enseñando, pero nadie sabía nada sobre eso ni podrían hacerlo, pues dudaba que lo apreciaran, si llegaban a enterarse.

—Como sabes, soy el tutor de Bethòc desde hace tres años, cuando mi padre delegó en mí su cuidado —la joven asintió, mirando a la niña, que ahora estaba en brazos de Marrok, observándola con una esperanza que le hacía suponer qué le pediría Dougal. Cuando este continuó con su explicación, regresó su atención a él—. He hablado con él sobre ella y he decidido que no la dejaré aquí, en Dunstaffnage. Quiero que venga conmigo a Morvern.

—Eso está bien —asintió, conforme con la idea—. Será feliz a vuestro lado, mucho más que aquí.

La niña no era muy querida por su padre y él jamás le permitiría entrar en un convento, si estuviese en su mano esa decisión. La casaría con algún hombre que le aportase más poder o una buena alianza. Jamás le preguntaría a la niña si era lo que deseaba o no. La usaría a su antojo.

—Bethòc no quiere que nos acompañe su doncella.

Erienne podía entenderlo perfectamente, porque esa mujer era un demonio vestido de seda. Con su falsa sonrisa y sus maneras suaves cuando Somerled, pero tan seria y tan dura con Bethòc, cuando desaparecía de su vista. Era tan estricta, que le impedía hacer casi cualquier cosa que no sirviese directamente para su educación. O la educación que creía que debía tener la niña. En sus cinco años de vida, Bethòc no había podido jugar ni una sola vez con los otros niños del castillo. Tampoco se le permitía correr ni reír alto, ni salir del recinto amurallado en ningún momento. La había obligado a aprender a caminar correctamente cuando sus piernas apenas sostenían su peso, pues la hija de un hombre tan importante como Somerled, no podía ser vulgar como los demás. Había sido muy dura, enseñándole con férrea determinación, a tocar el laúd y a cantar, casi antes

que a hablar. Y ahora, le estaba enseñando a bordar con una precisión digna de una mujer experimentada, que se ganase la vida con ello. Sabía, de primera mano, que la castigaba duramente si se equivocaba y que eso no gustaba a Dougal, pero ni siquiera este había podido apartarla de Bethòc, porque había sido su padre quien la eligió para ella y no le permitía cambiar de doncella, pues eso sería admitir que se había equivocado.

—¿Podéis dejarla aquí? —preguntó con cautela. Bethòc merecía a alguien mejor, para cuidarla y enseñarle, que esa cruel mujer.

—Mi padre no me permitió elegir a los guerreros que me acompañarían, pero me concedió el poder elegir al resto de los que vendrán conmigo —asintió—. Y me gustaría que nos acompañases, para ser la doncella de Bethòc.

—Nunca he sido doncella de nadie —dijo, no queriendo negarse, pero al mismo tiempo temiendo aceptar—. No sabría cómo educarla correctamente.

—Lo has hecho bastante bien contigo misma, Erienne —la alentó Dougal, con una sonrisa—. Dudo que vayas a tener problemas con ella. Ni ella contigo.

—Es una gran responsabilidad —insistió insegura.

—Sé que lo harás bien, Erienne. Y Bethòc estaría feliz si vinieses con nosotros. Es a ti a quien quiere, pues le pregunté y solo me dio tu nombre. Le he estado dando vueltas, después de eso, y tampoco yo puedo pensar en alguien más adecuado que tú.

—No sé qué decir.

Erienne sabía que Dougal estaba usando a propósito a la niña para intentar convencerla y lo habría hecho sin dudar, si se tratase solo de sí misma, pero Cedric la necesitaba también y no podía abandonarlo ahora que el invierno estaba encima ya. No llegaría sin ella a la primavera.

—¿Qué te preocupa? —le preguntó, sobresaltándola—. Imagino que no es por dejar a tu madre atrás. No es una madre ejemplar, si me permites decirlo. Y ni se molesta en ocultarse cuando te trata con desprecio.

Erienne se debatía entre contarle la verdad o dejarlo en la ignorancia. Quizá, si omitía las clases que Cedric le estaba dando, podría llevárselo con ella, pero aún así, le preocupaba no poder explicar por qué estaba allí el anciano y por qué nunca lo había llevado ante Somerled, para que pidiese permiso para vivir en sus tierras.

—Todo eso podría ser cosa del pasado, si aceptas —el joven insistió, ajeno a su lucha interior—. Te ofrezco la libertad de hacer lo que tú quieras. Sé que sabrás educar a Bethòc y que no necesitaré decirte cómo. Si se parece a ti, me daré por satisfecho.

—Yo...

—Dougal —Marrok los interrumpió, al comprender que Erienne iba a rechazar la oferta. Y sabía por qué lo haría—, necesito hablar contigo.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Disculpa, Erienne. Vuelvo en seguida.

Erienne vio cómo se alejaban para hablar y aunque sentía curiosidad y le hubiese gustado saber de qué hablaban, Bethòc se situó frente a ella, mirándola a los ojos y regalándole una bonita e inocente sonrisa, para intentar convencerla por su cuenta. Algo que le resultaría fácil, por ser cómo era. Pocos podían decir que no a una niña tan encantadora, que había tenido que criarse entre adultos, aprendiendo a ser una de ellos desde muy temprana edad.

—¿Qué sucede, Marrok? —Dougal parecía molesto por la interrupción, pues sentía que estaba perdiendo la oportunidad de convencer a Erienne de que se fuese con ellos. Y no podía entender su reticencia a aceptar su oferta, pues habría jurado que saltaría de alegría cuando supiese que

podía escapar del yugo al que su madre la tenía sometida. Él estaba deseando alejarse del suyo, desde luego.

—Sé por qué Erienne no quiere irse —dijo sin tapujos.

—¿Lo sabes? —lo miró escéptico. Apenas la conocía de unos pocos días y no habían vuelto a hablar desde la primera vez, al menos, que él supiese.

—Hace un par de días descubrí, por casualidad, cierta información sobre ella —explicó— y estoy totalmente seguro de que eso es lo que la retiene aquí.

—¿Qué es? —la curiosidad creció en él—. Tal vez pueda hacer algo para que cambie de opinión.

—No voy a delatarla —negó—. Lo lamento, pero no me parece correcto hablarte de ello, cuando mantenerlo en secreto parece tan importante para ella.

—¿Entonces por qué me lo cuentas, Marrok?

—Porque necesito que me des tu palabra —le pidió— de que no preguntarás nada, ni te negarás a nada si la convengo de irse con nosotros. Yo hablaré con ella.

—Esa puede ser un arma de doble filo —dijo, más para sí mismo que para su amigo—. Pero está bien Marrok, confío en ti. No haré preguntas, ni me negaré a nada de lo que suceda con ella, siempre que acepte. No es solo por Bethòc, sino por ella. Sé lo duro que es vivir con alguien que no hace otra cosa que infravalorarte y me gustaría alejarla de eso. Erienne es una gran muchacha y no merece sufrir por culpa de su madre.

—La convenceré —prometió Marrok.

—Lo dejo en tus manos, entonces.

Dougal se acercó a ellas y se llevó a Bethòc al interior del castillo, esgrimiendo una excusa poco creíble. La idea era dejar a Erienne a solas con Marrok, para que hablasen. El hombre la observaba fijamente, seguro de lo que había estado pasando por su mente al oír la propuesta de Dougal: le preocupaba el anciano.

—Ven conmigo —dijo, sonando casi como una orden, por lo que añadió—. Por favor.

—Tengo que llevar esto a mi madre o...

—Te acompañaré después —le dijo, tomando el fardo de plantas para cargarlo y así no dejarle otra opción que acompañarlo—. Ahora vamos a hablar.

—¿Sobre qué?

Si a Erienne le contrarió que la tratase con semejante familiaridad, no se lo hizo saber. Marrok se descubrió a sí mismo deseando que también ella olvidase los formalismos con él. Erienne lo intrigaba. Cuanto más conocía de ella, más admiraba su fuerza interior y su coraje. No había tenido una vida fácil, pero parecía que nada podía detenerla. Era admirable. Se propuso conseguir una relación más estrecha entre ellos. Se propuso ganarse su confianza y su amistad.

—Sobre la razón por la que no quieres ir a Morvern —le dijo sin tapujos. Nunca habían sido de rodeos o de sutilezas, pues solían venir acompañados de malos entendidos y discusiones.

—No he dicho que no quiera ir.

—Pero no vas a ir —la miró, con tal entendimiento, que Erienne apenas logró mantener su vista en él.

Marrok se maravilló con el cambio en el color de sus ojos. Al observarla de cerca, veía que la tonalidad de su iris cambiaba según su estado de ánimo o la luz del lugar donde se encontraba. La primera vez que sucedió aquello, creyó haberlo imaginado, pero nada más lejos de la realidad. Los ojos de Erienne eran tan expresivos, que casi podías saber lo que pensaba o lo que sentía, solo con mirarlos. Ahora, la joven estaba preocupada.

—No puedo abandonarlo —le concedió finalmente. Se habían alejado bastante del patio, para

que nadie los escuchase.

—No debes hacerlo —corroboró él—. La lealtad es una virtud que todo hombre o mujer debería tener. Este mundo dejaría de estar en guerra si todos fuesen tan leales como lo eres tú con él.

—Hay guerras, precisamente, porque las lealtades son fuertes —le rebatió.

—¿Eso es lo que crees? —la observó una vez más—. Las nuevas tierras de Dougal se obtuvieron gracias a la traición de algunos hombres de Godred Olafsson. Y familia, según tengo entendido. ¿Acaso no es desleal eso?

—No sé los motivos que los llevaron a traicionar a ese hombre, pero sé que hay más de un tipo de lealtad. Puedes ser leal a una persona o a un país. O puedes ser leal a una idea o a unos valores —le ponía tanta pasión, que Marrok no pudo sino admirarla por ello—. Quizá vieron en Godred algo que lo hacía indigno del puesto que ocupaba o tal vez, creyeron que no debía gobernarlos por ello y decidieron ayudar poner en el trono a alguien que lo mereciese. Quizá fuesen leales al bienestar del pueblo y no al de un único hombre. Por lo que he oído, Godred era duro y exigente en su mandato. ¿Pero era una persona justa? Tal vez no y por eso quisieron derrocarlo.

—Y has dicho que no sabrías educar adecuadamente a Bethòc —aquella respuesta, acompañada de una de sus escasas sonrisas, la sorprendió y halagó en igual medida.

—Bajo mis cuidados —sintió la necesidad de aclararlo—, Bethòc no sería una mujer invisible.

—Según ella, Dios la ha elegido para algo grande —dijo Marrok—. Necesitará estar preparada para una tarea de semejantes proporciones porque, de ser cierto, su camino no va a ser fácil de recorrer. No debe ser una mujer invisible, sino fuerte e independiente. Y creo firmemente que tú sabrás ayudarla en eso.

—No puedo irme...

—Sin él —terminó por ella—. Lo sé.

—Entonces no hay nada más que decir —alzó orgullosa la barbilla, en un gesto decidido—. No puedo hablarle de él a Dougal sin que haga preguntas sobre él y no sabré mentirle. Descubrirá que Cedric me ha estado enseñando y tendrá que castigarnos por ello. No...

—Dougal jamás os castigaría por eso —la interrumpió.

—Él no, pero el pueblo se lo exigiría. Y él tendría que claudicar frente a ellos pues no debe tomar posesión de sus tierras desoyendo a su pueblo en la primera oportunidad que se le presenta. Le haría parecer un tirano incluso peor que el que los gobernaba antes.

—Si yo te asegurase que nadie preguntará nada sobre él y que podrás llevarlo a Morvern con nosotros sin ningún problema, ¿vendrías?

—No podéis hacer algo así. Dougal...

—Imagina por un momento que puedo hacerlo —la interrumpió—. Si hago eso por ti, ¿nos acompañarías?

—Si me garantizáis que Cedric estará bien si se va con nosotros, os acompañaré.

—Entonces así será —le tendió la mano—. Confía en mí, Erienne.

Erienne miró su mano, como si estuviese decidiendo, realmente, otorgarle su confianza absoluta con aquel gesto. Cuando finalmente colocó su mano en la suya, Marrok la apretó al momento. Entonces comprendió que, de alguna forma, habían sellado una especie de pacto entre ellos y quiso asegurarse de que también ella lo había entendido.

—Somos amigos ahora, Erienne —acercó su rostro al hablar, haciéndole saber, con su mirada, mucho más que con sus palabras.

OLORES

Si convencer a Cedric de ir con ellos fue complicado, el viaje no resultó mucho más fácil para él. Sus viejos huesos se resintieron del traqueteo en la carreta y el frío se le metió tan adentro, que ni las infusiones de Erienne pudieron sacarlo fuera por mucho tiempo. Aun así, mantuvo una actitud relajada y entretuvo a Bethòc con toda suerte de historias sobre su época en el monasterio de Lindisfarne durante el trayecto. La niña lo escuchaba embelesada y le hacía infinitas preguntas al respecto, que el viejo monje respondía con una sonrisa en los labios y la admiración en sus ojos.

—Esta niña llegará a ser muy importante en la Iglesia —le dijo a Erienne, la noche antes de llegar a Morvern.

—Ella dice que Dios le habló y que debe ir a Iona para ser la priora —sonrió ante tal idea, mientras cubría a la niña, ya dormida, con una manta extra.

—Entonces allí ha de ir —respondió él con seguridad, al acomodarse junto a ellas en la carreta — y será lo que Dios ha dispuesto para ella.

—Es muy pequeña para saber lo que quiere o lo que le deparará el futuro —la observó mientras dormía—. Es la hija de un gran señor y su destino será desposarse con otro gran señor para crear una alianza entre los dos pueblos. Siempre es lo mismo.

—De depender de su padre, probablemente sería así —Erienne miró a Cedric buscando una explicación—. Es Dougal quien decidirá, niña, y es joven todavía, pero he notado en él una inteligencia y un entendimiento que jamás alcanzará su padre. Sabrá ver las ventajas de que su hermana se convierta en la priora de Iona. La influencia de esa abadía dentro de la propia Iglesia es bien conocida. Si permite que Bethòc acuda a Iona y se cumplan los designios del Señor, saldrá ganando, pues los beneficios de pertenecer a la orden son más que los que pueda aportarle un matrimonio. Obtener el apoyo de la Iglesia en los tiempos que corren es un tesoro.

—Dougal no usaría a su hermana para conseguir algo —frunció el ceño.

—No a su hermana, niña —aclaró el anciano—, sino a la priora de Iona. La monja con más poder, a veces, que el propio abad, si sabe jugar bien sus cartas. Créeme si te digo que ese destino es preferible al matrimonio pactado. Bethòc será dueña de su vida, si la dedica a Dios.

—Supongo que tienes razón, como siempre —suspiró y acarició el rostro de la niña—. No querría verla casada con un hombre que no la amase o que la desease por las tierras y los hijos que pueda aportarle. Ese es un destino cruel.

—Es el destino de las mujeres de alta cuna, niña.

—Lo sé, pero no me parece justo.

—La vida no es justa y tú, mejor que nadie, lo debería saber, después de todo lo que has vivido.

—Bueno, no todo ha sido malo en mi vida. He tenido mis compensaciones, como conocerte, por ejemplo. O este viaje ahora, alejándome de mi madre. Muchas de esas mujeres no tendrán ninguna, salvo, quizá, el amor de sus hijos, si es que el padre se lo permite.

La mayoría de los grandes señores enviaban lejos a sus hijos a edades tempranas, para que los educasen otros y regresasen convertidos en hombres curtidos y provechosos. Las niñas, en

cambio, podían gozar de la compañía de sus madres por más tiempo, aunque eran entregadas jóvenes a sus esposos, al comienzo de su edad fértil, para que los herederos no tardasen en llegar.

Erienne odiaba el modo en que eran tratadas, como si de una simple mercancía se tratase, pero también sabía que no podía hacer nada para cambiar aquello, por más que quisiese. Solo podía tratar de controlar su propio destino, algo que se le había negado. Pero, ahora, la influencia de su madre estaba cada vez más lejos, se desvanecía poco a poco. Con cada paso que daban, la sensación de libertad crecía en ella y sentía que todo lo sufrido había merecido la pena.

—Sé lo que estás pensando, niña —Cedric la sacó de su ensoñación—. Y es una tarea loable, pero no será tan sencillo.

—¿Cómo puedes saber lo que pienso?

—Lo veo en tu cara, ese brillo que sabe a libertad. No me gusta ser quien mate tus ilusiones, niña, pero has de saber que nada es tan fácil como lo imaginamos, y mucho menos para las mujeres.

—No me dices nada nuevo, Cedric. Sé que mi vida no va a ser fácil, aunque ahora mi madre se quede atrás, pero no tengo miedo a luchar por lo que quiero. Este viaje es mi oportunidad para vivir como siempre he deseado y no dejaré que nadie me pisotee.

—Esa es una gran actitud —Cedric se recostó de nuevo y cerró los ojos. Parecía especialmente cansado ese día—. Solo espero poder verlo.

—Lo verás —le aseguró, pero Cedric ya no la oyó, pues se había dormido profundamente.

La llegada a Ardtornish al día siguiente, les supuso un alivio, a él y a sus cansados huesos, aunque no así al ánimo de los viajeros, pues la bienvenida fue, cuando menos, desalentadora. Veían la desconfianza pintada en los ojos de los habitantes del lugar, el silencio a su paso, la falta de entusiasmo después, cuando Dougal se presentó ante todos y lanzó un discurso digno del mejor orador, hablando de que la integración no iba a ser sencilla, pues las tierras habían sido ganadas a sudor y espada, pero que estaba dispuesto a ganarse su lealtad, y no precisamente por la fuerza. Aun así, no habían visto cambios significativos al terminar.

—Algo me dice que vasa tener mucho trabajo en los próximos meses, Marrok —Dougal trató de bromear, al sentir la silenciosa hostilidad que los rodeaba en la cena, con miradas reticentes por doquier.

—Lo sé —dijo él lacónicamente.

—No lo decía en serio, Marrok —lo miró.

—Yo sí, Dougal. No están conformes con la situación, y puedo entenderlos perfectamente, porque a nadie le gusta ser conquistado a la fuerza, pero ser entregado como ofrenda de paz es incluso peor. Y precisamente por eso, sé que habrá rebeldes en nuestras filas. Me preocupa que no te den tiempo a demostrarles que eres mejor gobernante que Godred. No te otorgarán su lealtad sin ganártela primero, pero algunos harán hasta lo imposible para que eso no suceda. En este momento no podemos confiar en nadie.

—Dales tiempo, Marrok, acabamos de llegar —le dijo—. Nadie está planeando conspiraciones contra mí, solo temen lo que no conocen. Haré que confíen en mí y en mi capacidad para ser un buen jefe para ellos.

—Es por eso que tendré más trabajo del habitual —lo miró, serio—. Eres demasiado confiado y optimista, Dougal. Admiro eso en ti, pero te expondrá al peligro en más de una ocasión.

—Y tú eres demasiado desconfiado, Marrok.

—Es lo que me ha mantenido vivo todos estos años.

—Con vuestro permiso —Erienne lamentó interrumpir su conversación, pero la pequeña Bethòc parecía a punto de colapsar del cansancio—, quisiera llevarme a vuestra hermana a su

alcoba.

—Por supuesto —asintió Dougal—. No es necesario que me pidas permiso para todo, Erienne. Ahora eres la encargada de su educación y sé que harás lo que le convenga. Confío en tu criterio.

—Gracias, mi señor —inclinó la cabeza hacia él en señal de deferencia y su mirada se perdió en las manos del hombre que estaba sirviendo el vino a Dougal en ese instante.

—Gracias —Dougal habló al sirviente.

Erienne comenzó a retirarse en silencio, dando por finalizada la conversación, pero un ligero temblor en las manos del hombre y un olor característico que le llegó a la nariz, detuvieron sus pasos. Al comenzar su instrucción como curandera, descubrió que tenía un sentido del olfato especialmente desarrollado. Podía oler lo que los demás no. No siempre era reconocible o específico y, en muchas ocasiones, podía percibirlo después de horas, como una reminiscencia del olor, un recuerdo en el tiempo, pero en aquella ocasión, no solo era un olor fácilmente identificable, sino que también era muy reciente. Demasiado, pues tenía un alto poder de concentración, lo que lo hacía aún más peligroso, tratándose de lo que era.

—No bebáis eso, mi señor —gritó hacia Dougal.

—Sería descortés rechazar el vino —su mirada bailaba entre Erienne y el hombre que le había servido y que ahora parecía nervioso.

—Sería lo último que hiciereis, mi señor —le respondió ella, bajando el tono de voz para que únicamente los más cercanos la escuchasen—. Está envenenado.

En cuanto pronunció las últimas palabras, el hombre la empujó contra Marrok, que ya se había levantado para capturarlo. Sucedió tan deprisa, que Erienne no tuvo tiempo de estabilizarse, cuando Marrok saltaba ya sobre él y lo tiraba al suelo. El sonido de su cuerpo al caer resonó en el salón, donde las conversaciones cesaron por completo. El grito del hombre cuando su brazo fue retorcido, rompió el tenso silencio.

—¿Cuántos sois? —bramó Marrok, colocando la rodilla en su espalda y alzándole más el brazo en un ángulo imposible que le arrancó otro grito de dolor— ¿Quién os dirige? Habla.

—Marrok —Dougal lo llamó para que frenase el ímpetu con el que lo estaba interrogando, pero antes de que pudiese decirle algo más, otro hombre saltó sobre su amigo, cuchillo en mano.

Sus reflejos lo salvaron de morir apuñalado, pero no impidieron que un hilo de sangre brotase del corte. El alarido inhumano que se escuchó después, heló la sangre de muchos de los presentes; sin embargo, ver la transformación de Marrok fue más aterrador. Era como si hubiese doblado su tamaño en un instante.

—Todos fuera de aquí —gruñó, con voz de ultratumba, un Marrok de mirada enloquecida y respiración muy agitada. Mantenía su cuerpo en tensión, intentando controlar al monstruo sediento de sangre que quería salir y acabar con todos. Su roja mirada se posó en el hombre que había intentado asesinarlo y al que aún sostenía en el aire por el cuello, con una sola mano—. Tú te quedas.

Erienne, sorprendida y maravillada al mismo tiempo, arrugó la nariz al sentir el fuerte olor a orina que el hombre desprendía. Dougal tomó a Bethòc en brazos y la empujó a ella hacia la salida. Pretendía ponerlas a salvo antes de regresar para tratar de tranquilizar a su amigo, pero al parecer, este no pretendía esperar tanto, porque en cuanto todos comenzaron a salir a trompicones, lanzó a su cautivo contra la pared más cercana y cogió el cuchillo con que lo había atacado.

—No —gritó con firmeza Dougal—. Marrok, contrólate. No quiero muertos.

—Ellos pretendían matarte —su voz distorsionada era tan diferente ahora, que apenas podía reconocerlo.

—No quiero muertos —insistió.

Pero la sed de sangre de la bestia crecía, así como flaqueaba su fuerza de voluntad para controlarla. Era una batalla que casi nunca lograba vencer. Aquel olor metálico lo enloquecía y nublaba sus sentidos. Solo podía pensar obtener más. Mucha más sangre, que saciase al monstruo y lo adormilase de nuevo.

—Marrok —lo llamó Dougal una vez más, mientras se movía con cautela hacia la puerta. Necesitaba dejar a su hermana en un lugar seguro antes de ayudarlo. No arriesgaría su vida.

—Es la sangre —dijo Cedric junto a Erienne cuanto esta ya salía del gran salón—. Su olor despierta a la bestia. Leí sobre ellos hace tiempo, pero creí que se habían extinguido.

—La sangre —susurró ella. Y de repente, antes de que pudiesen impedirselo, tomó una pequeña botella de la bolsa de medicinas y mientras corría hacia Marrok, impregnó una de las vendas con el líquido. Dougal le lanzó una advertencia apresurada para frenarla, pero la desoyó y se lanzó sobre Marrok, sujetándose a su cuerpo fuertemente y colocando el paño en su rostro hasta cubrir su boca y nariz.

—Respira, Marrok —le rogó, al sentir cómo él contenía el aliento por puro instinto—. Vamos. Hazlo.

Los brazos del hombre la rodeaban con tanta fuerza, que sus pulmones expulsaron el aire y comenzaron a protestar porque no entraba más. Cuando se abrazó a él, había esperado que la alejase, pero el hombre estaba haciendo justamente lo contrario. Pretendía aplastarla con la fuerza de su propio cuerpo y parecía que lo lograría.

—Marrok —susurró, cuando el aire comenzó a faltarle—, por favor, libérame. Soy Erienne. No quiero hacerte daño. Somos amigos, ¿recuerdas? Amigos...

Los ojos rojos parpadearon por unos segundos, antes de fijarse nuevamente en los suyos, sin reconocerla. El abrazo se apretó más y Erienne temió perder el conocimiento por la falta de oxígeno, pero no cedió y siguió presionando el paño contra su rostro. Quería sofocar el olor de la sangre con el del romero y había pensado que sería una buena idea, cuando se lanzó a la aventura, pero temía haberse equivocado y que no funcionase, porque entonces, lo pagaría con su vida.

SU SANGRE

—Creo que ahora será lo suficientemente fuerte como para actuar con mayor rapidez —Erienne le entregó el frasco a Marrok con orgullo.

—Esperemos que este sea el definitivo —respondió él, abriéndolo y oliendo la fragancia. Arrugó la nariz al momento, pero asintió conforme.

Después de aquel día en el salón, cuando la bestia en su interior casi consigue matar a Erienne, se habían propuesto encontrar un tónico que solapase el olor a sangre en segundos. Marrok siempre se aprovechaba del berserker en las batallas, pero le preocupaba no poder mantenerlo a raya en el día a día. Rodeado de soldados, nunca le había preocupado, porque podían reducirlo entre varios, como le había sucedido tantas veces mientras estuvo con Ulric. Sin embargo, había gente que no tenía la fuerza física necesaria y quería poder controlarse cerca de ellos, pues de otra forma, era un peligro para ellos. Aquel había sido el motivo por el que se había alejado de su familia y por el que había evitado durante años, el contacto estrecho con los demás.

Ahora, por la deuda de vida que tenía con Dougal, no le quedaba más opción que rodearse de gente y vivía con el temor de que sucediese algo como lo del día de su llegada. Porque cuando por fin logró calmarse, Erienne ya había perdido el conocimiento y, aunque después le aseguró que estaba bien, sabía que tenía el cuerpo magullado por su abrazo extremo. Si no se hubiese controlado al final, podría haberla matado y lo lamentó durante días. Ni siquiera se sorprendió al no verla durante esos mismos días. Tenía razones de sobra para tenerle miedo, o eso había pensado hasta que un día la vio acercarse decidida y con una sonrisa enorme en sus labios. Antes de que pudiese suponer lo que significaba aquello, le entregó un frasco.

—¿Qué es esto?

—He potenciado la esencia —le dijo—. Creo que ahora podría ayudarte con más eficacia.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

Erienne le había explicado entonces, el modo en que usó el fuerte olor del romero para contrarrestar el de la sangre aquel día, algo que él no recordaba. Y que, al ver que había tardado tanto en hacer efecto, se había propuesto mejorarlo, combinándolo con otras hierbas, para aumentar su potencia olfativa. Marrok se sintió aliviado al saber que aquellos días en que la creía escondida de él, solo había estado ocupada en la búsqueda de algo que le ayudase con su berserker. Y desde entonces, habían estado pasado largas horas del día juntos, probando diversas combinaciones que fuesen cada vez mejores, pues parecía que su bestia interior no quería ser gobernada y se resistía a todo.

—Pruébalo —le sugirió, ansiosa por saber si resultaba.

—Así no —se negó él. Había cometido el error de hacer eso sin seguridad una sola vez y no pensaba repetirlo de nuevo.

La idea de que la poción le permitiese controlar a la bestia había sido tan emocionante, que la despertó estando a solas con Erienne. La joven había pagado nuevamente las consecuencias de su locura, aunque en aquella ocasión no había sido tan grave porque el olor lo neutralizó antes. Sin embargo, no había sido lo suficientemente rápido y ella consiguió una nueva marca en su piel por su culpa. Desde entonces, antes de cada prueba, se encadenaba, pues Erienne quería estar presente

para comprobar su eficacia y ver qué podía hacer para acortar el tiempo de reacción.

—Con la última apenas tardaste un par de minutos en volver a ser tú —protestó Erienne.

—Así no —repitió. Admiraba la fe que tenía en él, pero no estaba dispuesto a dañarla solo por orgullo.

—Está bien —suspiró, antes de encadenarlo a la pared.

—Confío en ti, Erienne —le dijo él mientras detenía sus manos para que le prestase atención—. Esto es por mi berserker, no por ti. Me siento más cómodo si sé que está encadenado antes de despertarlo.

—Está bien —repitió, sin sonar convencida—. No tienes que explicarme nada, Marrok.

—Pero quiero hacerlo —insistió, buscando su mirada—. No debes sentirte mal por esto.

Movió las cadenas al decirlo, pero Erienne se limitó a asentir y comprobar, en silencio, que todo estuviese en orden. Entendía los motivos de Marrok, pero en el fondo, sabía que era la razón de tanta precaución.

La primera vez que el berserker la atacó, pensó que moriría, y habría sido culpa suya, por no mantenerse lejos de él. Y la segunda, solo había sido un pequeño susto, con un par de hematomas como recuerdo. Sin embargo, Marrok se culpaba en ambas ocasiones, y había decidido no despertarlo, sin estar fuertemente atado antes.

Ahora, después de varias pruebas y combinaciones, creía haber encontrado la fórmula definitiva, y sabía que la única forma de comprobarlo, era probarla sin restricciones. Había visto que el Marrok encadenado no reaccionaba de igual modo a la sangre que el que estaba libre y le molestaba que no confiase en ella, ni en sí mismo. Había llegado a la conclusión de que él creía que no podía controlarlo, sin dejarle derramar primero algo de sangre. Para Erienne, la importancia del tónico no residía solo en permitirle controlar al berserker, sino en aportar confianza en sí mismo. Si creía que podía adormecerlo con el olor, su actitud ante la bestia cambiaría y estaba segura de que, un día, sería capaz de dominarla solo con su fuerza de voluntad. Pero si Marrok no colaboraba con ella, no sabía cómo probar su teoría.

—Listo —le dijo en cuanto estuvo bien sujeto.

—Aléjate —aquella palabra le dolió también, pero lo hizo.

Observó de lejos cómo se hacía un corte en el pecho y admiró el repentino cambio de color en sus ojos en cuanto la sangre comenzó a brotar. Las cadenas se tensaron con el intento del berserker de liberarse y Marrok llevó el líquido a su nariz para aspirar fuerte. En esta ocasión, tal y como había aparecido la bestia, así de rápido se fue y Erienne corrió hacia él para cortar la hemorragia. Al alcanzarlo, el berserker ya se había dormido completamente y el hombre ocupaba su lugar.

—Ha funcionado —dijo él, exaltado—. Apenas ha tenido tiempo de coger fuerza.

—Deberías haber esperado un poco más —le recriminó mientras lo liberaba—. No siempre lo podrás usar tan rápido.

—Lo tendré siempre a mano —le aseguró.

—Aun así, necesitas comprobar si calmará al berserker cuando esté totalmente despierto —se alejó un poco, para buscar algo en su bolsa de medicinas—. Ten, lo he hecho para ti.

—¿Qué es? —Marrok se sorprendió por el inesperado regalo. Nunca le habían dado nada, sin pedirle algo a cambio ni se habían preocupado por él como lo hacía Erienne. Y ella le estaba dando más de lo que nunca habría esperado recibir de nadie—. No era necesario.

—No es nada especial —se encogió de hombros—. Sirve para que lleves el frasco colgado al cuello y protegido para que no se rompa. Así, podrás tenerlo a mano si lo necesitas, como tú dices.

—Gracias —la miró a los ojos y apretó el frasco en su mano como si fuese un tesoro—. Te

estás tomando muchas molestias para ayudarme.

—¿No dices siempre que somos amigos? —se encogió de hombros de nuevo—. Pues ayudar es lo que hacen los amigos.

—Cierto —asintió—, pero me estás dando demasiado. Y yo no te ofrezco tanto. No lo olvidaré.

—No lo hago para que me des algo a cambio, Marrok —sus palabras parecieron ofenderla y se alejó de él.

—No lo decía en ese sentido, Erienne —se apresuró a corregirse—. Solo quería hacerte saber que estaré a tu lado si me necesitas. Yo cuido de mis amigos.

—Yo no...

—Lo sé —la interrumpió regalándole una de sus medias sonrisas—. Sabes cuidar de ti misma.

La sonrisa de Erienne fue la mejor recompensa para él. Le gustaba mucho su carácter indomable, su afán de superación y sus ansias de conocimiento. Erienne era abierta y directa, y aun así, la sentía misteriosa y reservada en muchos aspectos, lo que se volvía una combinación que lo atraía bastante. Le hacía desear más. Más de la muchacha divertida que hacía reír a Bethòc todo el tiempo, más de la que interrogaba a Cedric embelesada, hasta obtener las respuestas que estaba buscando, más de ella. Más de la Erienne que había salvado a Dougal de morir envenenado y que le había dado a él, la oportunidad de controlar a su berserker de una forma que jamás habría imaginado. Para muchos era una niña, pero a sus ojos era ya una mujer. La vida que le había tocado en suerte la había obligado a crecer deprisa.

—Me alegro de que lo hayas entendido por fin —le dijo ella regresándolo al presente.

—Hace tiempo que lo sé, Erienne, pero incluso alguien tan fuerte e independiente como tú, necesita ayuda en ciertas ocasiones. No dejes que el orgullo gane —le advirtió. Guardó el frasco dentro del colgante que le había regalado antes y se lo colgó al cuello—. Gracias por esto.

—De nada —se balanceó en sus pies, con ambas manos unidas en su espalda. Un gesto infantil que en ella no lo parecía en absoluto.

—Ahora debo irme. Me esperan para entrenar.

Después del intento de envenenamiento, Dougal y él habían estado interrogando a todos hasta descubrir a los que habían orquestado. El castigo no había sido tan duro como le hubiese gustado a él, pero Dougal había sido tajante en cuanto a eso: no empezaría su gobierno con miedo ni rencor. Había reunido a toda su gente y les había propuesto abandonar sus tierras, si así lo deseaban, sin ningún tipo de represalia. Los que no estuviesen conformes con su presencia allí, podrían regresar con Godred y nadie se lo impediría. Los que se quedasen, deberían aceptarlo como señor sin reservas o serían enviados de regreso también. No toleraría más insurrecciones.

Solo unos pocos se marcharon aquel día, aunque la desconfianza duró algo más. Marrok no quiso correr riesgos innecesarios y por eso, eligió a una veintena de los mejores hombres que comandaba Dougal para entrenarlos personalmente como guardia especial de su señor. Poco a poco, había ido excluyendo a unos y dejando a otros, según la confianza que le generaban durante el entrenamiento. Solo doce lograron pasar su baremo, pues ese era un número sagrado para los berserker. Le pareció adecuado que fuese la cantidad de hombres que le ayudarían a proteger a su amigo.

—Yo debo despertar a Bethòc. Ya es hora.

—Bien —asintió.

—Marrok —lo llamó, cuando estaba a punto de salir de la habitación—. Déjame un momento el colgante. Me he olvidado de una cosa.

Marrok se lo entregó, intrigado. En cuanto lo tuvo en su poder, Erienne se alejó unos pasos y,

antes de que él pudiese prever lo que haría, sujetó la botella con fuerza y se cortó en el brazo con el cuchillo que había recuperado de la mesa.

—Erienne, no —Marrok rugió, pero fue tarde. La sangre goteaba ya por su brazo, provocando a su berserker.

Avanzó a grandes pasos hacia ella, los mismos que le hizo retroceder a ella hacia el fondo del cuarto, hasta toparse con la pared. Estaban en una de las torres de la gran casa. Una que nadie había usado en años. La habían elegido por la privacidad que les daba para su experimento. Si Marrok insistía en encadenarse, era precisamente, porque allí nadie escucharía sus gritos si algo salía mal.

—¿Por qué lo has hecho? —rugió, enfadado, apoyando los brazos en la pared, a ambos lados de su cabeza—. Podría matarte. ¿Acaso no ves lo peligroso que es? Lo peligroso que soy. Maldita sea, Erienne. No quiero que corras riesgos innecesarios.

—Marrok —susurró ella.

—No —le gritó—. Ni se te ocurra disculparte. Sé lo que vas a decir y no estoy de acuerdo. No voy a poner tu vida en peligro para demostrar que funciona.

—Marrok —dijo más alto.

—Eres una insensata.

—Marrok —gritó ahora ella—. Tus ojos.

—¿Qué? —la miró, todavía furioso.

—No están rojos.

—¿Qué? —entonces comprendió algo más: la bestia en él seguía dormida—. No es posible. Tu brazo sangra, puedo oler tu sangre. Debería haber enloquecido.

—Bueno —se atrevió a sonreír—, has enloquecido.

—No tiene gracia, Erienne. Ahora mismo podrías estar muerta.

—La poción habría funcionado —le aseguró—. Pero no ha hecho falta. ¿Por qué?

—No lo sé —ambos miraron su sangre, que brotaba del corte todavía—. Deberías curártela.

—Sí —le devolvió el frasco, todavía sin abrir, y envolvió su brazo con una venda. Permanecieron en silencio, Erienne ocupada y Marrok observándola, asombrado de que su berserker no se hubiese despertado.

—¿Qué está pasando, Marrok? —preguntó finalmente Erienne— ¿Dónde está el berserker?

—No lo sé, Erienne.

LA REVELACIÓN

Los ojos de Marrok se prendieron en los de Erienne mientras su mente trataba de entender por qué su berserker seguía dormido. ¿Era posible que la nueva mezcla fuese tan potente que su efecto perdurase un tiempo? Si era así, debía tener cuidado porque no le interesaba que su berserker desapareciese del todo. En la batalla era un gran aliado. Y bien sabía él que les quedaban muchas luchas por enfrentar todavía.

Puede que Somerled hubiese conseguido esas tierras para su hijo, pero sería Dougal quien las tendría que conservar. Y no sería tan sencillo como expulsar a los que no quisieran estar allí. Godred no se quedaría quieto, viendo cómo otro gobernaba las tierras que le habían pertenecido hasta hacía tan poco. Buscaría aliados para recuperarlas y esa era otra razón por la que Marrok se había hecho cargo del entrenamiento de los guerreros de Dougal. Debían estar preparados.

—Tengo que irme —se disculpó con Erienne, segundos antes de que su instinto le ganase la batalla, pues le decía que no se fuese hasta haber resuelto el enigma de su sangre, pero era necesario hacerlo.

Sus obligaciones estaban por encima de todo porque mantener a salvo a Dougal era su propósito último. El juramento lo obligaba, pero la fidelidad que había nacido en él al ir conociéndolo y que le profesaba sin condiciones, era incluso más fuerte. No podía fallar o no merecería seguir viviendo. No obstante, sabía que en el fondo, su instinto protector se había extendido a más gente. Bethóc estaba ahora bajo su ala, desde el mismo momento en que la conoció, y Erienne se había ido acomodando junto a ella, sin dejarle otra opción. Ahora se sentía responsable de la seguridad de los tres.

—¿No sientes curiosidad? —Erienne lo siguió mientras salía de la torre.

—Por supuesto que sí —no podía negarlo—, pero tengo responsabilidades.

—Y yo —había pesar en su voz—. Pero prométeme que intentaremos averiguar más tarde lo que ha pasado.

—Te lo prometo, Erienne —dijo, frenando su avance y enfrentándola. No quería que dudase de su palabra.

—De acuerdo —ella asintió y le regaló una de sus bellas sonrisas. El color verdoso de sus ojos se iluminó y el dorado brilló con más fuerza. Marrok vio el cambio con auténtica adoración. Jamás se cansaría de mirar sus ojos, lo fascinaban completamente—. Nos vemos después. Tengo que ir con Bethóc.

Si Erienne no hubiese decidido alejarse primero, tal vez en esa ocasión, su fuerza de voluntad no hubiese sido suficiente para moverlo a él. La vio correr con el vestido sujeto entre sus manos, sin ningún pudor por enseñar parte de sus piernas, saludando a todos los que se cruzaban en su camino. Era tan espontánea y diferente al resto de mujeres, que destacaba incluso sin proponérselo. Claro que, al parecer, no siempre era bien considerado.

Muchos la miraban con recelo. Se había extendido el rumor de que Cedric no era en realidad su abuelo, sino su maestro, y una mujer inteligente suponía una amenaza para ellos, aunque para Marrok era todo lo contrario. Para él suponía un desafío y por eso, había empezado a hablar con Cedric más asiduamente tras preguntarle si sabía algo sobre los berserkers y este le explicase

mucho más sobre ellos, que lo que había aprendido en sus años de indagación. Aquel hombre era un pozo de sabiduría y descubrió que disfrutaba de su compañía y de lo que tenía para enseñarle. Y su lealtad comenzaba a extenderse hacia él también. Otro más al que proteger bajo su manto.

En cuanto perdió de vista a Erienne, fue al encuentro de los hombres de Dougal, que estaban en el campo de entrenamiento. Habían empezado la rutina sin él, algo que lo satisfacía, pues esperaba delegar la tarea en otro algún día. No le disgustaba entrenar con ellos porque era necesario, pero prefería no ser el centro de atención, si podía evitarlo.

—Llegas tarde —le dijo Dougal al verlo.

—Me entretuve —le respondió vagamente.

Comenzó con los nuevos ejercicios, antes de que su amigo pudiese preguntarle más al respecto. Le había dicho que Erienne le estaba ayudando para controlar al berserker con una mezcla más potente de olores, que opacase el de la sangre, pero no quería contarle más detalles sobre lo que sucedía en la torre.

El resto de la mañana, ocupado en el entrenamiento, se olvidó de la extraña reacción que había tenido con el olor de la sangre de Erienne. O de la nula reacción por parte de su berserker. Su mente estuvo centrada en cada uno de los hombres de Dougal, buscando sus puntos fuertes para potenciarlos y los débiles para eliminarlos. Así trabajaba Ulric y así había decidido hacerlo él, porque sabía que funcionaba.

—Hoy nos estás exigiendo mucho —dijo Dougal, casi al final del entrenamiento— ¿Algún motivo en particular para hacerlo?

—Porque sé que podéis con ello.

—Si nos agotas de este modo, no rendiremos si ahora ocurriese algo —sugirió— y fracasaríamos en esto de mantenernos en forma para proteger al pueblo.

—Si superáis esto —rebatió—, estaréis preparados para todo. Seréis más fuertes, más rápidos y más eficaces. Cuando exiges más, el cuerpo se adapta y la mente se fortalece. Si no, te estancas. O peor aún, pierdes lo que una vez lograste. Nunca digas que no puedes hacer algo sin intentarlo, por menos, una docena de veces antes. El fracaso está permitido, si es parte del proceso de aprendizaje y sigues intentándolo. No os estoy pidiendo nada que no vayáis a poder cumplir.

—Algunos con más éxito que otros —dijo mirando a sus hombres, que parecían seriamente en dificultades.

—Somos tan fuertes como el eslabón más débil de la cadena. Y a ellos —los señaló— habrá que exigirles el doble, hasta que alcancen al resto.

—¿Y si no lo hacen?

—Lo harán —respondió con seguridad.

Una vez terminaron, Marrok vio acercarse a Cedric con paso lento pero seguro. Se apoyaba en su bastón para mantenerse erguido y lo miraba fijamente a él. Supo antes de que los alcanzase, que lo buscaba a él.

—Necesito hablar contigo, muchacho —le dijo, con esa voz ajada por la edad, que le caracterizaba.

—Vamos —le respondió, señalando el camino con una mano. Habían adoptado el tronco de un viejo árbol seco como su lugar de encuentro. Cedric solía pasar largas horas allí sentado, meditando o simplemente disfrutando de la actividad del lugar. Era un puesto privilegiado desde el que podía observar gran parte de los alrededores, algo por lo que, probablemente, había elegido aquel sitio como su favorito.

—Me he topado con Erienne no hace mucho —le dijo— y me ha hecho una pregunta muy interesante.

—Puedo imaginar cuál.

—Parece que últimamente todas sus preguntas versan sobre tu particular condición —soltó un lento suspiro, mirando al infinito—. No digo que no sea buena tanta curiosidad, sobre todo si te ayuda para controlar a la bestia que habita en ti, pero puede acabar sabiendo algo que tal vez no deba.

—¿Cómo qué?

—Como la razón —lo miró a los ojos— por la que no has reaccionado a su sangre.

—¿No debe saberla?

—Puede —le sonrió—, pero tal vez no te convenga a ti.

—¿Por qué?

—Porque me temo que eso cambiaría vuestra relación y tal vez no quieras eso —lo observó por un momento en busca de una reacción a sus palabras.

—¿Qué sucede? —le preguntó finalmente.

—No se sabe gran cosa sobre el tema —dijo finalmente —, los textos tienden a pasar por alto ese aspecto en la vida de los berserker.

—¿Qué aspecto?

—Como sabes —continuó, sin responder a su pregunta —, un berserker es un guerrero extraordinario. Con su furia desatada, su invencibilidad durante el combate cuando está en trance, su ausencia de miedo o con su temeridad al atacar, es un aliado inmejorable al que tener al lado en la batalla. ¿Qué sucedería si el hombre pudiese controlar al animal?

—Simplemente lo usaría cuando fuese necesario.

—Exacto —le sonrió.

—¿Y eso es malo?

—Los reyes y señores no estaban felices con la idea de que sus guerreros invencibles tuviesen la capacidad de controlar su lado salvaje, porque eso le otorgaría una libertad que no les convenía.

—¿Esa fue una de las razones por las que decidieron exterminarnos? —le preguntó, con curiosidad— ¿Los míos averiguaron cómo controlar a la bestia?

—En parte, esa fue la razón, pero su mayor temor era que os revelaseis contra ellos.

—Un berserker es fiel a su señor.

—Lo es. Hasta que encuentra otro motivo que le hace cambiar su fidelidad.

—Un berserker jamás traicionaría a su señor —se sintió ofendido por sus palabras.

—No hablo de traición, Marrok. Hablo de lealtad. Una mucho más poderosa que la que puedan jurar a sus señores —pensó en la mejor forma de explicarlo para que Marrok lo entendiese—. Ambos sabemos que un berserker no traicionaría a su señor, pero se podría negar a hacer ciertas cosas si eso va en contra de sus propias creencias. O de esa nueva lealtad.

—No entiendo lo que dices. Habla más claro, Cedric.

—He investigado por mi cuenta hace años y descubrí algo interesante acerca de vosotros, los berserker. No fue sencillo, porque la mayoría de los escritos que hablan sobre ese tema fueron destruidos.

—Por los reyes —aventuró.

—Por los propios berserker, en realidad.

—¿Por qué habríamos de destruir nuestra historia?

—Para que nadie pudiese usarla en vuestra contra —le dijo—. Déjame terminar, muchacho, y lo entenderás todo.

—Adelante.

—La naturaleza de un berserker es convertirse en una máquina de matar cuando huele sangre. Los reyes lo han utilizado en su beneficio desde que descubrieron a unos guerreros tan formidables. Obligaron a jurar fidelidad a los berserker, para asegurarse de que no los traicionaban.

—Todo eso ya lo sé —asintió, para que continuase.

—He encontrado ciertos manuscritos antiguos donde se relataba la historia de varios berserker a los que castigaron por negarse a obedecer a sus señores. No está clara la razón, pero al parecer, podían controlar a sus bestias interiores y no quisieron despertarlas.

—La lealtad a nuestros señores es lo más importante para un berserker. ¿Cómo pudieron negarse? Eso no es propio de los nuestros.

—Encontraron a su alma gemela, Marrok —respondió—. Se enamoraron de una mujer.

—¿Y solo por eso podían controlar a su berserker? No tiene sentido.

—Lo tiene.

—Yo no lo veo.

—Verás, muchacho, la mujer del berserker no es una mujer corriente. No es solo la mujer del hombre, sino también del berserker. Es la compañera de vida de la bestia. El berserker se apaciguará cuando esté cerca de ella y así el hombre sabrá cómo debe actuar para controlarlo.

—Entonces, eso es bueno.

—Ahí empieza el proceso, pero así como ella le otorga ese don, también ella es su debilidad —le advirtió.

—¿Por qué?

—Porque estará atado a ella de por vida. Si muere, el berserker no querrá dormir nunca más. El dolor será tan fuerte, que nunca descansará. Cuando el hombre pierde a su mujer, se pierde así mismo, pues la bestia lo dominará para siempre.

—Por eso mis antepasados destruyeron esos escritos —murmuró, al comprenderlo.

—Exacto. Aquel que sepa ese secreto, podría usarlo en su beneficio.

—Amenazando de muerte a la mujer del berserker —sentenció—, este hará lo que le pidan.

—Incluso si va en contra de sus convicciones —remató Cedric.

—Supongo que algunos señores se enteraron, a pesar de todo —continuó hablando Marrok— y lo usaron en su beneficio.

—No sé, hijo —negó—. De eso no hay nada escrito, pero puedo decirte que cuando los berserker empezaron a controlar a sus bestias, a los señores no les gustó y empezaron a conspirar contra ellos. Tenían miedo de que se rebelasen.

—Si no podían controlarnos, nos aniquilarían.

—Y me temo que no solo a vosotros, sino a vuestras mujeres también, para asegurarse de que no habría más berserkers en el futuro.

—Tantas vidas perdidas...

—¿Comprendes ahora por qué Erienne no debe saber el motivo por el que tu berserker no reaccionó al olor de su sangre?

—¿Qué? —la pregunta lo sacó del trance en el que se había sumido— ¿Por qué?

—Ay, muchacho, si no lo has averiguado ya, entonces, me decepcionas.

Y fue ahí, cuando Marrok lo vio claro. Erienne era la compañera de vida de su berserker. Y la suya propia.

REBELIÓN

—No necesito vuestra ayuda, padre.

—¿Que no necesitas mi ayuda? —bramó Somerled con enfado, mientras se paseaba por el salón como si el lugar le perteneciese—. Estás en ciernes de una nueva guerra, Dougal. Godred está reuniendo un ejército más numeroso y planea arrebatarte las tierras tan pronto como pueda movilizarse. Probablemente no tarde más de una luna en venir. Una luna. Tú tan solo tienes una décima parte de los hombres que traerá él y dices que no necesitas mi ayuda. Eres un maldito iluso.

—No lo conseguirá, padre —Dougal intentó mantener la calma—. Estamos preparados para lo que sea.

—¿Preparados? —lo miró con desagrado—. No sois más que un puñado de críos que se creen hombres. Solo tienes una docena de guerreros experimentados y no serían suficientes ni aunque fuesen cien. ¿Crees que por haber entrenado a diario durante dos años eres mejor que cuando llegaste? No, señor. Acabarán con vosotros en cuestión de minutos. Quizá tarden algo más si ese perro grande que te sigue a todos lados es tan bueno como dicen, pero la diferencia no será tan grande. Maldita sea Dougal, ni siquiera eres capaz de conservar la lealtad de tu gente. ¿Cómo pretendes ganar una guerra?

—¿De quién es la culpa de que mi gente recele de mí, padre? —Dougal gritó, ya fuera de sí, después de sus acusaciones—. Venís a mis tierras cuando os place y pretendéis decirme cómo gobernar. Castigáis a quien queréis, sin razones ni sentido. Y queréis imponer en todo vuestro criterio, incluso antes de comprobar si estoy haciendo un buen trabajo o...

—No necesito comprobar nada —lo interrumpió—. Sé lo blando que eres, hijo, porque yo te he criado. Debes tener mano dura para sofocar las rebeliones.

—¿Qué rebeliones? —lo acusó—. El descontento que mi pueblo muestra ahora no es por mí, sino por vos. No es a mí a quien odian, sino a vos. No se quejan de mí, sino de vos. No se puede gobernar con miedo, padre. Esa no es la manera correcta.

—Es la única manera, Dougal, pero lo aprenderás con el tiempo. Eres demasiado joven todavía y te falta la experiencia que yo tengo.

—Ya no soy un niño, padre, dejad de tratarme como tal. Y dejad de decirme cómo gobernar mis tierras.

—Fue la sangre de mis hombres la que se vertió para conseguir estas tierras y tú, muchacho insolente —lo señaló—, harás lo que yo te diga.

—También mi sangre se vertió aquel día, padre. Y vos me entregasteis estas tierras hace dos años para que las gobernase. Son mi responsabilidad y haré lo que considere oportuno para mantenerlos a salvo. Si no os gustan mis métodos, haríais bien en no volver por aquí, porque no voy a permitir que os entrometáis más. Vuestras visitas solo causan malestar entre mi gente.

—No podrás con Godred sin mi ayuda —lo amenazó. Su actitud altiva le decía que si ahora lo rechazaba, no vendría en su ayuda después.

—Estamos preparados —insistió, desafiante—. Seremos menos, pero somos más listos. No es la fuerza bruta la que vence, sino la astucia y pienso demostrároslo.

—Estupideces —bramó su padre—. Pero voy a dejar que lo aprendas por las malas, si eso es lo que quieres. Y cuando tenga que regresar para recuperar tus tierras tendrás que someterte a mí.

—Jamás —le gritó cuando ya se alejaba.

—Sabes que no podremos hacerlo solos —dijo Marrok, al quedarse solos. Había permanecido en silencio en la discusión, aunque le habría gustado intervenir.

—Lo sé —se pasó la mano por el pelo y gruñó—. Maldita sea. Lo sé muy bien, pero no puedo más, Marrok. Ha estado viniendo durante dos años, solo para revolver todo a su paso. Cada vez que parecía que nos iban bien las cosas, llegaba él y nos hacía retroceder diez pasos. Si está tan seguro de que no soy el líder que necesitan en estas tierras, ¿por qué me las entregó en primer lugar?

—Eres su hijo. Su sucesor.

—Eso no me sirve como razón, Marrok —lo atajó.

—No es conmigo con quien estás enfadado, Dougal, recuérdalo. Yo estoy de tu lado.

La calma de Marrok siempre lo sorprendía. Le habría gustado poder ser más como él en ese sentido, pero le resultaba imposible no alterarse con ciertas cosas. Sobre todo cuando su padre andaba cerca. Su amigo, en cambio, siempre permanecía impasible, por más complicada o estresante que fuese la situación. Hacía algo más de dos años que se conocían y no lo había visto alterado jamás, salvo cuando el berserker se apoderaba de él. Algo que tampoco era tan habitual desde que Erienne consiguió la mezcla perfecta para enmascarar el olor a sangre. Su amigo llevaba aquel colgante con él a todas partes, dispuesto a usarlo si era necesario.

—Estamos en problemas por mi maldita boca —dijo entonces, lamentándolo.

—Encontraremos la forma de arreglarlo —lo animó su amigo—. Solo debemos ser más listos.

—No uses mis propias palabras contra mí, Marrok —se quejó—. No es justo.

—Las uso a tu favor, Dougal —lo contradujo—. Es cierto que son más que nosotros, pero eso no quiere decir que vayamos a dejarles ganar. Hay un dicho popular que nos puede ser útil ahora: divide y vencerás. Solo debemos encontrar el modo de hacerlo.

—No sé si será tan sencillo como suena.

—Desde luego que no, pero se puede lograr —aseguró Marrok—. La historia está llena de batallas imposibles ganadas por el bando en desventaja. Tendremos que buscar una buena estrategia y creo que esa pasa por encontrar el lugar perfecto donde emboscarlos. Si los separamos, ganaremos.

—¿Estás hablando de salir a por ellos?

—Si esperamos a que vengan, la ventaja numérica que tienen acabará con nosotros. No podemos permitirlo si queremos tener una oportunidad de vencer.

—Cierto —comenzó a pasearse por el salón. Caminar le permitía pensar mejor—. Vendrán por mar, así que no será fácil dividirlos.

—Siempre podemos dirigirlos hacia un desfiladero o a un estrecho entre dos islas para que les resulte difícil navegar en formación.

—¿Cómo diriges a un grupo de barcos hacia donde tú quieres? —lo miró con curiosidad.

Su padre había dirigido sus batallas por mar cada vez que tenía ocasión porque allí era invencible. Con una fuerza como la suya atacando en bloque, eran pocos los que podían hacerle frente. Jamás había pensado que se pudiese dividir a una fuerza como esa.

—Vengo de un pueblo de expertos navegantes, sé más del mar que de la tierra. Déjame a mí.

—Bien —cedió sin dudar—. Confío en ti, Marrok.

—Necesitaré ausentarme durante unos días —le habló con cautela— para estudiar el terreno y ver posibles localizaciones.

—Lo que sea —le concedió.

—No puedo dejarte desprotegido, Dougal —le dijo, al ver que no había captado el mensaje oculto en sus palabras.

—Olvídate de tu deuda conmigo, Marrok —respondió, con fastidio—. Ya han pasado dos años y me doy por pagado. Ahora eres un amigo, no el hombre que ha de velar por mí. Además, me has entrenado bien, no estoy tan indefenso como podría estarlo hace un par de años. Me ofende que dudes de mis capacidades a estas alturas.

—No dudo de ti, Dougal, pero os he entrenado a todos —recalcó.

—Ninguno de ellos irá en mi contra —constató.

—Mi preocupación ya no se debe a la deuda, sino al aprecio que te tengo. Te considero un hermano y no me perdonaría si te pasase algo malo en mi ausencia.

—Ese motivo ya me gusta más —Dougal no pudo evitar sonreír satisfecho. También él lo consideraba mucho más que un amigo—. De todas formas, estaré bien sin ti unos días. No tienes que preocuparte tanto por mí. Tenemos hombres leales que me protegerán si fuese necesario. Y ya sabes que desde aquel primer intento de envenenamiento no ha habido más problemas.

—Volveré tan pronto como dé con lo que busco —dijo—. No tenemos mucho tiempo, así que tampoco puedo entretenerme.

—Aguardaré tu llegada con impaciencia.

—No les permitas bajar el ritmo de entrenamiento en mi ausencia, Dougal. Ahora más que nunca debemos estar preparados lo que se avecina.

—No lo permitiré.

Marrok se pertrechó en cuestión de minutos y corrió a los establos para buscar un caballo. Cuando antes saliese, antes regresaría para organizar su ataque. El tiempo jugaba en su contra, ahora que Dougal había enfadado a su padre y este le había negado la ayuda. Marrok contaba con que apareciese finalmente en la batalla, pues Somerled no era de los que se permitía perder las tierras que poseía, aunque fuese para dar una lección a su hijo, no podía arriesgarse a fallar en sus previsiones. Los prepararía para lo peor y estaría agradecido si llegaba la ayuda.

—¿Te vas? —la pregunta de Erienne detuvo sus pasos de golpe.

—Tengo algo que hacer —le dijo mirándola de frente—. Regresaré en unos días.

Desde el día que descubrió que era su compañera de vida, había intentado mantener las distancias. Decía que para protegerla, porque no quería que le pasase nada malo, si alguien llegaba a descubrir lo que ella significaba para él. Pero aquella curiosidad inicial, se había convertido en atracción. A sus dieciséis años, Erienne se había convertido en una mujer hermosa, segura de sí misma, fuerte e independiente. Tenía una mente activa y original que llamaba su atención poderosamente. Se sentía irremediabilmente atado a ella por más que intentase verla como la amiga que ella creía ser. No solo su berserker quería reclamarla ahora y por eso debía repetirse cada día que estaría mejor sin él. A salvo.

—¿Has oído los rumores sobre Godred? ¿Son ciertos? —Erienne era una mujer directa también. Otra razón más por la que admirarla.

—Más que ciertos, me temo.

—Pero Somerled se ha ido —frunció el ceño—. Y por lo que he podido ver, bastante enfadado.

—Ha discutido con Dougal. Mal momento ha elegido para rebelarse contra él —le sonrió.

—¿Por eso te vas? —se acercó a él para susurrar y que nadie los escuchase— ¿Vas a buscar aliados?

—Voy a buscar el modo de vencer sin ayuda —le dijo él a su vez, acercándose más todavía.

Su proximidad jugaba con su voluntad de mantenerla lejos, sus ganas de abrazarla y besarla eran mayores a medida que pasaba tiempo con ella, pero no podía permitirse sucumbir porque la pondría en peligro. Si renunciar a ella era la forma de salvarla, así lo haría.

—¿Crees que es sensato? No creo que Godred venga con una veintena de hombres.

—Tendrá que serlo.

—No creo que Somerled vaya a arriesgarse, dejando a Dougal solo en la batalla. No permitirá que pierda sus tierras —comentó, como si hablase sola y no con Marrok, pero al ver su sonrisa, añadió—. Tú también cuentas con eso.

—Sería de agradecer que decidiese aparecer, aunque fuese en el último momento.

—Aparecerá —asintió convencida—. Ese hombre jamás deja nada al azar.

—Cuento con ello —admiraba su mente práctica. Si en lugar de mujer, hubiese nacido hombre, habría sido un gran líder. Pero la sociedad no estaba preparada para una mujer que gobernase, aunque en su tierra, las mujeres podían hacerlo.

—No te entretengo. Tienes mucho que hacer —dijo ella de repente, y de repente eso le sentó mal. No quería separarse todavía de ella.

—¿A dónde ibas tú? —le preguntó, al ver en sus manos la bolsa de medicinas. No era la curandera oficial allí, pues el hombre que se encargaba de ello había sido uno de los que decidieron quedarse cuando Dougal les dio la opción de marchar, pero le ayudaba cuando el trabajo lo sobrepasaba.

—Cedric no se encuentra muy bien últimamente —su mirada preocupada lo alertó—. Los años pesan y cada invierno es peor para él. He conseguido un ungüento nuevo, que creo que le irá mejor para sus dolores, y pensaba llevárselo ahora, aprovechando que Bethòc está con sus clases de costura y no me necesita.

Erienne estaba haciendo una gran labor con la joven hermana de Dougal. Había dudado de su capacidad para enseñarle lo que la niña debería aprender, pero con el paso de tiempo, estaba demostrando su valía. Puede que Bethòc fuese a ingresar en el convento en unos años, pero podría ser perfectamente capaz de gobernar un hogar, si fuese necesario. O, incluso, de enfrentarse a cualquier desafío que le presentase la vida, pues Erienne le estaba transmitiendo su mismo espíritu de lucha, aun sin ser consciente de ello.

—Tal vez deba ir a verlo antes de marcharme —la idea de acompañarla le parecía más apetecible que pasar varios días lejos del que ahora consideraba su hogar.

—No debes perder tiempo, Marrok. Yo le diré que te preocupas por él, aunque estoy segura de que ya lo sabe —le sonrió, encandilándolo con el intenso brillo dorado de sus ojos—. Siempre te preocupas por todos nosotros.

—Es mi obligación mantenerlos a salvo —respondió con rapidez.

—No, Marrok. Es la obligación de Dougal hacer eso. Sé que tu preocupación es genuina —puso una mano en su brazo y le sonrió de nuevo—. Tranquilo, tu secreto está a salvo contigo.

Inconscientemente su mano libre viajó a su rostro y colocó un mechón rebelde de su cabello detrás de su oreja. Sus ojos, totalmente atrapados por los de ella, percibían cada pequeño cambio en el color de su iris, a medida que las emociones de Erienne variaban. Y aunque se conocían bien, muchos de aquellos tonos eran todavía un misterio para él. Un misterio que, cada día, ansiaba más descubrir. Pero no podía. No debía. Si Erienne supiese cuanta verdad había en las palabras que había pronunciado, pero con respecto a ella, tal vez se asustaría y se alejaría de él. O tal vez no, conociendo su carácter indómito, y precisamente por eso no debía saber nunca la verdad. Por más que quisiese reclamarla como su mujer, Erienne no podía ser suya, si quería mantenerla a salvo de todo mal.

—Tengo que irme —le dijo de repente, sintiendo que el tenerla cerca era un peligro para ambos.

—Ten cuidado —le rogó ella cuando ya se alejaba.

Se limitó a asentir en la distancia, temiendo perder la batalla consigo mismo y regresar para despedirla con un beso que la marcara como suya para siempre. No tenía derecho a hacer eso, por más que lo desease. No la condenaría de ese modo.

DESTINO O ELECCIÓN

Erienne vigilaba en la distancia a Bethòc, que jugaba despreocupada, con los niños del pueblo, a orillas del lago. En los primeros meses de su llegada a Morvern se había comportado como una niña retraída, tímida al extremo, cuando algún niño se acercaba a ella. El aislamiento al que la había sometido su doncella la había vuelto una niña insegura en las relaciones con sus iguales. Durante el primer año allí, Erienne había tenido que enseñarle a ser de nuevo una niña. Ahora no parecía tener problemas en corretear, riendo, por la ribera del loch Aline. Nada la diferenciaba de sus amigos ya, salvo la ropa de mayor calidad, aunque en ese momento estuviese tan sucia como la del resto.

—La energía de la juventud —suspiró Cedric, sentado a su lado—. Quién la tuviera de nuevo.

Cada día, sus pasos se volvían más lentos y las largas caminatas que había comenzado a dar a su llegada se iban acortando en distancia. Erienne podía ver cómo poco a poco se marchitaba y, aunque sabía que era ley de vida, se sentía impotente por no poder hacer nada más por él, salvo calmar los dolores que sentía en sus huesos. Y al parecer, incluso eso era difícil en los últimos meses.

—Te veo bien, Cedric —dijo, sin querer ser demasiado directa. Cada vez que sacaban el tema, le dejaba un mal sabor de boca porque el hombre daba por hecho que se moriría pronto y ella no podía imaginar su vida sin tenerlo a su lado.

—Es el último sol del verano —respondió, sin mirarla—. En cuanto el frío arrecie ya no será lo mismo.

—Estarás bien.

—Niña, sabes lo que sucede con los viejos en invierno. No debes...

—Calla, Cedric —lo interrumpió—. No lo digas.

—No viviré eternamente —aun así lo dijo. No era de los que suavizaban las cosas ni se guardaban nada que debiese ser dicho. A menudo le recordaba que debía ir siempre con la verdad por delante, por muy duro que pudiese ser a veces.

—Ya lo sé, pero no estoy preparada para dejarte ir.

—Eso no está en tu mano, niña. Es Dios quien decide cómo y cuándo llevarme —miró al cielo, como si allí estuviese la respuesta a esa pregunta no formulada—. Y no tardará.

—No quiero oírlo —dijo Erienne, comportándose como una niña caprichosa, lo que hizo reír a Cedric.

—Soy un hombre afortunado —comentó, minutos más tarde—. Cuando abandoné el monasterio no creí que pudiese encontrar la paz de espíritu que ahora siento ni el amor incondicional de alguien. Tú me has dado ambas cosas, así que no lamente mi muerte. Me iré feliz.

—Y yo me quedaré sola de nuevo.

—No estás sola —la miró con enfado—. Ahora tienes a mucha gente a tu alrededor que te aprecia y respeta. Tienes amigos y una nueva familia, aunque no sea de sangre. No menosprecies a quien no lo merece, niña. Sé que me quieres como el padre que no conociste y Dios sabe que yo no podría quererte más si hubieses sido mi hija, pero mi muerte no ha de ser una traba en tu felicidad. Me llorarás, supongo que no puedo prohibírtelo, aunque lo haría encantado, pero sé que

seguirás adelante después del duelo. Verás que todo irá bien, incluso sin mí. No puedes, ni debes, dejar de vivir tu vida porque yo ya no esté en ella.

—Decirlo es muy fácil, Cedric.

—Y hacerlo también —golpeó su frente con un dedo—. Todo está ahí. Asúmelo, contrólalo. Eres joven, niña, y en tu vida amarás y perderás a muchas personas. Si dejas que eso te consuma, no durarás mucho.

—No todos importan del mismo modo.

—Desde luego que no. En mi caso, ya he vivido todo lo que tenía que vivir, pero piensa en lo que sucedería si Dougal pereciese en la guerra —le planteó el dilema—. O Marrok. Me consta que ambos son importantes para ti ahora. ¿Te dejarías vencer por el desánimo si les sucediese algo? ¿Quién se haría cargo entonces de Bethòc? La vida te golpeará a veces, pero nada es insuperable. Solo céntrate en seguir adelante.

Erienne permaneció en silencio mientras pensaba en ello. Imaginar que le pasase algo a cualquiera de los dos le resultaba, incluso, doloroso. Por un minuto, su mente viajó a un campo de batalla perdido en medio de la nada y se vio rodeada de cuerpos mutilados y ensangrentados. Los gritos llenaron sus oídos y sus ojos buscaban, desesperados, a los dos hombres que había aprendido a querer en aquellos dos años. Y sin embargo, fue a Marrok a quien descubrió tirado en el suelo, rodeado de sangre. Y su corazón se detuvo, de repente, incapaz de procesar que el hombre que amaba estuviese muerto.

Porque lo amaba. Lo había descubierto el día en que Marrok mantuvo al berserker dormido cuando ella se cortó la mano. Nunca le explicó el motivo porque el que había podido controlarlo, aunque estaba segura de que lo había averiguado al final. Cedric tampoco supo aclararle nada al respecto, por más que le hizo un sinfín de preguntas. Su cabeza, incapaz de ignorar un enigma como aquel, había tratado de esclarecerlo a su manera, sin éxito, así que había sido su corazón el que decidió que Marrok la había protegido de la bestia porque le tenía un cariño especial. Sabía que aquello no era bueno para ella, que no debía hacerse ilusiones con alguien que la veía como a una amiga, quizá una hermana, pero no podía evitarlo. Estaba enamorada de él y soñaba con ser correspondida un día, a pesar de que sabía que no sucedería jamás. No la veía como una mujer, aunque se lo mostrase con descaro, algo que no se atrevería a hacer.

—¿Estás bien, Erienne? —que Cedric la llamase por su nombre le sorprendió, pero cuando notó las lágrimas correr por sus mejillas, supo el porqué de su acción. Estaba preocupado por ella.

—No deberías hacerme imaginar cosas tan horribles, Cedric —se las limpió con enfado.

—La vida no es fácil, niña, y has de saber qué batallas enfrentar y cuáles dejarle a Dios. Prepárate siempre para lo peor y así disfrutarás mejor de las victorias.

—No esperes que me quede sentada, sin más, viendo cómo Dios te lleva de mi lado.

—Esa es una batalla que no podrás vencer. La muerte es implacable y no hace distinciones de ningún tipo —suspiró—. Ya no tengo nada más para enseñarte y sé que te irá bien en la vida, niña. Ya no me necesitas.

—Siempre te necesitaré.

—Estoy cansado —suspiró de nuevo—. Muy cansado.

Erienne quería decir más, pero un grito en la lejanía se lo impidió. Provenía del castillo y había sonado tan desesperado, que se levantó de un salto. Vio gente corriendo en dirección a los establos y el humo salía por el techo, augurando el desastre. No necesitó más para saber qué ocurría.

—Vigila a los niños, Cedric —le pidió—. Que no vayan al establo hasta que lo hayamos

solucionado.

Corrió hacia el incendio, como todos, para ayudar a sofocarlo antes de que se extendiese a los edificios colindantes. Cuando les dio alcance, Dougal estaba allí, organizándolos de forma eficaz y ordenada. Era un gran líder y mejor persona. No entendía cómo su padre no lo veía y se empeñaba en menoscabar su autoridad y en despreciar sus progresos. Dougal era cien veces mejor que él en todo. Había resuelto sin problemas la primera revuelta a su llegada, y de un modo que muy pocos harían. Y había logrado crear un ambiente de confianza que casi ningún líder tenía.

Su gente lo seguía ahora porque creía en él y en su capacidad para protegerlos, no porque temiesen sus represalias o su mal humor. Pero Somerled creía que aquello era un signo de debilidad y que, cuando los necesitase de verdad, lo traicionarían. Pero nada más lejos de la realidad y lo estaba comprobando en ese mismo momento, cuando le obedecían sin dudar, a pesar de que estaban poniendo sus vidas en peligro al acercarse a las llamas. Ojalá Somerled pudiese ver a su hijo ahora. Tendría que tragarse sus palabras.

—Erienne —la llamó en cuanto la vio—, he enviado a los heridos dentro. Deberías ayudar a Wilmer con ellos. Está solo porque necesito al resto aquí conmigo.

—Yo puedo ayudar también —se ofreció.

—Me ayudarás más si vas con él. Seguramente tengáis trabajo a lo largo del día —había pesar en su voz y Erienne no insistió más. Sabía a qué se refería y solo esperaba no tener que lamentar ninguna muerte.

El flujo de heridos empezó poco después, y ya no se detuvo en lo que duró la tarde. La mayoría buscaba algo que calmase la irritación de garganta o de ojos por culpa de humo, pero otros traían quemaduras de diversa gravedad, que, en algunos casos, impidieron que pudiesen regresar al trabajo de extinción. Tanto Wilmer como Erienne los atendían incansablemente, como un equipo. Se entendían bien aunque no había sido siempre así.

A su llegada, después de que Erienne demostrase sus dotes para la sanación, y sobre todo, tras su hazaña detectando el veneno en la copa de Dougal solo por el olor, Wilmer se había propuesto desprestigiarla a ojos de todos, temiendo ser reemplazado por ella. Habían sido meses duros en los que Erienne no quiso hablar con nadie sobre el acoso del hombre, pues lo último que deseaba era crear más conflictos entre los lugareños y los recién llegados. Sin embargo, Marrok lo había descubierto y acorraló al hombre una noche para explicarle, no de la mejor manera, que Erienne era intocable. Un par de días más tarde, cuando creyó que el curandero ya había sufrido por sus amenazas lo suficiente, se lo contó a Dougal para que se hiciese cargo. Este le había aclarado el motivo por el que Erienne había viajado con ellos y aseguró al curandero que nadie lo desplazaría de su puesto si demostraba ser competente.

Y lo demostró con creces. Era uno de los mejores en su campo y nadie tuvo jamás quejas de él; ni siquiera Marrok, que lo vigiló durante mucho tiempo, más de cerca incluso, cuando Erienne empezó a ayudarlo en las ocasiones en que se sentía sobrepasado por sus deberes. Pero no hubo más problemas entre ellos y pronto aprendieron a trabajar juntos. Wilmer, aparte del miedo que pudiese sentir de Marrok, supo ver el valor de los conocimientos de Erienne y supo usarlos en beneficio de todos.

De repente, los niños entraron a tropel en el salón donde estaban atendiendo a los heridos. Erienne los observó, admirando el modo en que Bethòc, a pesar de tener solo 7 años, comenzaba a organizarlos para ayudar a repartir comida entre los heridos. No podía sentirse más orgullosa de la niña y supo que algún día sería una excelente priora en Iona.

—Bethòc —la llamó tiempo después—. No veo a Cedric por ningún lado. ¿Sabes dónde está?

—Dijo que ayudaría fuera.

—¿Qué?

Justo en ese instante, se oyó un gran estruendo y los gritos llegaron hasta el salón. Erienne, presa de un mal presentimiento, soltó el cuenco que sostenía en sus manos sin importarle que el líquido se derramase y corrió fuera en busca del motivo de tal alboroto. El humo le dio de lleno en el rostro y tuvo que cubrir la boca y la nariz para no comenzar a toser. Los ojos le ardían por culpa de las cenizas que flotaban en el ambiente, pero avanzó hacia donde, instantes antes, había estado el establo. Ahora no era más que un montón de escombros y madera quemada.

—Dios mío —gimió, esperando lo peor y rogando para equivocarse.

—¿Estáis todos bien? —la voz de Dougal se escuchaba sobre las demás y Erienne se movió hacia él— ¿Algún herido? ¿Falta alguien?

—Aquí —gritó una mujer con voz desesperada—. Ayuda, por favor. Aquí.

—No, no, no —Erienne fue la primera en verlo. Bajo la columna que se había desplomado, sobresalía parte del manto marrón que Cedric llevaba siempre—. No, por favor. Él no.

—Cuando el establo cayó, él me empujó para que la madera no me atrapase debajo —sollozaba la mujer—. Pero él se quedó atrás y ocupó mi lugar. Dio su vida por mí.

—No —Erienne se dejó caer sobre sus rodillas, incapaz de sostenerse en pie por más tiempo, mientras que varios hombres ayudaban a Dougal a retirar toda la madera que había encima del anciano. Para cuando lograron liberarlo, su cuerpo ya estaba parcialmente quemado.

—Lo siento, Erienne —Dougal la ayudó a levantarse y la sostuvo entre sus brazos, mientras el resto cubría a Cedric y lo alejaba de los restos del incendio.

Dougal susurraba palabras de consuelo, pero Erienne no sabía si llorar por él o enfadarse por dejarse morir de aquel modo. Quería gritar, golpear algo e incluso, deseaba culpar a aquella mujer por su muerte. Pero ella, abrazada a sus hijos y su esposo, lloraba por el hombre que le había salvado la vida. Comprendió, entonces, los motivos de Cedric para ocupar el lugar de la mujer, aunque fuese escaso consuelo para ella. El dolor era tal, que apenas podía soportarlo. En un impulso, se alejó de Dougal y corrió lejos.

—Erienne -le gritó él, tratando de frenarla, pero no se detuvo. Buscó el consuelo del bosque, de la soledad, para llorarlo a su manera, tal y como había hecho siempre en su vida antes de conocer a Cedric. Había aprendido, con la experiencia, que algunas batallas debían librarse a solas y la muerte del único padre que había conocido era una de ellas.

PALABRAS O ACTOS

Nunca antes había sentido tanto la muerte de nadie. Ni siquiera no haber conocido a su padre, le dolía del mismo modo que haber perdido a Cedric. Había visto los achaques de la edad en él y se había concienciado de que no le quedaba mucho tiempo para estar a su lado, pero jamás pensó que se iría como lo hizo. En un momento estaba hablando con él y al siguiente ya tenía que pensar en su entierro. Ciertamente se había ido como un héroe, que había salvado una vida, pero para ella no suponía un consuelo. Dolía igual que si se hubiese muerto plácidamente en su cama.

Sus pasos errantes la llevaron al otro extremo del lago, tras la línea de árboles, lejos del pueblo y de cualquiera que sintiese el impulso de ir a buscarla. Lo que más necesitaba en ese momento era soledad, y llorar la muerte de Cedric a su manera, sin que nadie sintiese lástima por ella o tratase de consolarla con palabras vacías. No podría soportarlo.

Una vez encontró un lugar suficientemente aislado, se sentó cerca de la orilla y comenzó a rodearse de pequeñas piedras que fue lanzando al lago después, para hacerlas rebotar en la superficie del agua. Si su mente estaba ocupada en otras cosas, no caería en la desesperación. Necesitaba procesar su muerte poco a poco, controlando sus emociones para no sucumbir a ellas. Esa era una de las primeras lecciones que ser curandera te enseñaba, justo con la más importante y frustrante de todas: no se puede salvar a todos.

Con cada piedra que lanzaba al lago, recordaba algún momento vivido con Cedric. El día que se conocieron en su huida, las largas horas que pasó a su lado hasta que se recuperó, cada una de las enseñanzas que le mostró, cada reprimenda, cada consejo... había sido un padre para ella y lo había perdido para siempre. Sabía que permanecería con ella en sus recuerdos y en la sabiduría y los valores que le había transmitido, pero ya nada sería igual. Se sentía huérfana.

—Tenías que irte por la puerta grande, Cedric —sollozó al pensar en los escombros cubriendo su cuerpo.

Y como si aquella imagen fuese el detonante que su mente necesitaba para sucumbir, comenzó a llorar sin control. Apoyó la cabeza sobre sus rodillas y se rodeó las piernas con los brazos para refugiarse del exterior y dejar salir toda la agonía que la carcomía por dentro. Y lloró. Por Cedric, porque lo echaría en falta; por la madre que le había tocado en suerte y su poco apego; por el hogar que había tenido que dejar atrás y que en cierto modo había aprendido a querer aunque solo ahora se daba cuenta de ello; por la vida vacía que había tenido hasta haber conocido a Cedric y por la vida que le esperaba sin él. Y aunque sabía que no estaba sola, la pérdida de quien era un padre para ella dolía intensamente.

—Él no querría verte llorar.

Contuvo el llanto y limpió sus ojos antes de atreverse a mirar hacia quien había hablado a su lado. Aunque no necesitó verlo para saber quién era, conocía bien esa voz. Mantuvo la mirada tan solo unos segundos sobre él, como si necesitase cerciorarse de que no era un producto de su imaginación, y que estaba a su lado realmente. Luego, la dejó vagar por la superficie del lago mientras empezaba a lanzar piedras una vez más. Sintió cómo se sentaba a su lado, pero evitó la tentación de mirarlo de nuevo.

—Has vuelto —le dijo finalmente.

—He vuelto —contestó él.

El silencio se apoderó de ellos después, pero no era incómodo. Más bien era reconfortante. Su presencia calmaba la tormenta que bramaba en el interior de Erienne. Apoyó la cabeza en sus rodillas, sin dejar de observar el horizonte, a sabiendas de que Marrok la estaba mirando a ella.

—Tú habrías hecho lo mismo —no intentaba consolarla y se lo agradeció en silencio—. Cualquiera de nosotros lo habría hecho.

—Lo sé —admitió a regañadientes.

—No se debe lamentar la muerte de alguien que supo aprovechar su vida hasta el último suspiro —continuó hablando—. Se lamentan las muertes de los débiles y los cobardes, o de los soñadores que no hacen nada para cumplir esos sueños. La de los que se esconden del mundo y la de los que no dejan tras ellos huella alguna. Cedric no es uno de esos y nadie lo olvidará. No solo porque haya salvado la vida a esa mujer, sino por todo lo que ha hecho desde que hemos llegado a aquí. Era un hombre muy respetado y querido, y por eso mismo vivirá para siempre. En nuestras mentes y nuestros corazones —Marrok se levantó y le tendió la mano—. No llores por el hombre que siempre quiso verte feliz. Hónralo viviendo intensamente y siendo la mujer que él esperaba que fueses. La que ya eres. Demuéstrale al mundo que lo que te ha enseñado ha servido de algo y que merecías la confianza que él depositó en ti. Y el amor que te entregó en vida.

—Gracias, Marrok —le dijo, emocionada, tomando su mano para levantarse.

—No tienes que darme las gracias, Erienne. Te ofrezco la verdad, no un consuelo.

—Pues gracias por eso.

—La verdad no se agradece —Marrok todavía sostenía su mano y se inclinó hacia ella para susurrar sus dos últimas palabras—, se valora.

—¿Y cómo puedo valorarla sin agradecerla a quién me la otorga? —un hilo de voz salió de sus labios, por la extrema cercanía de Marrok Su corazón iba por libre y temía que él pudiese escuchar su frenético latir.

—Aceptándola y ofreciéndola —le explicó—. No llores a Cedric, Erienne. Él decidió morir con honor y debes honrarlo por ello.

—¿Cómo?

—Nunca olvides lo que te enseñó y practícalo todos los días. Recuerda los buenos momentos con él y no su muerte. Y, sobre todo, sé feliz. Sé que te estará observando y esperará verte sonreír. Pero no por él, sino por ti, porque realmente estás viviendo como quieres. Así es como lo honrarás.

—Pero ahora mismo es tan difícil —su voz se quebró nuevamente.

—Lo sé —Marrok la abrazó. Aunque era una mujer alta y sobrepasaba, con diferencia, a algunos hombres, Marrok seguía pareciendo un gigante a su lado, con su cuerpo de músculos fuertemente desarrollados, y se sintió reconfortada y protegida en un segundo.

No lo sabía cuando se alejó del pueblo buscando la soledad, pero había deseado tener a Marrok cerca, al descubrir a Cedric bajo los escombros del establo. Lo había necesitado tanto. Sabía que él encontraría las palabras adecuadas para hacerle más llevadera la muerte de Cedric, porque Marrok siempre sabía qué decir y qué hacer. En ocasiones, hablar con él era lo más parecido a abrir un libro antiguo que contiene sabiduría ancestral. Tal vez por eso lo amaba tanto y tal vez, nunca podría encontrar a otro que ocupase su lugar, por más que supiese que debía olvidarlo.

—Volvamos a la casa —le propuso Marrok después de unos minutos abrazados en silencio -. Se avecina una batalla y tenemos que prepararnos.

—¿Encontraste lo que buscabas? —lo miró, sin llegar a soltarse del todo de su abrazo.

—Lo hice —la miró con intensidad y por un momento, creyó que estaba hablando de ella. Pero eso no era posible, Marrok solo la veía como una amiga. Puede que incluso como una hermana.

—Bien —se apartó de él, disgustada con sus propios pensamientos. Fingió arreglar la falda de su vestido para no tener que mirarlo a los ojos hasta serenarse—. Regresemos, pues.

—Erienne —la llamó cuando ya emprendía el camino de vuelta. Lo miró y esperó a que la alcanzase—. No estás sola.

Aquellas palabras trajeron nuevas lágrimas a sus ojos y se limitó a asentir para no derramarlas. Se propuso honrar a Cedric tal y como Marrok le había dicho, y para ello debía dejar de sentir pena por su partida. Sería feliz por él, mientras no aprendiese a hacerlo por sí misma. Jamás lo defraudaría.

Hicieron el camino de regreso en silencio, Erienne absorta en sus pensamientos y Marrok observándola cada pocos pasos. Desde el día en que ella provocó al berserker con su propia sangre y Cedric le abrió los ojos sobre la razón por la que no había despertado, se había mantenido, convenientemente distanciado, escudándose en su creciente amistad, aun sabiendo que no era eso lo que sentía por ella. Sin embargo, la pena que la embargaba ahora era demasiado intensa y sentía que necesitaba hacer algo para consolarla. Algo más, que decirle unas cuantas palabras por más significado que tuviesen. La bestia en su interior se removía inquieta también, ansiando lo mismo que él. Ver sufrir a su compañera de vida lo alteraba tanto, que apenas podía mantenerla a raya.

Permitió que sus brazos se rozasen, solo para sentir su tacto e intentar calmar de ese modo al berserker. El abrazo había sido insuficiente para él, porque veía cómo Erienne continuaba luchando para mantener la entereza que la caracterizaba. A pesar de lo dura que había sido la vida con ella nunca la había visto perder su entusiasmo por seguir adelante. Tenía una sonrisa siempre en los labios y una palabra de ánimo para quien la necesitase. Ahora esa su turno de recibirlas y aunque Marrok lo había intentado, sentía que no había sido suficiente. Su berserker clamaba por más también, pero él no estaba dispuesto a dar ese paso. No, si con ello la ponía en peligro. Prefería pasar por un infierno mil veces o batallar con su bestia interior, antes que colocarla en una situación comprometida donde pudiese terminar dañada. O muerta. Si para protegerla debía renunciar a ella, lo haría sin dudar.

—¿Crees que Somerled aparecerá? —Erienne lo volvió al presente con su pregunta.

—¿Todavía preocupada por eso?

—Son nuestros hombres los que irán a la batalla —se encogió de hombros—. Los que iréis.

—No te preocupes por nosotros —comprendió la razón de pregunta, sin necesidad de que se lo explicase—. Hemos entrenado duro y somos mejores de lo que parecemos.

—Pero Godred no traerá solo una docena de hombres.

—Y por eso vamos a dividirlos.

—¿Cómo puedes dividir un ejército que viaja por mar? —lo miró con curiosidad.

—Esa misma pregunta la hizo Dougal no hace mucho —le sonrió y Erienne bajó la mirada.

Le resultaba difícil mantenerse indiferente cuando él le mostraba su lado más cálido. Porque aunque sabía que tenía un gran corazón, Marrok solía ser serio. Tal vez por costumbre, pues en su vida había tenido que mantenerse siempre al margen, por miedo a que su berserker despertase donde no debía; tal vez porque se tomaba muy en serio la protección de aquellos a los que incluía en su círculo. Sin embargo, Erienne conocía el lado más humano de Marrok. Aquel que sonreía e incluso bromeaba en sus momentos más relajados; aquel que jugaba con Bethòc y los demás niños cada vez que se lo pedían; aquel que trataba con respeto a los ancianos; aquel que en ocasiones la miraba como si sintiese por ella algo más que simple amistad. Sabía que se estaba engañando a sí

misma, pero no podía evitarlo. El amor que sentía por él era más fuerte que su sentido común. Anhelaba más que nada, ser correspondida.

—¿Qué le respondiste?

—Que provengo de un pueblo que conoce el mar y sus secretos. No hay nada que no podamos conseguir —le aseguró para que perdiese el miedo, aunque fuese justificado.

Godred llevaría un gran ejército y no eran suficientes para detenerlos. Seguía contando con que Somerled apareciese en el último momento, para igualar las cosas, pero debían planear la estrategia pensando en que no lo haría.

—No quiero que muera más gente —dijo al fin Erienne—. Sé que será inevitable y que mi actitud es un poco infantil ahora mismo, pero no quiero perder a nadie más.

—Yo tampoco quiero que muera nadie, Erienne, pero como dices, será inevitable. Las guerras se llevan a muchos hombres buenos. No es algo que podamos controlar, solo podemos seguir adelante y hacer que su muerte no sea en vano.

—Una muerte en una guerra siempre será en vano.

—No cuando mueres protegiendo a los que amas —las palabras de Marrok detuvieron los pasos de Erienne. Cuando él aminoró la marcha al notarlo, se apresuró a alcanzarlo. Ya no se sentía confiada de poder seguir hablando sobre eso sin delatar lo que sentía por él. Y por eso, decidió no insistir y guardar silencio.

El resto del día se mantuvo tan ocupada como pudo, ayudando a retirar los restos del establo quemado y cuidando de quien había resultado herido. No quería pensar en el hecho de que Marrok y Dougal estaban reunidos con sus hombres de confianza planeando la batalla que se avecinaba y en la que, por desgracia, jugaban con desventaja, y por eso decidió ocupar su mente en todo lo que se le presentase.

Y aun así, las palabras de Marrok se repetían una y otra vez en su cabeza. Morir protegiendo a los que amas. A los que amas. Había sonado tan seguro al decir aquello, que ahora las dudas la carcomían por dentro. ¿Acaso Marrok había entregado su corazón a alguna mujer? La sola idea la lastimaba. Y a pesar de ello, de ser cierto, sabía que no se interpondría, pues la felicidad de Marrok era más importante para ella, que cualquier otra cosa.

Sin embargo, para cuando llegó la noche, y aunque estaba agotada, un gran peso aprisionaba su corazón y no le dejaba conciliar el sueño. No solo el incendio o la muerte de Cedric la rondaban, sino también la inminente batalla o el miedo a que Marrok entregase su corazón a otra mujer. Se sentía abrumada y salió fuera, en busca de una paz que sabía no encontraría. Regresó al lago, esperando que el silencio del lugar la ayudase. A pesar del frío nocturno, se recostó en la hierba y observó las estrellas, buscando en ellas, una respuesta a preguntas que no se atrevía a formular. Intentando no dar nombre a los miedos que estaban alterando su sosiego. Concretarlos, era aceptar que los problemas existían y así tendría que enfrentarlos.

—No deberías estar sola aquí fuera, Erienne —la voz de Marrok llegó a ella en la distancia.

—Tú siempre estás vigilante, Marrok —le dijo sin llegar a mirarlo cuando se acercó a ella—. No corro ningún peligro.

—No puedo estar en todas partes —se sentó a su lado.

—Sé defenderme —respondió ella.

—No lo dudo, pero en ciernes de una guerra, alejarse de la seguridad del castillo no es buena idea.

—¿Crees que ya estén por aquí? —se incorporó. Nunca se le habría ocurrido pensar en ello.

—Puede que hayan enviado rastreadores —su mirada estaba perdida en el horizonte, como si los buscase.

—Odio todo esto. La avaricia de los hombres acabará con la humanidad.

—La avaricia del hombre existe desde los albores del tiempo —le dijo Marrok—. Y todavía estamos aquí.

—¿Y cuántos han muerto por su culpa? ¿Cuántos más morirán? —agachó la cabeza antes de seguir, porque temía incluso decirlo en voz alta por si se cumplía— ¿Cuántos de vosotros moriréis en breve?

—Por desgracia, nadie está libre de la muerte. Ya sea en la guerra o durmiendo plácidamente en la cama. Cuando te llega la hora, no puedes hacer nada para evitarlo. Solo puedes decidir qué hacer con tu vida mientras te pertenece. Puedes aprovecharla y dejar una huella tras de ti o desperdiciarla y que nadie te recuerde cuando te hayas ido —sostuvo su mentón y la obligó a mirarlo a los ojos—. Pero tú no tienes nada que temer, Erienne. Tú no vas a morir todavía.

—Eso no lo sabes. Tú mismo lo acabas de decir.

—Yo me encargaré de que no suceda.

—No puedes estar en todas partes —repitió sus propias palabras—. Pero no importa. Haré que me recuerden, si llega mi hora.

—Nadie que te conozca podría olvidarte, Erienne.

Su corazón se negó a no sentir esperanzas tras esas palabras y su cabeza actuó en consecuencia antes de pensarlo demasiado. Sus ojos seguían conectados y fueron los labios de Erienne los que buscaron el beso en los de Marrok. Nunca había hecho algo así, nunca había sentido el deseo de hacerlo, pero lo amaba y temía perderlo, antes de poder decírselo. Y por eso, se acercó más a él y lo besó. A su manera torpe y desesperada, sin importarle si se lo devolvería o no.

CONFESIONES

Marrok permaneció inmóvil durante unos segundos, incapaz de registrar lo que estaba pasando, pero el berserker en su interior bramó con fuerza, exigiendo que reclamase a la mujer como suya. Sus manos se movieron solas hacia las caderas de ella para llevarla a su regazo y evitar así, que pudiese apartarse, si es que se le ocurría arrepentirse de besarla.

Había intentado evitar aquella situación desde el día que descubrió que era su compañera de vida, pero al sentir sus labios sobre los suyos, no pudo encontrar ninguna razón válida para alejarse de ella. Erienne no era experta en besar, eso lo estaba comprobando en ese momento, pero tampoco podía presumir de ello. Solo había besado a una mujer en toda su vida y solo unas pocas veces, antes de que todo se torciese.

Años atrás, cuando empezó su entrenamiento como guerrero, la hermana de Ulric se había encaprichado de él. Y él, en su arrogancia juvenil y con el orgullo henchido, creyó que no habría consecuencias graves por alentarla. Se habían besado en varias ocasiones, a escondidas de todos, y fantaseando con ir más allá algún día, pero Ulric los había descubierto y la paliza que le propinó, con ayuda de otros para que la bestia no interviniese, lo mantuvo postrado tres días en la cama. Después de eso, no se había vuelto a acercarse a ella. Tampoco tuvo interés en ninguna otra mujer. En ninguna, hasta Erienne.

Podía sentir su peso sobre él, sus labios bailando en los suyos, sus brazos rodeando su cuello de aquella forma tan inexperta, pero segura al mismo tiempo. Quería poder fundirse con ella para mantenerla a su lado para siempre y para protegerla de todo mal. Sus manos ascendieron por su espalda hasta alcanzar su cabeza y la tomó entre ellas, para poder profundizar el beso. Quería más de ella. Mucho más. Lo quería todo y fue el conocimiento de esa necesidad y lo que podría pasar si continuaba adelante, lo que lo obligó a replantearse la idea de aceptar lo que le estaba ofreciendo. Por más que desease seguir besándola, no debía hacerlo; por más que quisiese proclamar a los cuatro vientos que era su mujer, no debía hacerlo y por más que su berserker se rebelase contra ello, la vida de Erienne era más importante que el amor que le profesaba y no podía ponerla en peligro, solo por saciar sus ganas de ella. Por eso, detuvo el beso en cuanto reunió las fuerzas suficientes para hacerlo y la separó ligeramente de él.

—Erienne, yo no... —buscó las palabras correctas para no hacerla sentir mal, pero no las halló. Cada excusa que se le ocurría era peor que la anterior y la verdad no era una opción porque la expondría al peligro. Ella no era de las que se mantenían al margen por miedo. Era valiente en todos los aspectos de su vida y eso no sería diferente en aquel momento.

—Lo siento —se levantó de su regazo avergonzada—. Lo siento mucho. No debí hacerlo. Soy tonta por pensar que... Oh, Dios, yo no... No te preocupes, Marrok, no sucederá de nuevo.

Vio cómo se marchaba con la cabeza baja y la siguió, porque no quería que se llevase una idea que no era sobre su rechazo. En un par de zancadas la alcanzó y frenó su paso. No sabía qué decir para enmendar la situación, porque si no podía tenerla como ansiaban su corazón y su cuerpo, al menos, quería conservarla como amiga, como lo habían sido hasta el momento y temía que aquel beso lo hubiese estropeado todo. Pensaba inventar las excusas que hiciesen falta para que olvidase lo que había pasado, pero en cuanto la giró y vio sus ojos brillar por las lágrimas

retenidas, simplemente la besó de nuevo.

La besó con la desesperación de un hombre que no quiere perder a la mujer que ama. Con el ansia del que sabe que eso será inevitable si desea protegerla. Con el miedo a que ella no lo comprenda y se aleje para siempre de él. La besó con el alma, pues sabía que probablemente le hubiese roto el corazón o se lo rompería cuando la rechazase una vez más.

—Esto no está bien —dijo, soltándola.

—¿Y por qué me besaste otra vez?

—Porque quería. Y quiero —añadió—. Y querré. Pero no está bien. No para ti.

—¿Por qué no? ¿O es que estaría bien para otra? —sus palabras estaban cargadas de dolor, pero también de enfado. Marrok podía lidiar con ese último, pero no con el primero.

—No está bien para nadie —intentó explicarse—, si es conmigo.

—¿Es por el berserker? —limpió una lágrima que rodó por su mejilla, sin dejar de observarlo.

—Sí.

—Ahora puedes controlarlo, Marrok —aunque trataba de hablar con calma, todavía podía notar lo agitada que estaba.

Sabía que estaba deseando alejarse para ocultarle la vergüenza que le había causado su rechazo, pero se mantenía allí, tratando de entenderlo. Una prueba más de su valentía, de su fortaleza para enfrentar las situaciones que la superaban y no dejarse vencer por ellas. Por un segundo, Marrok se permitió soñar con que podría funcionar. Con que Erienne sería capaz de soportar la carga que pondría sobre sus hombros si la hacía su mujer. Por un segundo, quiso contárselo todo y darle la oportunidad de decidir por sí misma.

—No puedo correr riesgos, Erienne —se sintió cobarde por callar la verdad—. Y mucho menos contigo. Si mi berserker te hiciese algo, no me lo perdonaría nunca.

—¿Vas a renunciar a todo por tu berserker?

—Llevo toda la vida haciéndolo —sentenció—. No habrá diferencia esta vez.

En cuanto pronunció aquellas palabras, supo que no había sabido elegir las bien. Vio el dolor que causaron en Erienne, cuando sus ojos se oscurecieron y aquel dorado que siempre bailaba en ellos, se apagó. Quizá ella fuese capaz de controlar sus emociones para no mostrarlas al mundo, pero el que supiese mirar en sus ojos, podría saber cómo se sentía en realidad. Y en aquel momento estaba dolida. Ofendida, incluso.

—Lo siento —se disculpó—. No debió sonar así.

—No importa —alzó la cabeza ligeramente, con orgullo—. Lo entiendo, Marrok. No te preocupes, no volveré a ponerte en una situación como esta.

—No —la detuvo de nuevo, cuando quiso marcharse—. No lo entiendes.

—Sí —se soltó—. Lo entiendo perfectamente. Crees que manteniendo distancia con todos, los proteges de la bestia que llevas dentro. Pero permíteme recordarte que eres tú el que siempre dice que el miedo no ha de dominar tus acciones. ¿O es que los consejos solo sirven para los demás?

—No es tan sencillo.

—Es tan sencillo como lo quieras hacer, Marrok —dijo—. También me lo enseñaste tú, por si lo has olvidado.

—Erienne —la llamó, al ver que se alejaba de él otra vez—. Por favor.

Nunca antes en su vida le había rogado a nadie, pues no estaba en su naturaleza, pero no podía perderla. Mientras la veía alejarse, supo que no soportaría no tenerla cerca. No podría vivir sin ella, sin su sonrisa, sin su determinación, sin su carácter indomable, sin todo lo que la hacía especial. Era su compañera de vida y no podía renunciar a ella. Lo había intentado, creyendo que lo lograría, pero se había engañado a sí mismo desde el principio.

—¿Quieres saber por qué mi berserker no se despertó con tu sangre? —le gritó para detenerla.

—¿Me lo dirás? —lo miró, sin acercarse a él, temiendo que solo fuese una artimaña para que no se fuese.

—Te diré todo lo que quieras saber —se rindió.

Erienne lo observó durante el minuto más largo de su vida, antes de caminar de regreso. La luna llena le permitía verla a pesar de que la noche ya estaba muy avanzada y el brillo de sus rayos se reflejaba en sus ojos, hipnotizándolo. Jamás se cansaría de mirarlos, porque cada día descubría algo nuevo en ellos. Era como sumergirse en un mar de emociones, y todas le pertenecían a Erienne.

—Está bien —le dijo, sentándose de nuevo en el suelo—. Empieza.

—Te mentí cuando te dije que Cedric no había podido ayudarme con lo que pasó —no le parecía la mejor manera de empezar, pero no encontraba otra que se ajustase más a la realidad—. Fui a hablar con él y me narró una parte de nuestra historia que nunca había oído.

—¿De los berserker?

—Sí —se sintió aliviado al ver que no estaba enfadada por la mentira.

—Yo también le pregunté, pero me dijo que no sabía nada —su voz falló al terminar la frase. La muerte de Cedric era muy reciente todavía.

—Decía que era mi decisión contártelo o no —aquella frase llamó la atención de Erienne.

—¿Por qué?

—Porque esa parte de nuestra historia te concierne.

—¿A mí?

—El berserker despierta con el olor a sangre —decidió no responder todavía y contarle la historia para que ella sacase sus propias conclusiones del mismo modo en que Cedric había hecho con él—. Toma el control y ya no podemos hacer nada hasta que se sacia. Con el tiempo, y mucho entrenamiento, podemos recordar lo que hace e incluso influir en sus actos en algunas ocasiones. Sin embargo, es más difícil dormirlo antes de que haya tomado lo que necesita.

—Eso es algo que ya sabemos —lo animó a seguir.

—Hablamos del momento en que el rey nos proclamó proscritos, acuciado por el miedo de los señores a que nos alzásemos contra ellos. O al menos eso era lo que yo creía, pero Cedric me contó otra versión de la historia que me dejó sorprendido y... preocupado.

—¿Qué versión?

—Al parecer no querían aniquilarnos por miedo a que nos rebelásemos para obtener el poder, sino porque algunos de ellos empezaron a negarse a obedecerles ciegamente, algo que nunca habían creído posible.

—Veo lo leal que eres a Dougal —frunció el ceño—. Pero también sé que ya no es por la deuda de sangre que tienes. Además, Dougal jamás te obligaría a hacer algo que vaya en contra de tus principios.

—Dougal es un buen líder, pero imagina que la deuda la tuviese con Somerled.

—Cierto —asintió, comprendiendo a qué se refería—. El padre de Dougal se aprovecharía de tu berserker de la manera que mejor le conviniese, aunque no fuese de tu agrado.

—Mi lealtad hacia él me impediría desobedecerle. Lo haría, me gustase o no. Mi berserker lo haría por mí, aunque yo me negase. Solo tendrían que despertarlo y se haría con el control.

—Eso es tan cruel. Nadie debería controlar la vida de otro.

—Pero lo hacían. Y lo siguen haciendo. No solo con los nuestros. Todo hombre bajo las órdenes de otro está obligado a obedecer o se lo considerará un traidor.

—Es cierto —frunció el ceño antes de continuar—. Dices que algunos se rebelaron. ¿Cómo? Si

despertaban al berserker, ¿cómo podían negarse? Has dicho que no tenían forma de controlarlo una vez despierto.

Se acercaban ya a la parte en la que Erienne tenía un papel esencial y por un segundo, se replanteó la idea de contárselo. No era un hombre que tuviese miedo, pero debía admitir que ahora estaba asustado por lo que pasaría. Tenía miedo de contárselo y perderla; o de no contárselo y perderla; pero sobre todo, tenía miedo de contárselo y no perderla. Porque si ella le correspondía y alguien descubría lo que significaba para él y su berserker, se vería expuesta al peligro constantemente. Pensó en contarle solo una parte, lo justo para que no se alejase de él. Conservar su amistad sería lo ideal.

—¿Qué pasa, Marrok? —tomó su mano entre las suyas y la determinación de Marrok flaqueó. Su contacto le recordaba que nunca se conformaría con menos, que siempre querría más de ella—. Puedes confiar en mí.

—No es falta de confianza, Erienne. Es el riesgo al que te expondrías si te lo cuento.

—Creo que hoy en día nadie está libre de eso. Como has dicho, estamos en ciernes de una guerra. Si no detenéis a Godred, puede que tengamos problemas aquí.

—No lo digas —tiró de ella y la rodeó con sus brazos—. No permitiré que te pase nada malo, Erienne. Nunca.

—Marrok...

—La razón por la que los míos aprendieron a negarse a las órdenes —la interrumpió y le impidió separarse de él. Necesitaba contárselo antes de arrepentirse—, tiene que ver con el motivo por el que mi berserker no se despertó con tu sangre.

—Explícamelo, Marrok —lo miró como pudo, desde su abrazo—. Necesito entender qué está pasando.

—No sé cómo hacerlo —la soltó y comenzó a moverse, para poder ordenar mejor sus pensamientos—. Tengo miedo de que te asustes cuando lo sepas y te alejes de mí. Aunque también temo que no lo hagas. Esto es complicado.

—Simplemente suéltalo, Marrok —lo animó—. No soy fácil de asustar.

—Cedric me contó que descubrió un manuscrito en el que se decía que cada berserker permanece dormido con la sangre de una única persona —la miró desde la distancia—. La única persona que es capaz de calmar a la bestia y por la que la bestia haría lo que fuese, incluso negarse a cumplir las órdenes de su señor.

—Pero creía que el berserker solo...

—La persona a la que el berserker y el hombre —no le dejó terminar— entregarán su corazón, su lealtad e incluso su vida si fuese necesario. La mujer a la que amarán ambos incondicionalmente hasta el día de su muerte.

—Marrok —su nombre salió en un susurro.

—Erienne, eres mi compañera de vida. La compañera de mi berserker, pero eso solo te hace vulnerable. Si alguien lo descubriese, podría controlarnos a ambos, amenazándote a ti. Si estás conmigo, correrás peligro cada día de tu vida y...

—Y es mi vida de la que estamos hablando, Marrok —lo interrumpió ahora ella—. No es tu decisión.

—Sería mi culpa si te sucediese algo malo por...

—Podría haber muerto hoy en el incendio —lo cortó.

—Pero no...

—O en unos días por culpa de algún accidente.

—No es...

—O dentro de unos meses por una enfermedad.

—No es tu muerte lo que más me preocupa, Erienne —alzó la voz para que ella lo escuchase—. Si tú mueres, yo no hallaré descanso, cierto, pero no es eso lo que temo, porque si tú mueres, sé lo que debo hacer. Lo que no soportaría es que te lastimasen.

Entonces, Erienne lo entendió. Marrok había tratado de protegerla al ocultarle la verdad, no para que no la matasen, sino para que no pudiesen usarla contra él. Entendió que le preocupaba que le hiciesen daño para llegar a él. Pero sobre todo, comprendió que la amaba, tanto como para renunciar a ella. Se lo había dicho, la había llamado compañera de vida, pero no había pensado en lo que eso implicaba. Simplemente se había enfadado con él por ocultárselo.

Pero justo cuando le iba a confesar que también ella lo amaba, Marrok alzó una mano frente a su rostro acallándola. La colocó tras él, lentamente, mientras escudriñaba las sombras en el bosque. Por más que Erienne mirase en la misma dirección, no podía ver más que árboles y la negrura más profunda. Cuando pensó en preguntar qué ocurría, escuchó el sonido. Una rama partiéndose.

—Regresa al castillo —susurró Marrok, antes de ir en pos de quien los había estado espiando—. Ya.

No obstante, Erienne conservó su posición hasta que Marrok desapareció de su vista. Una vez sola, echó a correr. Tenía que avisar a Dougal cuanto antes.

TRAICIONES

Cuando Dougal reunió a su guardia y salió en busca de Marrok, no habían pasado ni diez minutos desde que Erienne lo había avisado; sin embargo, su amigo ya regresaba, cargando con un hombre inconsciente en su hombro, como si el peso extra no le supusiese ningún esfuerzo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Dougal, en cuanto su amigo los alcanzó.

—Al parecer tenemos todavía algunos enemigos entre nosotros y no lo sabíamos —le respondió, dejando al hombre en el suelo para que todos pudiesen verle el rostro.

—Magnus —Dougal se sorprendió al ver al responsable del establo. Una idea pasó por su mente y miró hacia Marrok antes de hablar—. No creerás que él...

—Es probable —lo interrumpió antes de que terminase su acusación. También a él se le había pasado por la cabeza cuando lo capturó—. Sin los caballos, nuestras posibilidades se reducirían bastante, si la lucha llega a tocar tierra.

—Hasta cuándo seguirán las traiciones —Dougal pasó la mano por el rostro, como si así pudiese eliminar el mal sabor de boca que todo aquello le causaba.

—Mientras Godred siga cerca, me temo. Las lealtades no se ganan en dos días.

—Ni en dos años, al parecer.

—Os somos leales, mi señor —le aseguró con voz firme, uno de los guardias—. Magnus no nos representa a todos.

—Lo sé —apoyó la mano en su hombro para reafirmar sus palabras—. Y no pretendía decir eso. Lamento si lo pareció.

—No tenéis que disculparos, mi señor.

—Tal vez no, pero no quiero malos entendidos entre nosotros. Ya suficiente tenemos con tanto desertor —miró a Magnus, todavía inconsciente, antes de seguir hablando—. Debo pedir os un favor y nada agradable para vosotros.

—Lo que sea, mi señor.

—Vosotros conocéis mejor que yo a todos por aquí, de modo que necesito que seáis mis ojos y mis oídos en cuanto muestre a Magnus ante todos y les explique su traición. Debéis decirme si alguien se comporta de modo extraño después de eso. No podemos ir a la guerra sin asegurarnos de que nuestro pueblo estará a salvo en nuestra ausencia. No quiero regresar a un hogar ocupado por lo enemigos... o algo mucho peor incluso.

A nadie le gustaba pensar que había traidores entre ellos todavía, después de dos años en los que Dougal les había demostrado que era mejor gobernante que Godred o que su propio padre. Habían jurado lealtad por miedo, al principio, pero a pesar de su juventud, él les había correspondido con creces y eran sinceros ahora con su juramento. Entendían su petición y no les parecía tan descabellada, pues sus esposas, hijas y hermanas, incluso sus madres, se quedarían atrás, junto a los ancianos, mientras ellos iban a combatir. No querían tener que preocuparse por ellos también, aunque se quedasen algunos guardias para proteger el lugar y a sus habitantes. En caso de una invasión, no tendrían éxito defendiendo el lugar, por su escaso número. Así que le lanzaron una muda aceptación y Dougal sonrió aliviado y satisfecho. Después impartió las órdenes oportunas para encerrar a Magnus antes de que despertase y los dispensó a todos. Necesitaba

tiempo a solas para planear bien el modo de dar la noticia al pueblo y hacer que los demás traidores, si los había, saliesen a la luz de una vez por todas.

—¿Qué harás con él después de delatarlo ante todos? —Marrok caminaba a su lado sin mirarlo.

—Por el momento, devolverlo al calabozo. Tenemos una guerra que librar y no puedo hacerme cargo de él ahora.

—Permíteme interrogarlo antes de irnos —le pidió—. He de saber qué conoce sobre nuestros planes. Y lo más importante, qué le ha contado a Godred.

—Si le ha informado de nuestra estrategia, estaremos en serios apuros —asintió.

—Cuando lo capturé, tuve la sensación de que trataba de huir. Tal vez tengamos suerte y no haya enviado todavía ningún mensaje a nuestros enemigos.

—No estuvo en la reunión que mantuvimos esta tarde —añadió Dougal pensativo— ¿Crees que podría haber estado escuchando a escondidas?

Marrok frunció el ceño al recordar su conversación con Erienne en el lago. También necesitaba saber si los había estado espiando desde el principio. Si había descubierto su secreto, no podría dejarlo vivir. Era demasiado arriesgado y muy peligroso para los dos. Sabía que Dougal no lo aprobaría, pero haría lo que fuese necesario para proteger a Erienne; incluso si eso lo llevaba a enfrentarse al hombre que le salvó la vida.

—Permíteme interrogarlo antes de que lo muestres ante todos —le pidió de nuevo, ansioso por empezar cuanto antes.

—Procura que no se note lo que le hagas —le sugirió—. No quiero que...

—Lo sé —lo interrumpió—. El miedo no debe gobernar por ti. No te preocupes, no necesitaré ponerle una mano encima.

—¿Cómo...? —se detuvo antes de terminar la pregunta—. Olvídalo, prefiero no saberlo. Haz lo que debas e infórmame de los resultados después.

—En determinadas ocasiones, valerse del miedo no es tan malo —respondió, antes de emprender la marcha hacia los calabozos.

Dougal supo, sin necesidad de que dijese nada más, que usaría a su berserker para hacerlo hablar. Podría pensar que aquello era arriesgado, pero conocía bien a su amigo y sabía que mantendría la situación bajo control. Como siempre hacía con todo.

Marrok llenó un balde de agua por el camino y se lo arrojó a Magnus al rostro para despertarlo nada más llegar a su celda. El hombre protestó por la sensación de ahogo y reculó unos metros, arrastrándose por el suelo, hasta que su espalda se topó con la pared del fondo. Aunque sus ojos estuviesen acostumbrados a la penumbra, su mente necesitó algo más de tiempo para comprender lo que estaba sucediendo.

—Marrok —murmuró asustado.

—Magnus —lo saludó él, con los brazos en jarras y las piernas ligeramente separadas, para mantener una pose equilibrada, pero amenazante.

—¿Qué ocurre? —comenzó a titubear— ¿Por... por qué estoy aquí encerrado?

—¿Te harás el inocente conmigo? —alzó una ceja— ¿He de recordarte que fui yo quien te persiguió por el bosque mientras huías?

—Creí que querías hacerme daño —se defendió con un poco más de energía—. Era de noche y estaba oscuro. No te reconocí.

—Por supuesto, sueles llevarte víveres para varios días cada vez que sales a pasear —le respondió con ironía—. Y el caballo, era para hacerte compañía.

—¿Qué... qué caballo? —el nuevo titubeo lo delató una vez más.

—Ese al que intentabas llegar antes de que yo te diese alcance —se acercó a él, amenazante, y Magnus trató de retroceder sin éxito, pues la pared ya estaba a sus espaldas—. No me tomes por tonto, Magnus. No soy un hombre paciente con los traidores.

—Yo no soy un traidor —le gritó.

—¿Qué sabe Godred de nuestros planes? —ignoró sus palabras— ¿Has estado enviando mensajes a nuestras espaldas? Quiero que me lo cuentes todo, Magnus. Y no te dejes nada o lo sabré.

—No soy ningún traidor —repitió envalentonado, al ver que no podría ocultar la verdad ya—. He sido leal a mi señor. Mi verdadero señor. Vosotros no sois más que invasores que se han apropiado de lo que no es suyo y yo ayudo a mi señor a recuperarlo.

—Habla —amenazó Marrok, sin llegar a levantar la voz en ningún momento. Su tono bajo y neutro era más siniestro que cualquier grito que pudiese proferir.

—Antes muerto —alzó la cabeza, orgulloso.

—Bien —sacó un cuchillo de su cinturón bajo la atenta mirada de Magnus—. Pero no seré yo quien te mate, sino mi berserker.

—No me asustas.

—Yo no, lo sé. Pero él lo hará —se acercó un poco más a Magnus, antes de continuar—. Mi berserker lleva demasiado tiempo reclamando una sangre que yo no he querido darle y aquí solo estás tú, así que no será rápido contigo y no tendrá piedad. Disfrutará contigo durante horas, haciéndote sangrar primero, antes de acabar con tu vida. Y será doloroso. Muy doloroso.

—No me asustas —su voz no sonó tan firme ahora.

—Guardia —lo llamó para que se acercase—. Llévate mi espada, con el cuchillo tengo más que suficiente para lo que busco. Cierra la celda, que nadie pueda entrar o salir. Oigas lo que oigas, ni se te ocurra abrir esa puerta hasta que yo te lo diga o correrás la misma suerte que Magnus. Mi berserker no distingue amigo de enemigo cuando lleva tanto tiempo sediento.

—Sí, señor —tomó la espada con el rostro pálido y las manos tembolorosas, lanzó una mirada de lástima a Magnus, pues ya lo creía muerto, y salió de la celda.

La cerradura resonó y Magnus observó con creciente preocupación, cómo Marrok se remangaba en busca de una porción de piel donde cortar y despertar así, al berserker. Tragó con dificultad, buscando el valor para hablar sin tartamudear.

—Dicen que el berserker es incontrolable —su voz, en apenas un hilo, sonó débil—. Si tan sediento está, me matará en cuanto lo despiertes.

—He estado practicando —explicó, solo para asustarlo más—. Ahora estamos más en sintonía y sé que no te matará hasta que te haya arrancando una confesión. Puede que incluso te arranque algo más que eso y no seré yo quien se lo impida.

—Me estás engañando —lo acusó.

—¿Lo comprobamos? —acercó el cuchillo a su piel—. En el peor de los casos, yo tendré razón y mi berserker te hará sufrir lo indecible. Y si me equivoco, estarás muerto igualmente solo que será mucho más rápido. Sea como sea, hoy acabará tu vida si él se despierta.

Marrok apretó el filo contra su brazo en el mismo momento en que Magnus gritaba que se detuviese. El miedo había hecho su trabajo, como esperaba que ocurriese. El hombre empezó a hablar, ante la atenta mirada de Marrok, que intentaba discernir si decía la verdad o no. En poco más de una hora, obtuvo de él todo cuanto quería y lo abandonó en el calabozo sin decir palabra. Dougal se encargaría de Magnus más tarde, él había acabado ya.

—Hemos tenido suerte —le dijo a Dougal en cuanto se encontraron a solas—. Todavía no había informado de nada. Al parecer, Godred no se fía de los mensajes escritos, lo que es una

suerte para nosotros.

—Cierto —asintió, aliviado.

—Lo del incendio —continuó hablando— pretendía ser una distracción para escapar sin que nadie reparase en él, después de colarse en nuestra reunión y ver lo que teníamos planeado, pero algo salió mal mientras lo preparaba todo y ardió antes de tiempo.

—Entonces sabía que venías de regreso. ¿Cómo?

—Dice que él mismo había estado pendiente todos los días de mi llegada, pero es imposible que atendiese al establo y vigilase el camino al mismo tiempo. Debe tener al menos un cómplice.

—Esperemos dar con él cuando hable ante el pueblo —abrió los ojos, preocupado, al ocurrírsele una nueva posibilidad— ¿No creerás que se escapó? Podría estar informando ya a Godred de nuestros planes.

—Estoy seguro de que su cómplice sigue aquí —negó—. Si no fuese así, no tendría problema en delatarlo. De todas formas, apostarí a lo que fuese a que Magnus pensaba regresar después de informar. Para Godred es más útil en nuestras filas que en las suyas. Aunque no sé cómo pretendía justificar su ausencia, después del incendio.

—Eso ya no importa. Ahora es más imperioso dar con el cómplice, antes de que sepa que hemos capturado a Magnus, o querrá completar su misión.

—Lo haremos —le aseguró—. Pondré guardias vigilando cada salida día y noche. Nadie entrará o saldrá del castillo sin que lo sepamos. Y si es tan estúpido como para intentarlo, lo capturaremos.

—Siempre haces que todo suene muy fácil. Dudo que hubiese llegado hasta aquí sin tu apoyo, Marrok y tus consejos. Me falta experiencia.

—Yo apporto experiencia, pero tú aportas mucho más. Sabes cuándo hacerte cargo de la situación y cuándo delegar en otro más capaz, sin que ello te haga ver menos apto para gobernar. Valoras a quien te apoya y lo recompensas, no, porque quieras tenerlo feliz, sino porque realmente crees que lo merece. Cuando castigas, lo haces de forma justa, sin importar lo que los demás opinen. Dougal, tú lideras y eso no es algo que sepan hacer todos.

—Pues yo no lo hago tan bien, al parecer.

—No sacrifiques al rebaño entero por un par de ovejas descarriadas, Dougal. Ni el líder más justo y sabio se libra de aquellos que lo quieren ver caer. De hecho, cuanto mejor seas, más enemigos te ganarás. Tú eres lo que ellos desean, pero no pueden ser y eso es algo que no les gusta.

—¿Debería ser peor entonces?

—Seguirías teniendo enemigos igualmente —dejó salir una de sus típicas sonrisas ladeadas.

—Tú sí que sabes cómo animar a la gente, Marrok —se quejó, sin poder evitar sonreír también.

Se quedaron en silencio un momento, reflexionando sobre lo que habían estado hablando. Al final, Dougal se acercó a la ventana y observó cómo el amanecer daba paso a un nuevo día. El día en el que delataría a un nuevo traidor ante su gente, el mismo en el que esperaba poder capturar a otro más, si acaso había más. Y si todo salía como tenían previsto, este sería el día previo a su partida hacia una batalla que nadie creía poder ganar.

—Muertes, traiciones, guerras —dijo al fin, sin llegar a mirar a Marrok—. A veces tengo la sensación de que hemos nacido solo para hacernos daño los unos a los otros. ¿Realmente puede haber paz en este mundo, cuando la avaricia de los hombres no tiene fin? ¿O cuando su orgullo se interpone a su deber?

—Aunque no lo creas —respondió Marrok después de un pequeño silencio—, un solo hombre

puede marcar la diferencia.

—Si esperas que yo sea ese hombre —ahora sí lo miró— me temo que te llevarás una decepción.

—Ya eres ese hombre, Dougal —le aseguró con certeza absoluta.

PREPARATIVOS

Sorprendentemente, Magnus había dicho la verdad y no tenía cómplices. Se había valido de la inocencia de tres niños del pueblo para que lo avisasen cuando llegase Marrok. Ellos mismos lo confesaron, cuando Dougal descubrió la traición de Magnus ante todos, por temor a que los castigasen por ayudarlo. Magnus les había prometido una vuelta en caballo si le hacían el favor.

—Los niños no tienen malicia —les había dicho Dougal a los padres, cuando preguntaron qué les pasaría—. Son fácilmente manipulables. No fueron ellos los que hicieron el mal, así que nada malo les pasará. Podéis estar tranquilos por eso.

El alivio fue instantáneo y el respeto que le tenían a Dougal creció. Tal y como Marrok había dicho, él solo estaba marcando la diferencia. Estaba ganándose a su gente no con miedo, sino con la justicia y su buen hacer. Quizá aún hubiese algún partidario de Godred entre ellos, pero eso no duraría mucho, gracias a la lealtad que estaba despertando en el pueblo con sus acciones.

—Sin embargo —había añadido—, Magnus debe pagar por su traición. Esta vez no puedo dejarlo ir como ya ocurrió en el pasado. Ha causado demasiados daños, y lo peor de todo, ha sido responsable indirecto de la muerte de Cedric. De haber escapado, habría hecho que Godred nos masacrara en batalla. Y por ello, ha de ser castigado, pero no será hoy cuando decida su destino, pues tenemos asuntos más importantes que tratar. Hoy debemos prepararnos para la guerra. Hoy debemos salir a defender nuestro hogar y a nuestras familias. No permitiremos que nos amenacen. Hoy es un día para luchar y vencer.

Los gritos y vítores rugieron en el patio y Dougal se sintió orgulloso de su gente. Había sido duro llegar a ese punto, había tenido que derribar muchos muros y había sufrido muchas decepciones por el camino, pero también había obtenido grandes satisfacciones. Una de ellas, la más importante para él, era la lealtad de su gente. Toda su vida había querido demostrarle a su padre que se podía obtener fidelidad sin recurrir al miedo y las amenazas. Ahora, después de dos años luchando por ello, lo estaba consiguiendo. Sabía que habría obstáculos que salvar todavía, pero como le había dicho Marrok, eso era algo inevitable.

—Me encargaré de que todo esté listo para partir al amanecer —le aseguró su fiel amigo, cuando la gente empezó a dispersarse—. No es aconsejable esperar. Seguramente, Godred estará esperando el informe de Magnus y cuando vea que se retrasa, sabrá que lo hemos descubierto. Avanzará para atacarnos, antes de que lo hagamos nosotros.

—Si nos ataca —dedujo acertadamente—, no podremos dirigirlo a nuestra trampa.

—Exacto.

—Prepáralo todo, entonces. Al alba, saldremos.

Marrok había sido parte importante en el proceso y cada día daba gracias por haberlo conocido dos años atrás. Ya nunca pensaba en la deuda de vida que los había unido, puesto que para él no era un sirviente más o un protector, sino un amigo. Un hermano, en realidad. Más hermano que los que compartían con él sangre. Confiaba ciegamente en él, algo que jamás le había sucedido con su propia familia.

—Mi señor —Wilmer se acercó a él en cuanto se quedó solo—, necesito hablar con vos.

—¿Qué sucede?

—No soy un gran guerrero, mi señor —dijo— y no seré útil en la batalla como tal...

—Jamás te pediría que luchases, Wilmer —interrumpió su discurso—. Eres más valioso como curandero.

—Quiero acompañaros, mi señor. No será una batalla equilibrada y habrá muchos heridos. Quiero estar allí para ayudar a salvar tantas vidas como pueda.

—Será arriesgado —le advirtió—. Podrías perder tu vida, mientras intentas salvar la de otros.

—Me sentiría un cobarde si me quedase aquí.

—Nadie te llamaría cobarde.

—Yo lo haría.

—¿Qué pasa con los que se quedan atrás?

—Erienne se encargará de cuidarlos. Le vendrá bien el mantenerse ocupada durante un tiempo.

—La muerte de Cedric ha sido un duro golpe para los que lo conocíamos, pero mucho más para ella.

—Es una muchacha fuerte, seguirá adelante cuando se haya repuesto —luego añadió—. Entonces...

—Si estás seguro de querer ir con nosotros —después de pensarlo le concedió su deseo—, no te lo impediré.

—Gracias, mi señor. Hablaré con ella ahora mismo.

Erienne estaba con Bethòc en la cocina, organizando a las mujeres para preparar los víveres que el ejército se llevaría al día siguiente. Se había llevado a la niña para enseñarle, de forma práctica, cómo manejar un lugar con tantas bocas que alimentar. Intentaba que las lecciones que le daba fuesen útiles para su futuro en el convento, porque Bethòc seguía convencida de que su lugar estaba allí.

—Acompañaré a nuestro señor en la batalla —Wilmer habló con ella sin rodeos, una vez se alejaron de los demás—. Esta es la llave de mi botica. Usa todo lo que necesites, sin miedo. Ya repondremos a mi regreso lo que falte. No te preocupes por eso.

—Quería ir yo —dijo, decepcionada.

—¿Tú? —la miró de arriba a abajo.

—Soy tan buena curandera como tú —el desprecio en su voz la ofendió.

—Eres buena en eso, Erienne, no lo negaré. Y eres más fuerte que muchas de las mujeres que conozco, pero no puedes ir a la guerra.

—¿Por qué no?

—¿Acaso buscas que te rapten y te violen? Porque eso es lo que sucederá si vas.

—¿Tan poca fe tienes en nuestros hombres, Wilmer? —le preguntó—. Además, sé cuidar de mí misma. Lo he estado haciendo toda mi vida.

—No compares el día a día con una guerra, Erienne —bufó—. No tiene nada que ver.

—Y tú no compares el día a día de una mujer con el de un hombre. Tampoco tiene nada que ver.

—Voy a ir yo y no se hable más —atajó, cuando vio que no estaba dispuesta a recular como él esperaba que hiciese—. Dougal tiene la última palabra y él me eligió a mí.

Wilmer no era un mal hombre, pero como muchos, no solía apreciar el trabajo de las mujeres. Y aunque Erienne no podía evitar discutir con él cuando hacía comentarios despectivos de ese tipo, decidió que no merecía la pena discutir con él, pues esta vez, tenía razón en algo: Dougal tenía siempre la última palabra y sabía que no la pondría en peligro, habiendo otras opciones. Y en este caso, Wilmer era su opción. Sería más útil para su gente ayudando en lo que pudiese, que discutiendo con un hombre al que ya no podría hacer cambiar de opinión. Algunas batallas estaban

perdidas, incluso antes de empezarlas.

Pero lo que no permitiría era que Marrok se fuese a la guerra sin terminar su conversación con él. Tenía tantas preguntas que necesitaban respuesta, tantas dudas sobre lo que le había contado, tanto miedo a que, a pesar de que la amase, se alejase de ella solo porque creía que era lo correcto. No renunciaría a él aunque su vida dependiese de ello, pues sin él, nada tendría sentido. Había aprendido a tenerlo a su lado siempre, aunque solo fuese como amigo y consejero. Ahora que conocía la verdad sobre sus sentimientos, lo quería como compañero también. Compañero de vida, le gustaba el término. Quería ser eso y mucho más para él.

—¿Qué haces aquí, Erienne? —Marrok la encontró en la puerta de su alcoba en plena noche y la miró con censura—. Esto no está bien.

—Tenemos que hablar, Marrok —lo empujó al interior de la habitación y cerró la puerta tras ella.

—No puedes estar aquí —insistió él—. Tu reputación..

—Esto no es peor que el tiempo que compartimos a solas en la torre cuando probábamos la mezcla para tu berserker —lo interrumpió.

—Aquello era diferente —frunció el ceño—. Y era a una hora más decente.

—No nos quedan horas decentes para hablar.

—Ya te lo he contado todo. No tengo nada más que decir.

—Yo sí —puso las manos en sus caderas desafiándolo—. Y no me iré hasta que me hayas escuchado.

—De acuerdo, habla —cruzó los brazos en el pecho—. Te escucho, pero sé breve, porque me esperan días difíciles y quiero aprovechar a dormir en una buena cama al menos una última noche.

Por un momento, Erienne dudó. Quería hablar con él y aclarar la situación, pero se sentía una miserable por privarle de su última noche de descanso antes de la batalla. Tal vez debería haberlo pensado mejor, antes de acudir en plena noche para hablar con él.

—Erienne —la apremió al ver permanecía en silencio.

—Tú me amas —le soltó sin más. No era así como había planeado abordar el tema, pero las palabras salieron solas en cuanto abrió la boca.

Marrok la observó con ojos curiosos, sin moverse. La expresión en su rostro tampoco cambió y Erienne no supo cómo interpretarlo.

—¿No vas a decir nada? —le preguntó.

—Al parecer ya lo has dicho todo tú —le concedió.

—Me amas —probó de nuevo—, pero no me quieres en tu vida.

—Nunca he dicho eso —ahora notó una reacción en él y no parecía contento.

—Dices que no pondrás mi vida en peligro, que viene a ser lo mismo que alejarme.

—No...

—Tú me amas y yo te amo a ti —continuó sin dejarle contradecirla— ¿Crees que será fácil ignorar lo que sentimos cuando estemos juntos, ahora que ambos somos conscientes de ello? Desde luego que no. Será tan incómodo que acabaremos manteniendo cierta distancia para evitar...

—¿Me amas? —ahora fue Marrok quien la interrumpió.

—¿Por qué te sorprendes? Te lo dije en el lago el día que...

—No.

—Por supuesto que sí.

—Me besaste y te arrepentiste después.

—No es cierto. Tú me rechazaste.

—Yo te besé de nuevo.

—Y me rechazaste otra vez después. ¿Qué querías que hiciese? No, déjalo, no respondas — alzó la mano para detenerlo—. No he venido a discutir de lo que no se puede cambiar.

—¿A qué has venido, Erienne?

—A decirte que no fingiré que no te amo —cualquier duda, cualquier pregunta que tuviese cuando entró en aquel cuarto ya no existía. En cuanto vio a Marrok tuvo claro que no había ido para hablar con él, sino para conquistarlo. Aunque no sabía muy bien cómo hacerlo.

—No voy a permitir que...

—Tú no puedes decidir por mí. Le diré a todo el que quiera escucharme que te amo.

—Erienne.

—Y si crees que eso me pondrá en peligro —continuó hablando mientras retrocedía hacia la puerta a cada paso que Marrok daba hacia ella—, no tendrás más opción que estar a mi lado.

—Erienne.

—No tengo miedo de una amenaza que quizá nunca se cumpla, Marrok —su espalda chocó con la puerta—, pero tengo miedo a renunciar a lo que siento por ti y perderme para siempre a mí misma. Te guste o no, eres parte de mí, de lo que soy. Estaré incompleta si no te tengo.

—Erienne —el tono de amenaza había desaparecido ya y alargó la mano hasta tocar su mejilla. Ella cerró los ojos, maravillada con todo cuanto le hacía sentir con una simple caricia.

—Te amo, Marrok —susurró, antes de que sus labios fuesen sellados con los de él.

—Juegas sucio, Erienne —murmuró contra sus labios. Sin embargo, continuó besándola. Ya no se negaría el placer nunca más. Lo había desarmado con aquellas dos palabras.

La llevó con él hacia la cama, dispuesto a pasar a su lado el tiempo que le quedaba, antes de partir hacia la batalla. La sostendría entre sus brazos y cuando se fuese, soñaría con el momento de volver junto a ella y hacer lo mismo durante el resto de sus vidas. Ya no había vuelta atrás. Erienne lo amaba y él ya no podía luchar más contra sí mismo, contra lo que sentía. La amaba y la necesitaba, esa era la única verdad. Tal y como había dicho ella minutos antes: sin ella, estaba incompleto.

—Mi berserker te reconoce, Erienne —dijo, acariciando su rostro con auténtica adoración—. Te pertenezco y tú me perteneces a ti. Eres mi compañera de vida. Mi corazón, mi cuerpo y mi alma son tuyos ahora y para siempre. Cuando regresemos, Dios y el mundo serán testigos de nuestro amor. Te convertirás en mi mujer y te honraré hasta el fin de mis días. Te cuidaré y te protegeré con ayuda de mi berserker y pobre del que intente hacerte daño porque no verá nacer un nuevo día. Te amo, Erienne y lo haré por siempre, hasta mi último aliento.

RUMBO A LA GUERRA

Partieron al alba, en el más absoluto de los silencios y sin mucha ceremonia. Iban a la guerra, por primera vez como un mismo pueblo, a defender sus tierras y proteger a su gente, aunque eso no lo hacía más fácil o menos peligroso. Sin la ayuda de Somerled, sabían que sus posibilidades de vencer se habían reducido drásticamente. Aunque nadie hablaba de ello, sabían que no todos regresarían a sus hogares.

Marrok se despidió de Erienne como necesitaba, en el interior del castillo, donde solo Dougal y Bethòc fueron testigos. Dougal conocía la verdad sobre los sentimientos de su amigo y lo que supondría para él aceptarlos y mostrarlos al mundo. Marrok le había hablado del reclamo de su berserker y la importancia de mantener a Erienne a salvo. Le había pedido su ayuda para protegerla, sin que ella sospechase nada. Así que podía entender porqué no quería que nadie los viese ahora que tenían que marcharse.

—Te has decidido al fin —le dijo por el camino, cuando su hogar ya se había ocultado en el horizonte. Antes no se habían atrevido a romper el silencio.

—Fue ella quien decidió por mí —admitió—. No me dejó elección.

—¿Erienne? —sonrió—. No puedo decir que me extrañe eso. Es una muchacha diferente a todas las demás.

—Es única. Al menos para mí y para mi berserker.

—Se lo contaste todo —continuó adivinando.

—Me besó —trataba de ser impersonal al hablar, pero le resultaba del todo imposible. Su corazón latía con fuerza al recordar el momento—. Traté de explicarle porqué no podíamos estar juntos, pero rebatió cada una de mis razones. Y al final, anoche se presentó en mi alcoba dispuesta a obtener una promesa.

—Y la obtuvo —sentenció.

—Me dijo que me ama —asintió.

—¿Pasó la noche contigo? —quien estaba preguntando ahora era su señor, el que velaba por el bienestar de toda su gente, y no su amigo.

—Jamás la deshonraría así —entendió el trasfondo de la pregunta—. No pude dejarla ir, pero tampoco iba a tocarla sin pasar por el altar. Únicamente la sostuve entre mis brazos toda la noche. A nuestro regreso, la desposaré.

—Bien —sabía que su amigo era un hombre de honor, pero se sintió en la obligación de preguntar.

—Y tu boda para cuando —preguntó ahora Marrok.

—Yo me preocupo por Erienne y por ti, ¿y tú vienes a fastidiarme? —lo miró con disgusto—. No te creía tan insensible.

—Deberías pensártelo de nuevo —añadió—. Su ayuda nos vendría bien ahora mismo.

Muchdanach, señor de Moidart, se había presentado ante Dougal meses atrás para sugerirle una alianza, puesto que sus tierras colindaban y tenían enemigos comunes. Creía que la unión les beneficiaría a los dos pueblos, pero el trato incluía un matrimonio con su hija Elisabeth, algo para lo que Dougal no se sentía preparado todavía. Rehusó educadamente su oferta, por lo que su padre

lo había tachado de inmaduro e irresponsable, aunque Muchdanach había aceptado sin reservas su decisión y jurado mantener el trato durante un año, antes de buscar nuevos aliados en otra parte.

—Has encontrado a la mujer que hace latir tu corazón como de si una estampida de caballos se tratase —le confesó finalmente, asegurándose de que nadie los escuchaba—. Sé que con mis responsabilidades debo mirar el bien de mi pueblo y no el mío propio, pero no por ello me siento más preparado para renunciar tan pronto a encontrar el amor.

—Ni siquiera te has dado la oportunidad de conocer a Elisabeth —le recordó—. Puede que sea la mujer de tu vida y que estés renunciando a ella sin saberlo.

—Y puede que no sienta nada al verla.

—No lo sabrás, si te niegas a conocerla.

—Ahora ya es un poco tarde para eso —lo miró—. Si le pido ayuda a Muchdanach, tendré que desposar a su hija, sea o no la mujer de mi vida. No va a poner en peligro a sus hombres sin asegurarse la alianza antes con nosotros.

—Si tan seguro estás de que tendrás que renunciar al amor por el bien de tu pueblo tarde o temprano —le dijo después de unos segundos en silencio—, no creo que importe demasiado quién sea tu esposa, sino los beneficios que te aporte el matrimonio en cuestión. Y ahora mismo, casi medio millar de hombres serían una gran ayuda. Tal vez debas replanteártelo desde ese punto de vista. Y rápido, antes de que muchos de esos hombres a los que juraste proteger mueran en una guerra en la que estamos en clara desventaja.

—Tal vez —susurró pensativo.

—Todavía estaría a tiempo de alcanzarnos, si envías a alguien a buscarlo ahora mismo —añadió.

Dougal sabía que se había equivocado al rechazar el trato sin haber conocido a la joven en primer lugar, pero Muchdanach era un hombre energético y temió que si la invitaba a Morvern, se lo tomase como una aceptación. O como una ofensa, si después de verla, se negaba a desposarla. No era una situación fácil y había optado por la vía diplomática. En su mundo, cuando la vida de otros dependía de uno, no había cabida para el amor. Lo sabía y lo había vivido con sus padres, que apenas se soportaban, pero siempre había esperado tener más suerte y no acabar siendo como ellos. Había esperado encontrar al menos, un poco de afinidad con la que sería su esposa.

Ahora, con una guerra en ciernes en la que su padre se negaba a ayudarle, por no querer hacer las cosas a su manera, dudaba de haber actuado correctamente cuando Muchdanach lo visitó con la propuesta. No había tenido visión de futuro y ahora podía pagar las consecuencias con la vida de sus hombres. Salvo que, como le sugería Marrok, tomase cartas en el asunto en ese mismo instante y enviase a alguien a buscar a Muchdanach. Sin embargo, se sentía reacio a hacerlo porque toda su vida había tenido que renunciar a la esperanza. La esperanza de que su padre lo elogiase cuando lo hacía bien, que lo apoyase siempre en sus iniciativas, que se sintiese orgulloso de él por lo que hacía. La esperanza de que sus hermanos dejaran de pelearse entre sí, de que estuviesen unidos, que se protegiesen los unos a los otros. Si ahora renunciaba a la esperanza de encontrar el amor, sería como el punto final a toda una vida llena de pérdidas.

—David es el más rápido —le dijo a Marrok, después de pensar si jugar con la vida de sus hombres merecía la pena por aferrarse a una idea romántica de lo que querría que fuese su matrimonio.

Y mientras su amigo daba la orden, se prometió a sí mismo que aunque no encontrase el amor junto a la joven Elisabeth, no le haría daño en ningún sentido, como hacía su padre con su madre continuamente. La cuidaría, la protegería y la honraría como era el deber de un esposo. Trataría de hacerla feliz y por qué no, tal vez con el paso del tiempo lograsen tener una relación que se

asemejase a lo que había estado buscando.

—Nadie dijo que debas desposarla nada más regresar de la batalla —Marrok regresó y decidió animarlo al ver arrugas de preocupación surcando la frente de su amigo—. Dile a Muchdanach que os conceda algunos meses para conocerlos poco a poco antes de llegar al altar. Con la promesa de un matrimonio, no creo que se oponga a ello.

—¿De qué serviría posponerlo si he de hacerlo?

—Tal vez para no presentarte en el altar sin tener idea de cómo será tu esposa —sugirió—. O no compartir la noche de bodas con una completa desconocida.

—Me arriesgaré —sentenció finalmente—. Si decidiese conocerla y resultase que su carácter me desagrade, sería más difícil cumplir mi promesa.

—Mejor descubrirlo cuando no puedas evitarlo —dijo Marrok. Había diversión en su voz.

—Ríete de mi desgracia, amigo —no pudo controlar la sonrisa que pugnaba por salir—. Tú, que lo tienes fácil porque ya amas a tu futura esposa.

—Fácil para desposarla —admitió—, pero no tanto para protegerla de mí mismo.

—De los demás, Marrok —le recordó—. Protegerla de los demás, nunca de ti mismo. Tú no tienes la culpa de ser quien eres, ni de que ella signifique tanto para tu berserker.

—Pero debí haberme resistido.

—Contra el amor no se puede luchar. Además, nadie sabe la verdad acerca del vínculo de Erienne con tu berserker. Mientras lo mantengamos en secreto, ella estará a salvo.

—Los secretos no lo son durante mucho tiempo.

—Lidiaremos con ello cuando se dé el caso. No estáis solos.

—Tampoco tú lo estarás nunca —le prometió, como lo había hecho tantas otras veces.

—Muy pronto esa frase cobrará más sentido —añadió, al pensar en lo que estaba a punto de aceptar, solo para proteger a su gente.

—Tal vez la suerte esté de tu parte y Elisabeth sea una gran mujer. El amor no siempre surge a primera vista —le dijo—. A veces necesita un poco de tiempo.

—Tal vez —repitió, deseando que Marrok tuviese razón en eso.

Apenas comenzaba a anochecer cuando llegaron a su destino. Tenían un par de días por delante, o incluso alguno más, para preparar la emboscada, si Godred no apuraba a sus tropas cuando no tuviese noticias de Magnus. Y mientras se organizaban para poner en marcha el plan de Marrok, esperaban la llegada de su futuro aliado. Con suerte, arribaría a tiempo para unirse a sus tropas, antes de que Godred hiciese su aparición.

Dougal no podía negar que estaba nervioso porque mucho dependía del resultado de aquella batalla. No solo la vida de sus hombres y la conservación de sus tierras, sino también su propio futuro. Si sobrevivían, habría ganado un aliado de por vida, pero también una esposa. Y no se sentía más preparado para eso, que unos meses atrás, cuando se negó a aceptar el trato. Pero cuando el deber llama a la puerta, no se puede cerrar con llave.

—El campamento está montado -el recordatorio de su amigo, lo regresó al presente—. Ha llegado la hora de dar instrucciones.

Sería Marrok quien les explicase el plan, pero Dougal estaría a su lado para apoyarlo e incluso ayudarlo si fuese necesario. Lo habían repasado una y otra vez, en privado, hasta que ya no hubo lagunas ni cabos sueltos que acabasen suponiendo un punto débil en su ataque. No tenían fuerza suficiente para combatir cuerpo a cuerpo con el ejército de Godred, así que no podían permitirse que escapase de la emboscada.

Durante las siguientes horas explicaron los pasos que debían seguir, contestaron las preguntas que fueron surgiendo, moderaron pequeñas disputas, cuando no todos estaban de acuerdo e

impartieron las órdenes como si de uno solo se tratase. La compenetración entre ellos era cada vez más evidente y se traducía en un claro respeto hacia ambos, por parte de sus hombres. Algo que Dougal siempre había buscado.

Desde el despertar del berserker, el día de su llegada a Morvern, la gente había recelado de Marrok. Si los hombres lo obedecían, no era por respeto, sino por el miedo a que su bestia interior tomase el control y acabase con todos ellos. Por eso mismo Dougal había ido delegando algunas de sus responsabilidades en él sin darle mayor importancia, pero esperando que su gente conociese la verdadera naturaleza de Marrok, no la del berserker que lo habitaba. Sin embargo, no había logrado ningún avance antes de que Erienne le proporcionase el medio para controlar a la bestia. En el momento en que vieron que era seguro estar a su lado, todo mejoró a pasos agigantados. Ahora habían extendido a Marrok, la lealtad que le profesaban a Dougal, y lo habían aceptado como su mano derecha sin reservas.

—Al amanecer —sentenció Dougal cuando nadie tuvo más dudas—, lo prepararemos todo. Ya sabéis lo que debéis hacer.

—Haremos guardias de tres horas —continuó Marrok—. Todos necesitamos dormir bien, porque nos esperan días duros. Trabajaremos por turnos, comeremos por turnos, vigilaremos por turnos y dormiremos por turnos. Que nadie se haga el valiente, porque esos son los primeros en caer en la batalla y no podemos permitirnos perder ni un solo hombre.

—Somos pocos —añadió Dougal—, pero somos fuertes. Si nos mantenemos firmes y trabajamos como una unidad, podremos lograrlo. Un único eslabón débil es capaz de quebrar la cadena más resistente, así que no se lo proporcionemos. Busquemos mejor el suyo y usémoslo en nuestro beneficio.

—Si permanecemos unidos, venceremos —los animó Marrok.

—Por nuestro pueblo —añadió Dougal—, por nuestras tierras, venceremos.

Los gritos eufóricos de los soldados inundaron todo el campamento, pero a una orden de Marrok, se hizo el silencio y cada hombre ocupó el puesto que se le había asignado. Se aproximaba una batalla y nadie quería ser el eslabón débil que los llevase al fracaso.

DESCUBIERTA

—Erienne.

Su nombre dicho a voces, la alertó. Se encontraba en las cocinas, supervisando la comida y salió fuera, en busca de quien la llamaba, preocupada. Dougal había querido que se ocupase de la mayoría de los asuntos del castillo en su ausencia, y así lo había hecho saber a todos, antes de irse.

—Erienne -el sofoco de Ranald le indicó que había ido corriendo a verla—. Al fin te encuentro.

—¿Qué ocurre?

—Magnus está enfermo —le explicó—. No ha parado de vomitar desde hace unas cuantas horas y tiene muy mal aspecto.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? —preguntó yendo con él a los calabozos—. Lo hemos estado alimentando bien y su celda está limpia. Porque está limpia, ¿verdad?

—Lo está —no sonó tan convencido como debería ser y Erienne lo miró con reproche. Sabía que no le tenían una gran estima ahora, pero ese no era motivo para descuidar su salud, hasta que llegase Dougal.

—Aunque Magnus es nuestro prisionero —le recordó—, se merece pasar su cautiverio en un lugar limpio y decente, Ranald.

—Nos traicionó —protestó.

—Su traición no debe ser motivo para arrebatarle la dignidad. Dougal será quien se encargue de castigar sus faltas, no vosotros.

Cuando entró en el cubículo, el fuerte olor a vómito y a heces invadió sus fosas nasales. Arrugó la nariz, intentando evitar las náuseas y regresó su mirada acusadora hacia Ranald.

—En realidad... lleva dos días vomitando —le confesó, avergonzado, bajo su intensa mirada.

—Y me avisas ahora —lo reprendió, con censura en la voz. Se acercó a Magnus y estudió su estado antes de decidir qué hacer con él—. Tenemos que llevarlo a un lugar más salubre.

—No puede salir de la celda —protestó Ranald.

—Si hubieses hecho bien tu trabajo —lo acusó—, ahora no tendríamos que sacarlo de aquí. Trae a un par de hombres que te ayuden a trasladarlo a una de las alcobas vacías de la torre.

—Podría intentar escapar.

—En el estado en que se encuentra, dudo que tenga las fuerzas suficientes ni para levantarse de la cama, pero si quieres, pon guardias en la puerta.

—No puedo prescindir de nadie —protestó de nuevo—. Somos muy pocos ahora.

—Con uno será suficiente.

—No creo que sea buena idea.

—O lo llevas tú o lo hago yo —lo enfrentó—. No pienso permitir que este hombre muera mientras esté a mi cargo. Si debo quedarme junto a la puerta hasta que se recupere y pueda regresar al calabozo, lo haré. Y limpia esta pocilga en cuanto nos hayamos ido o te haré dormir a ti aquí.

Ranald bajó la cabeza, acobardado por la bravura de Erienne. Aunque solo tenía 16 años,

había algo en su actitud desafiante y segura, que difícilmente se podía ignorar. Por algo su señor le había confiado a ella el cuidado de su pueblo en su ausencia. Y por si eso no fuese suficiente, los rumores de que Marrok la había acogido bajo su manto de protección era otro motivo más que suficiente para temer llevarle la contraria.

Obedeció, en silencio y con premura, sus órdenes y, cuando Magnus estuvo instalado en la estancia de la torre, asignó turnos a sus hombres para vigilar noche y día la puerta. A pesar de verlo en tan mal estado, Ranald no se fiaba de él. Magnus siempre había sido un hombre astuto, razón por la que no había avisado a Erienne hasta pasados dos días. No tenía intención alguna de infravalorarlo, ni ahora ni en el futuro.

Erienne no salió del cuarto en lo que restó de día, ni lo hizo durante la mayor parte de la noche, hasta que se aseguró de que Magnus sobreviviría. Se tomaba el trabajo de curandera muy en serio y más cuando su señor no estaba allí. Confiaba en ella para que todo estuviese bien a su regreso y así sería, en la medida de lo posible.

—Ahora solo necesitas reposo —le dijo a Magnus, aún cuando este estaba dormido y no podía escucharla—. Regresaré por la mañana para comprobar que todo sigue bien. En un par de días estarás como nuevo, ya verás.

Recogió todas sus cosas y abandonó la torre después de saludar al hombre que hacía guardia en la puerta. Estaba agotada y necesitaba dormir unas horas para recuperar energías, pero antes de eso, debía eliminar la peste de su cuerpo y sus ropajes, así que se dirigió al lago para un baño rápido a la luz de la luna. Dejó vagar libremente sus pensamientos, nadando en las cristalinas aguas, hasta que su mente decidió repasar una vez más la conversación que había mantenido, no hacía tanto, con Marrok justo en ese mismo lugar. Aquella confesión tan extraña que le había hecho, y a pesar de todo, tan perfecta. Le había advertido del peligro que suponía amarlo y aun así, no podía dejar de hacerlo. Si el precio a pagar por estar con él era arriesgar su vida, lo haría, porque la otra opción no le gustaba. Una vida sin él no era vida.

Parecía que aquello hubiese ocurrido años atrás, de lo lejos que se sentía de él, sin saber si estaba bien, si dormía o miraba las estrellas como estaba haciendo ella, si pensaba en ella y la extrañaba tanto como ella a él.

—Mi corazón dice que sí —se respondió en un susurro, cerrando los ojos y dejándose mecer por el agua.

Una hora más tarde, cuando regresaba al castillo, su mirada se desvió hacia la torre donde habían llevado a Magnus, esperando encontrar oscuridad absoluta, pero descubrió que la luz estaba encendida. Incluso creyó distinguir una figura de pie junto a la ventana, observándola fijamente. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se ajustó el manto sobre el cuerpo, aunque sabía que no tenía nada que ver con el frío nocturno. Cuando volvió la vista hacia la ventana, la luz estaba apagada, sin embargo, la sensación de malestar no desapareció. Sabía que no se lo había imaginado y, una vez en la seguridad de su alcoba, se lamentó de no haber ido a comprobarlo. Quizá la sensación se la había inventado, pero había alguien allí, de pie, y con los hombres de Dougal queriendo ajusticiar al traidor por su cuenta, no debía correr riesgos.

A la mañana siguiente, después de cumplir con todas sus obligaciones, se acercó a la torre para llevar una sopa caliente a Magnus. Probablemente no pudiese retenerla en su estómago por mucho tiempo, pero le obligaría a tomársela igualmente. Por muy poca que aguantase dentro, sería bueno para él. O al menos, eso esperaba. Lo estaba tratando a ciegas, porque el hombre no había abierto la boca, salvo para echar lo que su estómago ya no contenía, y no había podido averiguar qué había provocado aquella reacción en su cuerpo. Esa mañana esperaba tener más suerte.

—Buenos días —saludó al nuevo guarda en la puerta.

—Buenos días, Erienne. Creo que todavía duerme.

—Gracias —sonrió hacia él, antes de entrar.

La luz de la mañana iluminaba el cuarto y distinguió sin problemas, la figura de Magnus bajo las sábanas, inmóvil. Se acercó en silencio y colocó la sopa en la pequeña mesa que habían colocado junto a la cama, para comprobar, primero, si había traído lo necesario en su bolsa de medicinas.

—Erienne, Erienne —escuchó tras ella, en un susurro—. La niña que juega a ser adulta.

—¿A qué viene eso? —miró a Magnus.

—Impartes órdenes a todos, esperando que cumplan, creyendo que es a ti a quien obedecen, pero no ves que es por Dougal o por el miedo que Marrok inspira en los demás.

—Soy totalmente consciente de que me obedecen por orden de Dougal —dijo con calma—. Y yo no pedí que me dejaran al cargo, pero haré lo que sea necesario para que todo esté bien, hasta el regreso de nuestro señor.

—Si regresa.

—Y a ti te gustaría que no lo hiciese —lo acusó—. Hasta te convendría. ¿Pero de verdad crees que te librarás del castigo si no volviese? Porque Somerled se haría cargo de estas tierras tras la muerte de su hijo y él no será tan benévolo contigo. Él sí es un hombre cruel, deberías tenerlo en cuenta.

—No me asusta Dougal. Ni Somerled, para el caso. No podrán hacerme nada porque cuando cualquiera de ellos venga, si es que lo hacen, ya estaré muy lejos de aquí.

—¿Estás pensando en escapar? —preguntó, incrédula—. No será tan fácil. Apenas te mantienes en pie y hay guardias apostados en la puerta día y noche.

—Estoy cansado —le dijo de repente, cerrando los ojos para cortar cualquier conversación entre ellos.

—Necesito que te tomes la medicina —intentó colocar un par de almohadones bajo su cabeza para que se incorporase, pero Magnus la detuvo, sujetándole las manos con firmeza. Para estar convaleciente tras dos días vomitando, tenía bastante fuerza.

—Te he dicho que estoy cansado —la miró a los ojos, desafiante—. Yo no soy como ellos y no tengo por qué cumplir tus caprichos.

—Esto no es un capricho, Magnus, es por tu bien.

—Dormir es lo único que necesito. Y ahora lárgate —la soltó de mala manera y cerró los ojos de nuevo.

Erienne caminó hacia la puerta, sin comprender bien lo que había sucedido, pero empezando a sospechar que no estaba enfermo como les había hecho creer y que aquello no era más que parte de algún plan para escapar. ¿Por qué sino le diría que no iba a estar por allí cuando regresasen de la batalla? Sin embargo, si su intención era escapar, ¿por qué se lo había dicho? ¿Acaso pensaba que no se lo impediría? ¿O lo había hecho como un desafío a la niña que se creía adulta, tal y como la había llamado? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

—Erienne —la llamó, cuando ya se disponía a salir.

—¿Algo más que añadir?

—Tú me ayudarás a escapar.

—¿Qué? —lo miró, sorprendida.

—Lo que oyes —no se había movido y sus ojos seguían cerrados, pero había cierta seguridad en su voz que la hizo vacilar.

—¿Me obligarás?

—No será necesario —ahora la miró y en sus ojos vio a un hombre totalmente sano—. Sé tu

secreto, Erienne.

—¿De qué estás hablando? —frunció el ceño, confusa.

—Le hice creer a Marrok que no os había escuchado en el lago —añadió—, pero lo oí todo.

La mente de Erienne trabajó a marchas forzadas para recordar, pero supo al momento, a qué se refería. No podía ser otra cosa más que lo que significaba para el berserker. Hablaba del miedo de Marrok a que fuese usada en su contra.

—¿De qué te sirve saberlo? —intentó hacerle ver que no era tan importante como creía—. No soy yo quien lleva a la bestia dentro. No soy útil para ti.

—Mientras ese animal viva dentro de tu hombre —el desprecio en su voz al hablar de Marrok era evidente —, tú serás su debilidad. Y la forma de controlarlo.

—Él no está aquí —le dijo, para hacerle ver que seguía sin tener nada— ¿Cómo pretendes usarme?

—Si no me sacas de aquí —le dijo él—, te mataré.

—Mátame —se cruzó de brazos.

—¿De verdad? ¿Serías capaz de condenar a Marrok a ser poseído por completo por el berserker? ¿A vagar como alma en pena por el resto de sus días, matando a todo el que se cruce en su camino? ¿Y en qué te convertiría eso exactamente? —continuó, mientras se acercaba a ella. Ya no había rastro de debilidad en él y Erienne supo que había sido un engaño para poder salir de la celda—. En una curandera que permite que una bestia sin corazón asesine a inocentes. Curioso, ¿no crees?

—En cuanto salgamos de aquí, te atraparán —intentó llevarlo por otro camino para que desistiese.

—Tú me ayudarás con eso —le repitió, tomando en sus dedos un mechón de su cabello y dejando después que se escurriese hasta volver a su lugar.

—Si les digo que te dejen marchar, no me obedecerán —lo previno.

—Claro que no. Pero puedes decirles que me lleven al calabozo.

—¿Para qué querrías volver? Allí...

—En realidad, nunca llegaremos a él —la interrumpió—. Vas a permanecer a mi lado mientras me trasladan y me dejarás usarte como escudo para salir de aquí.

—No funcionará. No te lo permitirán.

—Claro que lo harán —sonrió, arrebatándole el cuchillo que llevaba sujeto al cinturón—. Si te amenazo con esto, harán todo lo que yo les diga.

—¿Y después qué? ¿Crees que no te perseguirán?

—Serás mi salvoconducto para llegar hasta las tierras de mi señor sin que me siga nadie —sentenció.

—No voy a ir contigo.

—No tendrás otra opción —la amenazó, colocando el cuchillo en su cuello—. Si quieres vivir y que Marrok no se convierta en una bestia para siempre, vendrás conmigo. Todos aquellos a los que conoces y quieres morirán a manos del berserker si tú mueres.

—Marrok podrá controlarlo.

—¿Con ese olor tuyo que lleva al cuello? —rió—. Por lo que dijo en el lago, ni siquiera eso podrá amansar a la bestia si mueres. No tientes a la suerte, Erienne.

Aunque odiase lo que le decía Magnus, tenía razón. Marrok había ocultado lo que sentía por ella durante años, precisamente por ese motivo. De no haber sido tan grave, no lo habría hecho. No podía permitir que sufriese por ella, ni que el berserker se apoderase de él para siempre. Viviría, por él.

—De acuerdo —cedió finalmente—. Te ayudaré a huir, con la condición de que me liberes en cuanto...

—Tú no pones las condiciones —la interrumpió una vez más—. Vendrás conmigo y ya veremos luego lo que pasa. Depende de lo bien que te portes conmigo en el camino...

Aborreció cada palabra, pero guardó silencio. No le llevaría la contraria ni lo provocaría por el momento, así la corroyese por dentro el no decir nada. Viajaría con él hasta las tierras de Godred si era lo que debía hacer para mantenerse con vida. Porque viviría. Por Marrok. Y hallaría el modo de regresar junto a él.

FUEGO, SANGRE Y ACERO

La mañana se levantó fría y una densa niebla cubría todo a su alrededor. Era como si el tiempo supiese lo que estaba a punto de ocurrir en aquel río y el día decidiese amanecer en consonancia. Sin embargo, la niebla no era la mejor condición para poner su plan en marcha. Tal vez les ayudase a no ser vistos hasta que fuese demasiado tarde para evitarlos, pero ellos tampoco serían capaces de distinguir nada, y eso les dificultaría la acción. Si los barcos cruzaban la línea sin que los viesan, ya no podrían dividir sus fuerzas y estarían en graves aprietos. Para ellos era imposible enfrentarlos a todos de una vez.

Marrok se movió entre las sombras, en el acantilado, buscando alguna señal de sus enemigos. Un sonido en el agua, un murmullo sofocado, una alteración en el manto blanco que tenía ante él. Tras muchos años conviviendo con su berserker, sus sentidos se habían agudizado y era capaz de distinguir el más mínimo detalle si se concentraba. Por eso les había pedido al resto que se mantuviesen al margen, esperando su señal, para no confundirlo. No podían fallar al inicio del plan o todo se iría al traste. Si los barcos llegaban juntos, sería su fin.

Cerró los ojos y dejó que sus oídos viesan por él. Ni siquiera corría brisa aquella mañana, que le ayudase trayendo algún sonido. Tampoco se oía el murmullo de las hojas ni el canto de los pájaros. Al parecer, no había rastro de animales por los alrededores, como si intuyesen que algo malo iba a pasar y prefiriesen esconderse. Todo era absoluto silencio. Sin embargo, Marrok sintió un escalofrío y su berserker se removió en su interior de repente. Nada tenía que ver con la batalla que se avecinaba, pero tampoco supo decir por qué había pasado ni logró olvidar el malestar que le produjo. Simplemente lo relegó a una parte de su mente donde no le impidiese concentrarse en lo que tenía que hacer. Demasiadas vidas estaban en juego ese día y dependían de que él hiciese bien su trabajo justo en ese momento.

Y mientras él estudiaba el terreno, Dougal repasaba el plan con sus aliados, para asegurarse de que todo el mundo sabía lo que tenía que hacer. El tiempo se les había echado encima y no habían podido poner al corriente a los hombres de Muchdanach, salvo en lo imprescindible.

Aquellos no eran hombres de mar, como Marrok, o como lo había sido siempre su padre. La ofensiva en el agua sería difícil con hombres inexpertos. Dougal sabía que sin la ayuda de su padre, les resultaría muy complicado ganar incluso si dividían a las fuerzas de Godred, pero jamás lo admitiría en voz alta, pues no estaba en su naturaleza rendirse sin haber intentado triunfar antes.

—¿Estáis seguro de que vuestro padre no vendrá? —le preguntó Muchdanach, oteando el horizonte, como si pudiese materializar a Somerled y a sus hombres.

—Con mi padre nunca se puede estar seguro de nada —negó—. Es un hombre impredecible.

—Por eso es invencible —recalcó Muchdanach—. No se puede atajar ni planear en contra de un hombre que no sabes qué hará ni por dónde llegará. Puede que solo intente daros una lección de humildad y por eso os haya dejado solo hasta el momento, pero...

—Yo lo rechacé —lo interrumpió. No quería discutir por su padre en ese momento, pero jamás permitiría que creyesen que lo gobernaba incluso en la distancia—. No apruebo sus métodos y esta es mi guerra. Si mi padre quiere participar en ella, será bajo mis órdenes y con mis

condiciones.

—¿Sabéis que podríamos perder la guerra sin él?

—Perderemos una batalla —recalcó—, no así la guerra. Mientras uno solo de mis hombres se mantenga en pie, la lucha continuará. No buscamos conquistar a otros, sino defender lo que es nuestro y eso nos dará la fuerza y el empeño que necesitamos para vencer. Tal vez no hoy, ni mañana, pero lo haremos algún día y estaremos orgullosos de haberlo logrado, incluso si todo estaba en nuestra contra.

—Eso es lo que me gusta de vos, Dougal —lo miró con orgullo—. Lo que ansiaba encontrar en el hombre que desposase a mi hija. Sé que la protegeréis, incluso con vuestra vida, si es necesario y un padre no puede pedir más en los tiempos que corren, para su única hija. Las lealtades se corrompen cuando hay poder de por medio. Vos sois un hombre de palabra y por eso sé que jamás traicionarías nuestra alianza.

—Espero merecer la confianza que depositáis en mí —y encontrar un mínimo de afinidad con su hija, pensó. Conocía sus obligaciones, ahora que había aceptado su ayuda, y cumpliría. Se casaría con Elisabeth, fuese o no de su agrado, y sería un buen esposo para ella, por más que le hubiese gustado poder elegir.

—La merecéis, Dougal —le aseguró—. Por eso lucharé a vuestro lado cada batalla que nos depare el futuro. Y con Godred cerca, me temo que serán muchas.

—Hasta que comprenda que estas tierras han dejado de ser suyas hace tiempo.

Un silbido resonó a lo lejos, interrumpiendo su charla y Dougal dio la señal para avanzar: el momento había llegado. En unos minutos, la contienda empezaría y se medirían con un ejército el doble de fuerte y más preparado. Sin embargo, no hubo vacilación pues los guiaba la determinación del que defiende, no del que conquista. El amor por su tierra, por su gente, por su libertad... y esos eran, sin duda, motivos poderosos para blandir una espada o lanzar una flecha. Muchos recularían al ver la bravura de aquellos hombres.

La niebla seguía sin querer abandonarlos; por suerte para ellos los caballos tenían un excelente sentido de la orientación y también un sexto sentido para evitar el peligro. Pudieron situarse en posición sin ser vistos y sin ningún percance. Marrok esperaba a Dougal en el acantilado y, sin mirarlo, dejó que se colocase a su lado antes de hablar.

—No falta mucho —le dijo—. Que se mantengan alerta.

—No verán a dónde apuntan —constató Dougal.

—Eso no será necesario, si se han situado donde yo les indiqué. Solo han de disparar al frente y hacia arriba. Las flechas irán solas después.

Dougal corrió la voz entre sus hombres y les advirtió que estuviesen atentos a la señal. Si disparaban tal y como les había indicado Marrok, todo iría bien. O al menos, eso era lo que esperaban.

A pesar de la tensión de la espera, una vez llegado el momento, el cielo se iluminó con docenas de flechas ardientes que viajaron en un amplio arco y llegaron a las trampas colocadas, estratégicamente, en el agua. La niebla comenzó a ser menos densa, tal vez debido al fuego, tal vez porque había cumplido su misión de ayudarlos, y pudieron ver cómo los barcos enemigos se iban separando los unos de los otros para evitar el fuego.

—Vamos —Marrok gritó a pleno pulmón para que lo oyesen todos—. Ahora. Antes de que se reagrupen. A vuestros puestos.

Tal y como había acordado, se dividieron en grupos y asaltaron los barcos que más se habían acercado a la costa. La segunda parte del plan consistía en hundir a tantos como pudiesen, antes de que regresasen a la formación. Marrok se mantuvo cerca de Dougal, no solo fiel a su juramento,

sino por la amistad que los unía ahora. Luchaban codo con codo, protegiéndose el uno al otro, avanzando hacia las bodegas de uno de los barcos, abriendo camino a quien cargaba con el fuego. Debían ser rápidos, así que la única opción era incendiarlos.

El berserker había surgido en cuanto el olor a sangre impregnó sus fosas nasales, pero por primera vez en su vida, Marrok era consciente de todo cuanto hacía. Puede que no lo pudiese controlar por completo, ya que era más fuerte que él, pero ahora era capaz de distinguir enemigos de amigos. Creyó que tal vez se debiese a que había estado oliendo el remedio que Erienne fabricó para él, antes de la batalla, pero a medida que aquel olor metálico solapaba a cualquier otro, el berserker acuciaba su necesidad de sangre y obtenía más control. Aun así, no lograba apoderarse completamente de su cuerpo.

Vio llegar al siguiente oponente mucho antes de que los alcanzase, blandiendo una espada larga y pesada, que trató de ensartar en su cabeza. Frenó sin mucha dificultad, la trayectoria, cruzando las suyas sobre sí mismo y lo envió unos cuantos pasos hacia atrás con el impulso que dio a sus propias armas. Sin embargo, el enemigo se repuso rápido y volvió a la carga, esta vez intentando clavar la espada en su pecho. Pero el berserker rugió y blandió sus propias espadas contra él, ambas en diagonal, formando una equis sobre su cuerpo. Luego le dio una patada en el pecho y aquel hombre cayó al suelo, despedazado.

—Marrok— desde la seminconsciencia, oyó el grito de Dougal, y lo miró—. Debemos bajar ya del barco. Está ardiendo.

En ocasiones, su sed de sangre nublaban sus sentidos, y no vio el fuego hasta que Dougal se lo indicó. Miró a su alrededor, buscando el modo de huir y señaló al frente, para que su amigo y el resto de hombres que permanecían en el barco, lo siguiesen. Corrieron por la cubierta y saltaron por la borda hasta un navío que se había acercado para defender a sus compañeros. Algunos cayeron al agua, donde se encontraron con enemigos que trataban de llegar a tierra firme, pero la mayoría alcanzó su objetivo y la contienda siguió en aquel barco. No tenían fuego para incendiarlo, ni podrían vencerlos a todos, pero eso no los desanimó. Luchaban por algo más grande que aquella victoria.

Dougal limpió la sangre de su rostro con el antebrazo tras abatir a un nuevo enemigo y miró a su alrededor solo para comprobar que los hombres de Godred se ya estaban reagrupando y no habían podido quemar tantos barcos como había esperado. Muchos ardían en algún punto, pero todavía se sostenían en el agua sin problemas, lo que los hacía igual de peligrosos. Y aunque las flechas incendiarias volaban todavía por el cielo, eran insuficientes para hundir toda la flota. Estaban perdiendo aquella batalla.

—A tierra firme— gritó, viendo que corrían más peligro sobre cubierta que entre los árboles—. Todos a tierra firme. Retirada.

La voz se corrió y sus hombres y aliados comenzaron a saltar de los barcos para nadar a la orilla. Aquellos que se habían quedado en tierra, lanzaban flechas incansablemente para proteger su retirada. Algunos cayeron en la retirada, víctimas de flechas enemigas, y Dougal lamentó su pérdida. Una pérdida inútil, por culpa de la ambición de los hombres.

—¿Vas bien?— gritó en medio del caos a Marrok, que se concentraba en mantenerse a flote.

Le había enseñado a nadar poco después de llegar a Morvern. Para él, era crucial que supiese, pues vivían rodeados de agua. Se había burlado de él cuando le dijo que provenía de un pueblo marinero y no había aprendido a nadar, pero más se sorprendió cuando le confesó que la mayoría de su gente no sabía; que eran tan buenos en lo que hacían, que pocas veces debían abandonar sus barcos para buscar refugio en tierra firme.

—Bien -rugió, siendo ya prácticamente él.

El agua había barrido la sangre de su cuerpo y el olor no era tan fuerte. Una rápida aspiración al remedio de Erienne le había ayudado a regresar, aunque no le duraría demasiado porque su berserker volvería una vez en tierra firme, cuando la batalla continuase.

—Hoy ha sido diferente —le comentó Dougal mientras nadaban—. Te he visto más controlado.

—Hoy hemos estado luchado los dos —admitió—. Pero no sé porqué.

—Deberías intentar averiguar si has hecho algo fuera de lo habitual. Tal vez ahí esté la clave.

—Lo analizaré cuando esto termine —le prometió.

—Si es que termina bien para nosotros —se quejó, al ver a sus hombres llegar a la costa para reagruparse.

—Terminará bien —respondió con contundencia—. No dejes que el desánimo gobierne tus actos, Dougal, o perderás incluso antes de empezar. No te rindas sin haberlo intentado.

—No lo hago —ascendió por la orilla—, pero soy realista y no estamos en una situación ventajosa.

—Ser realista y ser un perdedor, en ocasiones, resulta lo mismo. No debes buscar tu muerte, pero tampoco puedes hacer las cosas sin arriesgarte. Si no vas por todas, te quedarás en el camino y perderás mucho más que las tierras que defiendes.

—Yo solo espero que esto mejore, Marrok, porque no está fácil para nosotros —señaló tras ellos—. Mira.

Marrok se volvió hacia el agua y comprobó que los barcos se estaban reorganizando. Pronto empezarían un ataque coordinado que minaría rápidamente sus fuerzas. Sabía que Dougal tenía razón y que no iba a ser fácil vencer, pero se negaba a rendirse, aunque todo apuntase al fracaso.

—Ganar o morir —dijo antes de gritarlo para que todos lo escuchasen.

—Ganar o morir —corearon los demás—. Ganar o morir.

LOCURA

El fuego estaba siendo el protagonista nuevamente, pues la única forma de impedir que la flota enemiga avanzase hacia tierra firme, donde los superarían en número, era mantenerla a raya en el mar. Incendiar los barcos era su única posibilidad, aunque veían que todos sus esfuerzos eran insuficientes. El enemigo se acercaba inexorablemente y el enfrentamiento cara a cara no tardaría mucho en llegar. Aunque trataban de ser optimistas, la realidad estaba resultando ser demasiado contundente. Si desembarcaban, estarían acabados.

El humo, que a esas alturas resultaba tóxico, impedía ver, pero se podían escuchar los gritos por doquier y las toses de los hombres al respirar el insano aire. El día estaba avanzado, pero el sol se escondía tras las nocivas nubes negras, reacio a dejar que sus rayos bañasen una tierra teñida de hollín y sangre.

—Más flechas aquí —gritó Dougal al ver que algunos de sus enemigos trataban de llegar a ellos por el flanco más débil—. Rápido.

—Traed la catapulta —gritó Marrok a su lado, casi al mismo tiempo.

—La necesitan donde está —le recordó Dougal.

—Sin ella no lo lograremos —señaló hacia la docena de barcos que se aproximaba—. O los derribamos ya o se habrá acabado la lucha.

—Maldita sea —murmuró por lo bajo, consciente de la verdad en las palabras de Marrok. Repitió la orden a los que todavía no la habían escuchado y corrió en busca de la catapulta, seguido de varios hombres. La única posibilidad de continuar batallando, era usarla, pero aun así, nada les garantizaba la victoria.

Moverla no fue fácil. Su peso, unido a lo irregular del terreno, les dificultó la tarea y cuando comenzaron a lanzar bolas incendiarias, algunos barcos ya estaban atracando. A ellos dirigieron sus primeros ataques y, por suerte, lograron hundirlos.

—Seguidme —gritó Marrok, dispuesto a acabar con los pocos hombres que habían llegado a tierra.

Incluso en medio del infierno, Dougal no pudo evitar admirar el evidente cambio en su amigo, mientras corría en pos de sus enemigos. Había comenzado la carrera como un simple guerrero, más intimidante que los otros, pero guerrero al fin y al cabo; y había terminado convertido en una bestia sanguinaria que lo aniquilaba todo a su paso. No era más alto que el Marrok original, ni poseía más musculatura tampoco, y sin embargo, parecía haber aumentado el doble. El miedo que proyectaba era de alguna forma, parte de su transformación, algo inherente al berserker. Allí donde fuere, los hombres huían desfavoridos.

—Con una docena más de ellos —escuchó decir a uno de sus hombres— venceríamos sin problemas.

—Con una docena más, probablemente moriríamos todos —le respondió él, retomando la tarea de hundir los barcos enemigos. Y no mentía.

—Necesitamos ayuda aquí abajo —se escuchó un grito desesperado en la orilla y Dougal se llevó a un grupo tan numeroso como se pudo permitir, para acudir en su auxilio. Mientras corrían en pos de sus amigos, vio que más barcos habían logrado alcanzar la orilla y las tropas estaban

desembarcando.

—Maldición —farfulló, desesperado. Sus planes habían fracasado y nada parecía poder salvarlos ahora, de la derrota.

—Necesitamos un milagro —escuchó murmurar entre sus desanimados hombres.

—Nosotros somos el milagro —gritó él, para llenarlos de nueva energía—. Vamos. Ganar o morir.

Corearon sus palabras, mientras daban alcance a los primeros hombres desembarcados. La lucha cuerpo a cuerpo había empezado una vez más, y que Dios se apiadase de ellos, pues la segunda opción parecía la más probable.

Marrok se reunió con él justo a tiempo de frenar una estocada mortal lanzada a traición por un enemigo. Y poro un momento, fue incapaz de reconocerlo bajo la capa de muerte y destrucción que lo cubría, con la sangre bañando su cuerpo y su ropa. Sin embargo, el berserker se situó a su espalda para luchar juntos y supo que Marrok seguía ahí, en algún lugar de aquel ser mítico, donde aún mantenía cierto control sobre la bestia. Lucharon codo con codo, repeliendo a todo enemigo que osaba acercarse a ellos, a pesar de que la inferioridad numérica acabaría por vencerles tarde o temprano.

—Debes irte, Dougal —la voz de Marrok sonó gutural y hueca, distorsionada hasta el punto de casi no poder reconocerla—. No ganaremos y no puedo protegerte de todos. No puedo permitir que mueras.

—No te dejaré solo, Marrok —lo desafió—. No permitiré que mueras por mí.

—Ese es mi sino —rugió. Y supo que quien hablaba era el berserker.

—No —lo contradijo igualmente—. Hace tiempo que no lo es, Marrrok. Jamás se abandona a los amigos y si hemos de morir, lo haremos juntos. Así funciona.

Marrok no insistió, pero sus ataques comenzaron a arrastrarlos hacia la espesura del bosque. Se estaban retirando, proclamando su derrota. Al final, Godred obtendría su venganza por la pérdida de sus tierras. Sin embargo, cuando ya casi habían llegado hasta los primeros árboles, Dougal escuchó un familiar sonido, pero tan improbable en aquel momento, que supuso que estaba soñándolo. Tal vez había sido herido de muerte y aquello no era sino el anuncio de su llegada al cielo. Nunca había esperado que fuese así, pues se sentía agotado y todavía olía a sangre, humo y sudor. Siempre había imaginado que morir en batalla habría de resultar doloroso, pero tampoco eso sentía.

—Mirad —gritó alguien, cerca de él, mientras el sonido de las espadas retumbaba en sus oídos, diciéndole que no era su muerte lo que estaba presenciando.

Su rostro se giró hacia el mar y allí, capitaneando 53 birlinns, su padre se alzaba orgulloso en la proa de su propio barco. A su lado, hacían sonar el cuerno que anunciaba su llegada y su intención de entrar en la contienda y arrasar con todo. Habían hundido varios barcos de Godred mientras se acercaban a la costa y muchos otros se estaban retirando, a sabiendas de lo imposible de frenar al ejército de Somerled.

—Estamos salvados —vitreaban los hombres, pero no así Dougal, que sabía que su padre no le permitiría olvidar jamás que había ido a su rescate.

Sin embargo, en aquella ocasión no permanecería en silencio, pues Somerled había permitido que muchos de sus hombres arriesgasen su vida en la batalla, solo por haberlo desafiado. Y algunos incluso yacían en el fondo del río o en la tierra bañada con su sangre, sin vida, por no haber acudido antes en su auxilio. No, su padre no se encontraría a un Dougal agradecido por haberle ayudado, y mucho menos manso y dispuesto a obedecerle siempre, a partir de aquel momento. Ya no era el niño que un día se desvivía por conseguir la atención de su padre, aunque

fuese solo un segundo. Ahora era un señor que gobernaba sus tierras y que protegía a su gente como lo creía conveniente, y si su padre no podía entenderlo, entonces no tenían nada de qué hablar ya.

—Que no sea en público —Marrok habló a su lado. En su mano sostenía el remedio de Erienne y no había ya rastro del berserker.

—Lo sé, pero me va a resultar difícil callarlo hasta que estemos solos —admitió—. Ha dejado morir a muchos de los nuestros.

—Eso no es cierto, Dougal. Mira a tu alrededor —hizo lo que le pedía—. La mayoría seguimos en pie todavía. Puede que haya heridos, pero hemos defendido bien nuestra posición y nos hemos mantenido a salvo. Tu padre sabía perfectamente cuándo debía llegar.

—¿Estás diciendo que no debo recriminárselo?

Aunque Marrok tuviese razón y no fuesen tantas las muertes como él había pensado, su padre había sido un desgraciado que había esperado a que estuviesen agonizando, para intervenir.

—Estoy diciendo que lo hagas en privado —le advirtió—. Se merece saber que ya no es un héroe para ti, pero ha de escucharlo solo él.

Dougal asintió, para no acabar diciéndole a su amigo que era a él a quien consideraba un héroe, y no a su padre. No solo por cómo luchaba en las batallas, sino por cómo superaba cada obstáculo que su berserker le ponía en el camino y por cómo lograba, cada día, ser más él y menos bestia, a pesar de todo. Sabía que no le gustaría escucharlo, pues la humildad era otra virtud que poseía, y por eso, era probable que nunca llegase a decírselo, aunque no lo hacía menos cierto.

Después de que Godred y sus hombres huyeran ante la impetuosidad de la flota de Somerled, este bajó a tierra, dispuesto a recibir los vítores y las alabanzas de los hombres que acabada de salvar. No obstante, Dougal y Marrok permanecieron en silencio, con la clara idea de no intervenir por el momento. Dejarían que el hombre disfrutase de una victoria que suponía haber obtenido por partida doble, pues así lo decía la mirada que lanzó a su hijo, mientras se acercaba a él.

—Ahora aprenderás a no desafiarle —Gillie se acercó a ellos en primer lugar, con una sonrisa prepotente en el rostro.

—Esto no te incumbe, Gillie —dijo Dougal, conteniendo a duras penas su enfado. Si ver el triunfo en los ojos de su padre era humillante, escuchar las pullas de su medio hermano lo hacía casi insoportable.

—Lo será cuando nuestro padre decida entregarme las tierras a mí. Algún día se cansará de que lo desafíes y prescindirá de ti, hermanito. Y yo estaré allí para ser el nuevo Señor de las Islas.

—Siempre serás el segundón, Gillie —lo contradujo—. Él jamás te dará nada porque eres un bastardo.

Nunca le había gustado insultar a su medio hermano por su condición de bastardo, pero no pudo evitarlo, y dejó ir las palabras sin más. Gillie arremetió contra él en un arranque de ira, pero Marrok se adelantó a sus movimientos, siempre pendiente de su amigo, y lo dejó inconsciente de un único golpe que nadie vio venir.

—Tu padre te espera, Dougal —le dijo después, como si no hubiese derribado a su hermano segundos antes—. Ve a demostrarle de una vez por todas que ya eres un hombre y no su marioneta. Yo me encargaré del resto.

—Creo que ya lo has hecho —le respondió, viendo a su hermanastro tirado en el suelo, inmóvil.

—Uno nunca puede estar seguro de que lo entienden a la primera —se encogió de hombros.

—Si no lo ha entendido —sonrió, más relajado—, quiero ver cómo se lo explicas de nuevo,

por favor.

—Será mejor que no uses mi técnica con tu padre —le recordó, cuando ya se iba.

—Desde luego que no —contuvo una carcajada.

La mirada severa de su padre en Marrok, le recordó que frenarlo antes de que todo aquello fuese a más. Su padre seguía creyendo que podía gobernar la vida de sus hijos a su antojo, pero él no estaba dispuesto a claudicar. A partir de aquel momento, las cosas se harían como él quería o no se harían. Su padre ya no tenía poder sobre él ni sobre su gente.

—Debemos preparar inmediatamente la ejecución de los cautivos —dijo Somerled, nada más darle alcance—. He desperdiciado demasiado tiempo viendo cómo perdías una batalla que se habría terminado antes de empezar si me hubieses hecho caso.

Comenzó a caminar hacia un lugar más privado en el que hablar con su hijo a solas, pero Dougal apenas se pudo mover, sorprendido por aquellos reproches. Se había imaginado que su padre exigiría alabanzas por haberle salvado la vida, pero no aquel despotismo.

—Espero que para la próxima no seas tan estúpido y...

—No —lo interrumpió.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no, padre —repitió, una vez repuesto—. No voy a ejecutar a nadie, ni me arrodillaré ante vos. No soy un crío al que debáis reprender por no haber hecho lo que le exigíais, padre. Soy el señor de estas tierras y actuaré conforme a mis convicciones.

—Eres un niño que está equivocado —bramó su padre.

—Soy un hombre con responsabilidades y deberes que cumple siguiendo sus propios criterios. No buscaré el miedo en mi gente, sino su lealtad. Es más, padre, ya la he obtenido —señaló a sus hombres—. Me siguieron a una batalla que sabían que no ganaríamos porque confían en mí.

—Y habrían muerto todos, de no acudir en tu auxilio —le dijo, enfadado—. No cometas más errores, Dougal, mi paciencia es finita.

—Habrían dado su vida por algo en lo que creían —dijo con orgullo—. Vuestros hombres mueren en la batalla porque la otra opción es peor. Mejor ser un héroe en la guerra que caer bajo vuestra mano, deshonorado. Y sé que nunca veréis la diferencia, padre, ni pretendo haceros cambiar, pero ya no me doblegaré antes vos nunca más. Haré las cosas a mi manera y vos debéis aceptarlo.

—O puedo retirarte tus privilegios, insolente.

—Podéis intentarlo, por supuesto, pero no creáis que os va a ser tan fácil. Mi gente es leal a mí. Si intentáis poner a Gillie en mi lugar, no durará vivo para ver un nuevo día.

—¿Acaso me estás amenazando?

—Os estoy diciendo lo que ocurrirá.

—Maldito bastardo, no eres nadie sin mí.

—Tal vez no lo era antes, padre —admitió a desgana—, pero ahora soy el señor de estas tierras y ya no po...

—Tierras que no habrías tenido sin mí —lo interrumpió—. No te conviene olvidarlo, hijo.

—No pretendo discutir con vos por eso, padre. Sé que nunca admitiréis que tengo razón, aunque sea así. Os habría agradecido la ayuda si hubiese llegado cuando debía hacerlo —quería zanjar el asunto antes de que se alargase la discusión y todos lo vieses—. Si buscáis mi admiración como antaño, lamento informaros de que eso se acabó. Ya no buscaré vuestra aprobación, ni pelearé con mis hermanos para conseguir vuestra atención. Ni siquiera lamentaré que me ignoréis si os hace sentir mejor padre. Diría más aún, si lo hacéis, os estaré agradecido.

—Vendrás a mí cuando necesites un ejército —vaticinó —y ambos lo sabemos, Dougal.

—Procuraré tener más aliados para que eso no suceda nunca, padre. Así, no os necesitaré y vos no tendréis que movilizar a vuestro ejército para ayudar a un hijo tan decepcionante como yo. Y...

—Dougal —la llamada, hecha con urgencia, detuvo sus palabras—. Dougal. Venid. Os necesitan.

—¿Qué ocurre?

—Es Marrok. Está descontrolado.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Acaso alguien está sangrando? —salió corriendo en la dirección que le había indicado— ¿Por qué no usa el remedio de Erienne?

—No funciona, mi señor.

—¿Cómo es eso posible?

Entonces lo oyó, un grito que le heló la sangre. No se parecía a nada que hubiese escuchado antes, mitad humano y mitad animal. Supo, mucho antes de verlo, que el berserker se había apoderado totalmente de su amigo.

BESTIAS

Dougal vio cómo el berserker arremetía contra todo aquel que intentaba contenerlo y temiendo hacerle daño a Marrok en aquel frenesí destructor, trataban de sujetarlo con cuerdas que lanzaban hacia él en la distancia para no ser alcanzados por sus envites. Los hombres habían visto de lo que era capaz la bestia y no querían vivirlo en carne propia. Tampoco querían que Marrok tuviese que lamentar la muerte de uno de los suyos, cuando regresase del lugar al que el berserker lo hubiese enviado esta vez.

—Tened cuidado —les pidió Dougal, acercándose para ayudar—. No queremos heridos de ninguna de las dos partes.

La bestia rugió al romper varios de los cabos que ya lo rodeaban y avanzó unos cuantos pasos hacia otro grupo de hombres, que rodeaban a alguien. Dougal miró hacia allí y descubrió que a quien protegían del berserker no era otro que Magnus.

—¿Qué diablos haces aquí? —bramó, caminando hacia él con paso decidido.

—Alejad a esa bestia de mí —gritó él a su vez, con los ojos desorbitados por el pánico.

Dougal comprendió entonces que su presencia había sido el detonante para que el berserker controlase a Marrok por completo. Nunca antes lo había visto tan fuera de sí, tan abandonado a la ira y al placer de la destrucción. Ni siquiera en su primera batalla, donde se conocieron.

—Llévadlo donde Marrok no pueda verlo —le dijo a sus hombres—. Tenemos que calmar al berserker.

—Soltadme —gritaba histérico Magnus—. Dejadme ir.

—Me dirás primero por qué estás aquí, Magnus —dijo Dougal, con una controlada frialdad, impropia de él— y puede que, tal vez, te salve del berserker.

—No he hecho nada —hablaba a voz en grito, mientras intentaba retroceder para alejarse de Marrok, pero a una señal de Dougal, los hombres que lo rodeaban se lo impidieron—. Cuando me vio entre los prisioneros se volvió loco e intentó matarme. Es un sanguinario, un asesino.

—¿Cómo escapaste, Magnus? —ignoró sus acusaciones —¿Te ayudaron? ¿Están todos bien en el castillo?

Solo había una razón por la que el berserker lograría controlar totalmente a su amigo y la presencia de un Magnus fugado, solo podía significar que Erienne no estaba a salvo. Esperaba equivocarse en eso y que la joven todavía viviese, o de lo contrario, temía perder a Marrok para siempre también. No porque la bestia acaparase su cuerpo, sino porque debería cumplir la promesa que le había hecho después de que Marrok le confesase lo que le supondría estar enamorado de Erienne. No había querido hacerla, pero su amigo no dejó de insistir hasta que le dio su palabra. Y ahora, veía el momento de ejecutarla demasiado cerca y no le gustaba. No quería perder a su mejor amigo, sobre todo, por su propia mano, pero lo haría por la lealtad que se profesaban el uno al otro. Mataría a Marrok si se confirmaba que Erienne estaba muerta.

—Aleja a esa bestia de mí —pidió una vez más Magnus, ignorando sus preguntas.

—O me respondes o dejo que haga contigo lo que más le apetezca —lo amenazó, señalando el lugar donde se encontraba un Marrok a duras penas retenido por una veintena de hombres.

—Usé a Erienne como rehén para escapar —le explicó—. No querían que le hiciese daño, así

que nos dejaron ir sin más. Nadie resultó herido ni muerto —el miedo le hizo responder con palabras atropelladas y con la urgencia pintada en la voz—. Ahora déjame ir.

—¿Qué pasó con ella? —insistió— ¿Dónde está? Espero por tu bien que no la hayas matado.

—Seguía con vida la última vez que la vi —se revolvió—, pero no sé donde está. Se escapó. Yo no le hice nada, lo juro.

Un alboroto en el campamento llamó la atención de todos y miraron en aquella dirección a tiempo de ver aterrizar pesadamente, contra el suelo a varios de los hombres que habían estado reteniendo a Marrok. Un segundo después, el berserker corrió hacia ellos, ya libre de sus ataduras.

—Aléjalo de mí —una voz aguda salió de la garganta de Magnus, presa del pánico, al ver cómo se acercaba a grandes pasos, con sus ojos rojos fijos en él—. Que no se me acerque. Soltadme, maldita sea. Dejadme ir.

Marrok lanzó por el aire de un solo empujón a varios de los hombres que protegían a Magnus y los demás retrocedieron, por miedo a sufrir idéntico destino. La bestia se situó delante de Magnus; su respiración era pesada y profunda, más propia de un animal que de un ser humano, pero no parecía que el esfuerzo que había realizado para librarse de sus ataduras hubiese agotado su energía, pues también era pausada. Su cuerpo, que parecía haber doblado en tamaño, lucía venas hinchadas y músculos tensos. Por un segundo, su poderosa presencia ocultó a Magnus del resto. Sin embargo, pronto lo sujetó por el cuello y lo elevó en el aire hasta dejarlo suspendido a varios centímetros del suelo, dándoles a todos una buena muestra de la desesperación del hombre por buscar el aire que se le estaba negando. El berserker ni se inmutó ante su intento por liberarse, ni su brazo bajó un ápice.

—Si lo matas no sabrás dónde está Erienne —Dougal trató de hablar con su amigo, apoyando la mano en su hombro para llamar su atención, pero cuando él lo miró, solo encontró a la bestia. Y aun así, en medio de la locura, no pudo dejar de notar que el berserker no había matado a nadie todavía—. Marrok, sé que estás ahí dentro. Contrólalo. Tienes que hacerlo o no podremos ayudarla.

—¿Dónde está? —la voz gutural del berserker provocó un escalofrío a todo el que logró escuchar su susurro. Bastaron un par de palabras para que Magnus dejase de moverse, paralizado por el miedo.

—No lo sé —logró decir a duras penas por la falta de aire. Su piel empezaba a cambiar de color y la fuerza lo abandonaba poco a poco.

—¿Dónde está? —repitió, acercándolo a su rostro para que sus ojos coincidieran. Una intimidante mirada le bastaría para que el hombre hablase.

—Díselo de una vez o te matará —añadió Dougal con apremio, viendo que acabaría perdiendo el sentido si no lo liberaba pronto. O lo más probable, la vida—. Yo no puedo detenerlo, Magnus.

—No lo sé. Lo juro —lágrimas de impotencia rodaron por sus mejillas y un fuerte olor a orina precedió al líquido que se deslizaba por sus piernas lentamente—. No sé a dónde fue. Se me escapó en las montañas.

En cuanto Marrok escuchó aquello, lanzó a Magnus contra el árbol más cercano, provocando un crujir de huesos que no auguró un buen final para él. Su grito de dolor se escuchó en el campamento, antes de que su voz se apagase para siempre. Y aunque Dougal no era partidario de la violencia como castigo, en esta ocasión parecía un pago justo por haber expuesto a Erienne al peligro y haberla abandonado a su suerte después, probablemente, sin ningún arma con el que defenderse.

—Marrok —lo llamó al ver que ya se alejaba con férrea determinación, rumbo a las montañas,

dejando tras de sí animales asustados por su cercanía y hombres que preferían alejarse del berserker—. Espera.

—Déjalo, hijo —Somered lo detuvo sujetando su brazo —. Tú tienes mucho que hacer aquí. Es mejor que él siga su camino. Ya no te hace falta.

—¡Qué sabréis vos! —le gritó, impotente, al ver cómo su amigo se alejaba sin más protección que su propio monstruo interior. Y aunque sabía que no sería fácil de vencer, parecía tan fuera de sí por la ausencia de Erienne, que temía que no prestase atención a otra cosa que no fuese encontrarla y eso lo volviese, de algún modo, vulnerable.

—Tal vez nada —lo miró con reproche por el exabrupto —, pero reconozco la locura cuando la veo. Tú ya no puedes hacer nada por ese hombre.

—Marrok no está loco —se alejó de su padre antes de continuar hablando—. Meted a los prisioneros en los carros. Muchdanach se hará cargo. Mis hombres y yo partimos ya. Preparaos.

—Dougal —lo llamó su padre—. Ni se te ocurra hacerlo.

—Olvidaos de mí, padre —le dijo, sin mirarlo en ningún momento y sin importarle quién pudiese escucharle ahora—. Ya no podéis decirme lo que debo o no debo hacer. Marrok es mi amigo y voy a ayudarlo.

—Te arrepentirás —le gritó su padre—. Perseguir a ese hombre te saldrá caro.

—Caro ha sido perder tantos años creyendo que mi padre podría estar orgulloso de mí algún día —le dijo, enfrentándolo, cansado de contenerse.

Habían mantenido aquella misma discusión minutos antes, pero su padre parecía no entenderlo todavía y él no estaba por la labor de seguir fingiendo que no tenía problemas con su presencia.

—Ni se te ocurra —le advirtió su padre, a sabiendas de lo que iba a hacer.

—Vos no sois un hombre, padre, sois un monstruo. Y más bestia que el berserker de Marrok. Al menos los sentimientos que lo mueven a actuar de ese modo son más nobles de lo que alguna vez pudiesen llegar a ser los vuestros. Vos siempre habéis disfrutado de las disputas entre vuestra propia prole por conseguir tan solo unas migajas de vuestra atención, pues no es otra cosa. Y lo fomentáis. Nunca os ha interesado el cariño de vuestros hijos, sino el odio entre ellos, para tener guerreros más competitivos para vuestras guerras. Vos jamás habéis buscado el respeto entre los vuestros y mucho menos la lealtad a la familia. Vos preferís la rivalidad y los enfrentamientos. Elegís el miedo por encima de la justicia para gobernar. Os gusta más el castigo que el premio.

—No vengas a darme lecciones, muchacho insolente. Ya te lo dije antes y te lo repito ahora: mi gente me seguiría hasta la misma boca del infierno.

—Y si no lo hacen, los llevaríais vos mismo a rastras, para arrojarlos dentro como escarmiento —le rebatió—. Así es como funcionáis, padre, cómo conseguís la obediencia absoluta de vuestra gente. Pero yo no soy como vos. Yo no quiero guerreros que tengan miedo de su líder, sino hombres que me respeten y quieran luchar a mi lado, que elijan hacerlo. Mis hombres me seguirán al fin del mundo, padre, pero porque así lo desean y sienten. Esa es la diferencia entre un buen líder y lo que quiera que seáis vos.

—No me sigas desafiando, Dougal, porque me estoy planteando el dejarte a tu suerte la próxima vez. Si crees que esto se acabó, estás muy equivocado —le advirtió—. Habrá muchas más batallas que librar y tus hombres no están preparados. Sois pocos y débiles.

—Somos más fuertes de lo que creéis —lo interrumpió—. Y he conseguido buenos aliados que lucharán a mi lado por lealtad, así que no necesitaré nunca más de vuestra ayuda.

—Las lealtades cambian —se lo había escuchado decir tantas veces que, hasta conocer a Marrok, lo había creído ciegamente.

—Las vuestras, tal vez —se encogió de hombros—. Pero no las mías ni las de Muchdanach.

Pero sé que no lo entenderéis nunca. Sin embargo, para demostraros que es cierto y a pesar de todo, si alguna vez me necesitáis, pedidlo y ahí estaré para vos.

—¿Pedir tu ayuda? —rió— ¿Qué podrías aportar tú a mi causa? Nada en absoluto. Te crees muy importante porque has conseguido una alianza, pero te aseguro que no te servirá de nada. Godred no se detendrá hasta que recupere todas las tierras que le arrebaté. Regresará con más fuerza y más hombres. Seguirás estando en desventaja.

—La próxima vez estaremos mejor preparados —le dijo—. Y seremos más.

—Iluso. Vives en una fantasía donde crees que todos se mueven por motivos tan nobles como los tuyos y crees que te encuentras en una situación ventajosa porque Godred ha huido y Muchdanach se ha aliado contigo —se acercó a él—. Ni la gente es tan noble, ni tu aliado impedirá que pierdas tus tierras si te retiro mi apoyo. Pero dejaré que lo descubras por ti mismo. No te ayudaré de nuevo y cuando te quedes sin nada y solo, sabrás que yo siempre tengo la razón.

—Sois el único que se equivoca aquí, padre. Y seré yo quien os lo demuestre, llegado el momento.

—No eres más que un insecto al que puedo aplastar si me viene en gana, hijo.

—Intentadlo, padre. Tal vez os sorprenda de lo que es capaz este insecto —se alejó de él—. Nos vamos. Antes de que se enfríe el rastro.

PELIGRO

Apenas tenía sensibilidad en las manos, aunque los cortes y rasguños escocían cada vez que se sujetaba a un árbol o a una roca para mantener el equilibrio. Su cuerpo, débil y cansado, temblaba, sin control, a causa de la fiebre. Aun así, no se permitió detenerse. Sabía que si frenaba sus pasos, ya no podría volver a empezar.

Un grito se escapó de sus labios al caer pesadamente sobre sus rodillas, después de tropezar con una raíz que no vio. Se llevó una mano al costado, donde la herida no paraba de sangrar incluso con el emplasto que se había aplicado en ella. Necesitaba fuego para preparar algo más fuerte, pero no podía pararse. No podía dejar que la fiebre le ganase terreno.

—Vamos, Erienne —se azuzó, para darse fuerzas.

Contuvo un nuevo grito cuando sus manos rozaron la irregular corteza del árbol que había provocado su caída, para ayudarse a levantarse. Sentía sus fuerzas menguar con cada sobreesfuerzo que realizaba y por eso, no había tiempo que perder. Aunque no estaba segura de hacia dónde se dirigía, sabía que encontrar el mar era su única posibilidad de regresar a casa.

Ajustó la venda en su costado y comenzó a caminar, prestando más atención al suelo. Si se caía otra vez, puede que ya no fuese capaz de levantarse de nuevo y sus días acabasen allí mismo. Sin detenerse, buscó en su bolsa de medicinas la poca ortiga seca que le quedaba y se la llevó a la boca. Era más efectiva en infusión, pero tendría que servir así. Aunque el sabor amargo de la planta le provocó náuseas, las soportó con la boca cerrada y masticando sin descanso hasta tragarla. Era mejor eso que nada.

Caminó durante largas horas, perdida en un mar de erráticos pensamientos, fruto de la fiebre. Revivía la pesadilla que había sido huir de Magnus, entrelazada con imágenes delirantes y sin sentido. Vio gigantes, de largos y afilados dientes, que la perseguían para arrebatarse hasta la última gota de su sangre. Vio un lobo, de oscuros ojos negros, rondándola, esperando su aliento final para atacar su carne, todavía caliente. Y entre todas sus pesadillas distinguió a Magnus, con un cuchillo en la mano y una mirada llena de locura. Intentó correr, pero le dio alcance y la amenazó con el arma sobre su cuello. Los gigantes reían ahora y el lobo se relamía, seguro de lo que vendría.

Magnus había intentado violarla y aquello no había sido invención de su mente, sino la pura verdad. Se le había acercado en plena noche y había intentado violarla. Cuando se resistió, la amenazó colocando el cuchillo contra su cuello. Llena de impotencia y una rabia desmesurada, lo había empujado con todas sus fuerzas, sujetando su brazo para que el puñal no se clavase en su carne, y había conseguido alejarlo lo suficiente para levantarse, pero Magnus se liberó y le asestó una puñalada en el vientre. Solo sus reflejos evitaron que la matase allí mismo, pues se movió con rapidez para que el cuchillo desgarrase solo parte de su costado, una de las zonas menos vulnerables de la anatomía, en lugar del estómago. Cuando se acercó a ella dispuesto a rematarla, le lanzó tierra a los ojos y echó a correr. No había parado desde entonces, salvo para intentar detener la hemorragia.

—Dios —gimió, al sentir cómo su cuerpo ardía, y supo que si no conseguía bajar la fiebre, esta se encargaría de matarla—, ten un poco de misericordia.

No por ella, sino por Marrok. Por el berserker, que lo condenaría a vagar errante por el mundo, encerrado en una bestia que no se saciaría jamás y que acabaría por consumirlo en un mar de dolor y locura. No era ese el final que deseaba para el hombre que amaba.

Sus pies tropezaron una vez más y rodó colina abajo. A pesar de que trató de sujetarse a algo, para frenar la caída, consiguió nuevas heridas y un dolor agudo en el costado, que la dejó sin conocimiento al llegar al fondo. Las fuerzas la abandonaron y cerró los ojos, intentando descansar. Lo intentaría más tarde, si es que no moría antes.

—Erienne.

Escuchó su nombre a través de la neblina que cubría su mente. Sonaba insistente, como si el lugar donde se encontraba y donde el dolor había desaparecido, no fuese donde debía estar.

—Erienne, despierta.

No quería. No quería abandonar la paz que allí había encontrado. Se sentía bien por primera vez desde la puñalada y quería seguir así. No quería abrir los ojos y regresar a una realidad en donde el dolor se hacía presente a cada movimiento.

—Erienne.

En esa ocasión, la voz sonó más fuerte, más firme, y creyó reconocerla. Hizo el esfuerzo de abrir los ojos y lo vio, pero sintió miedo. Él no podía estar allí, no era su momento. Él debía vivir.

—Eso es —vio su sonrisa fugaz—, tú puedes. Despierta, Erienne. Ayúdame a cuidar de ti.

El dolor la invadió de nuevo al regresar del mundo de los muertos y un gemido desesperado se escapó de entre sus labios. Cerró los ojos nuevamente, pero se obligó a abrirlos al recordar que Marrok estaba con ella, la había encontrado. Ahora no podía irse, debía quedarse con él.

—Agua —logró decir.

—Sí —Marrok la ayudó a incorporarse y le obligó a dar pequeños sorbos de su pellica. Ni siquiera tenía una cuando huyó de Magnus.

—¿Cómo...?

—No malgastes tu energía, mi amor —la interrumpió—. Solo dime qué debo hacer para ayudarte.

Había corrido durante horas, totalmente consumido por la fuerza de su berserker, buscando en el aire el olor de Erienne. Ni el hambre, ni el frío, ni la noche habían detenido sus pasos, hasta dar con el rastro que lo llevó hasta ella. Aunque la bestia había hecho el trabajo, había sido consciente de cada uno de sus movimientos de la bestia, incluso cuando vio entre los prisioneros a Magnus y le reclamó el control de la forma más salvaje que había experimentado jamás. Había sentido su imperioso deseo de desmembrarlo y comerse su corazón, porque aunque el hombre no había dicho nada, el berserker supo que había hecho daño a Erienne. Lo miró a los ojos y lo supo.

Una vez la tuvo en sus brazos, el berserker le dejó el control de su cuerpo, pero lo sentía acechando en la oscuridad, esperando, por si debía volver. No había sido tan consciente de él jamás en su vida, como lo estaba siendo desde hacía unos días atrás. Y ahora, viendo cómo Erienne se debatía entre la vida y la muerte, recordó las palabras de Cedric. Aquellas que le aseguraban que conseguiría controlar a la bestia gracias a su compañera de vida. Le había otorgado el don de la simbiosis. No sabía cómo, pero así era. Ya no eran dos entes distintos, sino que el Berserker y el hombre ahora sentían y pensaban al mismo tiempo. Coexistían.

—¿Cómo te ayudo, Erienne? -le preguntó de nuevo.

Con voz débil y febril, le fue dando instrucciones para que preparase los remedios que necesitaba. Marrok memorizó los pasos diligentemente, para reproducir cada uno de ellos en el orden correcto, mientras ella trataba de recuperar fuerzas.

Finalmente, la había encontrado al pie de una colina, inconsciente, y había pensado que estaba muerta ya, pero su berserker supo que no, incluso antes de ver cómo respiraba. La llevó en brazos junto al pequeño riachuelo que discurría colina abajo, seguro de que la joven querría agua al despertar, y llenó su pellica, al tiempo que la observaba con desesperación. Estaba tan débil y era tan vulnerable, que temía por su vida, pero se sentía agradecido de que todavía respirase. Si la hubiese perdido, la simbiosis con su berserker se habría roto y habría sido enterrado en lo más hondo de sí mismo, para que no pudiese regresar jamás. Y así había sido por un segundo, tan solo uno, cuando el berserker vio a Magnus. Había durado apenas un suspiro, pero había dolido como nunca. El cambio se había producido tan rápido y de una forma tan brutal que pensó por un momento, que la bestia arrancararía su piel a tiras y saldría fuera de él para siempre.

Aquel efímero momento le mostró lo que pasaría si Erienne moría. También él moriría en vida, mientras el berserker mataba para saciar una sed de venganza que jamás expiraría. Comprendió qué había asustado a los reyes de antaño y la razón por la que decidieron exterminar a toda una raza de guerreros que habían servido fielmente a sus señores desde los albores del tiempo. Si la bestia despertaba para siempre, nada la detendría. Ni lealtad, ni amistad... nada.

—Cuidaré de ti, Erienne —le dijo después de limpiar su herida y suministrarle los remedios que ella misma le había enseñado a preparar—. Regresaremos juntos a casa y cuidaré de ti hasta que te recuperes.

Después la tomó en brazos, para comenzar el camino de regreso. No forzaría su resistencia, pues ya estaba débil, pero tampoco podían quedarse a la intemperie mucho más tiempo. Erienne necesitaba una cama y un techo sobre su cabeza. Necesitaba cuidados que únicamente Wilmer sería capaz de proporcionarle y los necesitaba ya.

El aguante innato del berserker le ayudó a continuar, aun sin haber digerido nada en los dos últimos días. También él quería que Erienne se recuperase y podía sentirlo en su cabeza, obligándolo a comprobar cada pocos pasos que la mujer que amaban seguía bien.

La fiebre había desaparecido y la herida no sangraba ya, lo que la mantenía en un duermevela tranquilo, necesario para reponer sus fuerzas. Había visto más heridas como esa y sabía que el calor de la infección regresaría pronto, así que necesitaría aquel descanso para luchar contra él cuando eso sucediese. Mientras avanzaban, buscó un lugar donde mantenerla a salvo y oculta durante la noche y mientras salía a cazar algo para ellos. Ya no se arriesgaría a viajar después de que la luz desapareciese. No, con ella a su lado.

Encontró una pequeña cueva excavada en la roca a las pocas horas de iniciar su andanza y allí la dejó, después de fabricar una cama de hojas. Cazaría algún animal pequeño que sirviese de cena y descansarían hasta el día siguiente.

Sabía que Dougal lo estaba buscando, así que tenía la esperanza de encontrarse con ellos muy pronto. Les había dejado pequeñas pistas para que no perdiesen su rastro, porque el berserker había querido avanzar sin descanso. Esperaba que las hubiesen encontrado.

En cuanto se aseguró que Erienne estaría bien sin él, salió fuera y le permitió al berserker tomar parte del control, seguro de que tendría más éxito, gracias a lo desarrollados que eran sus sentidos. Y mientras iban en busca de comida, pudo disfrutar de aquella unión, del equilibrio que habían encontrado entre bestia y hombre. Si lo hubiese sabido antes, tal vez no habría negado lo que sentía por Erienne tanto tiempo. Y tal vez así, la habría podido proteger mejor.

—Tiene que estar cerca —escuchó a lo lejos, gracias al sentido desarrollado del berserker.

—Es probable que ya esté muerta —dijo alguien más—. Si Magnus la hirió como dijo, dudo que sobreviviese por mucho tiempo.

—Eso no importa, Godred la quiere y se la llevaremos, incluso si está muerta.

—Yo no pienso cargar con un cadáver.

—Lo harás o entregaré dos muertos Godred.

—¿Tú sabes por qué quiere a esa mujer?

—Ni idea, pero no me arriesgaré volver con los brazos vacíos.

Marrok se maldijo por no haber matado a Magnus el día que lo capturó en el bosque, cuando los espiaba. Erienne jamás habría estado en peligro y Godred no habría sabido de él, pues ahora estaba seguro de que Magnus había escuchado su conversación y le había contado todo a su señor. ¿Por qué sino iba a buscar a Erienne? En cuanto la pusiese a salvo, tendría que ir a por Godred para acabar con su vida. Y si Magnus habría sobrevivido al golpe que le había roto cada hueso de su cuerpo, se encargaría también de él. No permitiría que nadie más supiese cómo controlarlo. Nadie más amenazaría a Erienne por su culpa.

—¿Y si raptamos a cualquier mujer? Total, Magnus no estará para decir que no es ella.

—Estúpido —Marrok, que ya los había localizado, vio cómo le golpeaba en la cabeza—. Cualquiera otra dirá que no es la mujer que busca Godred y estaremos en un lío por mentir.

—No me gusta estar aquí —dijo, mirando alrededor.

—Menos te gustará volver sin ella.

Marrok los acechó durante largos minutos, buscando el mejor momento para acabar con ellos. La cueva no estaba lejos y no permitiría que se acercasen tanto. Dejó que el berserker ganase terreno y esperó. Al ver cómo se acercaban a un barrando, les salió al paso.

—¿Buscáis a alguien? —dijo, con la voz profunda que el berserker usaba.

—Maldición —los hombres retrocedieron, asustados—. Ese es...

—¿No debería estar en el río? —uno de ellos empujó a su compañero en su huida—. Vayámonos de aquí.

—No tan rápido —les dijo, acercándose a ellos—. Nadie se irá de aquí hasta que yo sepa qué pasa.

—No queremos problemas —dijo el otro, alzando los brazos—. No contigo.

—Si queréis a la mujer —respondió—, tenéis problemas conmigo.

—Quédatela —gritó el que había sugerido raptar a otra en su lugar, mientras empujaba de nuevo a su amigo para alejarse de él.

Y de repente, una alarma silenciosa saltó en la mente de Marrok, una advertencia que el berserker le lanzó y que llegó demasiado tarde, no obstante. Escuchó el sonido sibilante que produjo la red volando hacia él, décimas de segundo antes de que rodease su cuerpo y lo derribase. En su intento por quitársela, rodó por el suelo, enredándose más en ella, y acercándose al precipicio, peligrosamente.

—Sujetadlo —gritó alguien, pero ya no se pudo hacer nada.

Marrok cayó, envuelto en una red que impedía sus movimientos y el berserker lanzó un alarido que se ahogó, cuando su cuerpo golpeó sin piedad contra la superficie del mar. Se asomaron al borde, solo para comprobar cómo desaparecía entre las rompientes.

—Habéis dejado que muera, estúpidos —protestó uno, lamentando haber perdido la posibilidad de llevarle a su señor la bestia humana de la que tanto hablaban.

LA BÚSQUEDA

Dougal y sus hombres habían seguido las pistas que Marrok les había ido dejando a lo largo del camino y avanzaron con rapidez, pues sabían que el berserker no descansaría hasta dar con Erienne, aunque a ellos la noche los había retrasado, cuando la luna no quiso colaborar y se ocultó de ellos. Habían intentado usar antorchas, pero después de un par de sustos, habían desistido. Dougal había ordenado guardias de cuatro horas para que todos pudiesen descansar, pero él no había sido capaz de dormir. Estaba preocupado por su amigo y por cómo estaría soportando aquella dura prueba. Sabía que el berserker se había adueñado de su cuerpo, pero estaba seguro de que Marrok era consciente de todo cuanto hacían ambos. Las pistas no eran cosa de la bestia, sino del hombre. Y aun así, temía que no llegasen a tiempo de rescatar a Erienne y finalmente, el hombre se perdiese para siempre. Y si la bestia lo gobernaba, él debía cumplir su palabra y acabar con ella, aún matando así a su mejor amigo, haciendo la pérdida, doblemente dura. Las promesas conllevan responsabilidades y un hombre honorable jamás las desatenderá aunque le resulte demasiado doloroso cumplirlas.

Reemprendían la marcha con la salida del sol y la detenían al ocultarse en el horizonte. Cada paso en la dirección correcta, le daba a Dougal esperanzas de alcanzarlo a tiempo. Después de dos días a marchas forzadas, creía que ya debían estar cerca, pues cuán lejos podía haber llegado Erienne sola.

Habían transcurrido pocos días desde que se escapó y aunque era una mujer capaz, no conocía el terreno, por lo que no se arriesgaría innecesariamente. Ni se movería erráticamente. Primero buscaría provisiones para su viaje de regreso a casa, lo que la mantendría por allí durante un tiempo y les daba una posibilidad más de encontrarla.

Poco a poco, las marcas en el camino comenzaron a espaciarse en la distancia y Dougal supo que estaban cerca. O eso quiso creer, pues no quería pensar que el berserker estuviese ganando terreno a su amigo.

—Atentos ahora —advirtió a sus hombres—. No deben andar lejos.

Buscaron durante un par de horas más, antes de oír un grito en la distancia. El grito de una mujer. Dougal dio orden de correr hacia el lugar del que provenía y descubrieron a un grupo de hombres que llevaban a Erienne maniatada. La joven parecía totalmente ida, con el rostro descompuesto por el dolor. Sus ropas raídas y ensangrentadas no presagiaban nada bueno en su estado. Supo que algo grave le pasaba, al ver cómo detenía de golpe sus protestas y permanecía lacia en brazos de sus captores. No quiso pensar en lo que habría pasado para que Marrok no estuviese allí protegiendo a su mujer, si los había llevado hasta ese lugar con sus pistas. Simplemente impartió varias órdenes a sus hombres para emboscarlos y rescatar a la joven, ahora que contaban con el factor sorpresa de su lado. Los dividió en dos grupos y se quedó con un par de ellos para hacer frente a los enemigos y así entretenerlos mientras el resto los rodeaba.

—Alto —se plantó en medio del camino flanqueado por sus dos hombres—. Soltad inmediatamente a la joven o tendré que arrestaros por secuestro.

—Eh, mirad —rió uno— ¿Ese no es el hijo de Somerled? Estás muy lejos de la batalla, cobarde. ¿Acaso estás huyendo?

—Solo le quedan dos hombres —rió otro—. Ha perdido. Era imposible que venciese a Godred con un ejército tan pequeño.

—Eso es para que aprenda a no meterse con nuestro señor.

Mientras hablaban les hacían gestos obscenos, pero Dougal no respondió a ninguna de sus provocaciones porque estaba atento a sus hombres, que ya casi se habían colocado en posición. Ni siquiera necesitaba hablar con ellos para entretenerlos, pues ellos solos lo estaban haciendo de maravilla.

—¿Y si lo capturamos y se lo llevamos al señor junto con la chica? Tal vez no se enfade por haber perdido a...

—Silencio —dijo un tercero. El mismo que había estado mirando fijamente a Dougal sin hablar. El mismo que parecía el líder del grupo, o al menos, más sensato que el resto. El único que no acababa de creerse que estuviesen solos—. Está demasiado lejos de la batalla y más aún de cualquier ruta que le lleve a sus tierras, si estuviese huyendo. Estad atentos a...

Antes de que pudiese terminar la frase, Dougal dio la señal y sus hombres cayeron sobre ellos, tomándolos por sorpresa. La escaramuza no duró mucho, pero sí fue sangrienta, pues la mayoría de aquellos hombres murieron degollados. Todos salvo el jefe y otro, que logró herir en un brazo a uno de los suyos, antes de ser reducido por los compañeros de este último.

—Erienne —Dougal se acercó a la joven, que estaba en el suelo. Al tratar de incorporarla, notó que ardía—. Maldita sea, tiene mucha fiebre. ¿Qué habéis hecho con ella, panda de salvajes?

—Ya estaba así cuando la encontramos —le dijo el jefe del grupo.

—Magnus —gruñó, al ver la venda manchada de sangre en su costado—. Maldito. Y dijo que no le había hecho nada. Pagaré por esto, Erienne, te lo prometo. Traed las cosas, montaremos aquí el campamento mientras no le baje la fiebre.

No era experto en hierbas, pero conocía un remedio básico para la fiebre, de cuando Bethòc era pequeña y se enfermaba. Intentaría preparar algo para que la fiebre remitiese antes de moverla más; de cualquier otro modo, no soportaría el viaje. También envió a un par de sus hombres para indicarle a Muchdanach dónde estaban y que se encontrarían allí. Seguirían el camino a casa desde ese lugar, para darle tiempo a Erienne a reponer fuerzas, mientras esperaban a los demás.

—Necesito que seas fuerte, Erienne —le rogó, al ver que no despertaba del sueño intranquilo en que la fiebre la había sumido—. No te rindas.

—Señor, ¿qué hacemos con ellos? —preguntó uno de sus hombres, señalando a los dos cautivos.

—Atadlos a un árbol —les dijo—. Cuando Erienne beba esto, hablaré con el cabecilla. Necesito saber por qué Marrok no está aquí.

—Sí, señor.

Sabía que sus hombres estaban preocupados por él también. Hacía tiempo que la lealtad que sentían hacia su señor se había extendido también a Marrok y lo respetaban del mismo modo que hacían con él. También lo obedecían sin vacilar, pues sabían que siempre velaría por ellos y su bienestar. Marrok se había ganado por derecho propio el estar a su lado como su segundo al mando y Dougal lamentó no haber hecho una ceremonia oficial para consagrarlo como tal. Sabía que su amigo no era de los que apreciaban esas cosas, pero él sentía que se lo debía. Era una forma de proclamar en público que la deuda de sangre ya no tenía razón de ser, que ahora era su igual, su hermano. Más hermano que los propios.

—Traédmelo ahora —le pidió a un par de sus soldados unas horas después, cuando Erienne descansaba ya más relajada—. Necesito hablar con él.

Durante interminables minutos, se dedicó a observar al hombre en silencio. No porque no

desease hacerle docenas de preguntas, sino porque buscaba la forma de poder saber si le mentía. Tenía una mirada firme y directa, parecía muy seguro de sí mismo, como si ser su prisionero no fuese un gran contratiempo para él. Pensó que, tal vez, ni siquiera sintiese la necesidad de mentirle porque se sabía a salvo de algún modo. ¿No le tenía miedo? ¿O lo creería un cobarde como sus hombres? Eso parecía decir su actitud y por un segundo, deseó hacerle daño, solo para demostrarle que no era un blando como creían, pero desechó la idea tan pronto como le llegó. Eso sería rebajarse al nivel del hombre en quien no quería convertirse. Eso lo acercaría demasiado a su padre.

—¿Por qué buscabais a Erienne? ¿Qué quiere Godred de ella? —comenzó el interrogatorio—
¿Para qué tanta molestia por una simple mujer?

El hombre no habló y Dougal lo observó de nuevo, buscando alguna señal de lo que estaba pensando. O tal vez, simplemente, esperase que lo dejase en paz después de ver que no tenía intención de responder. No sería así, pues necesitaba averiguar si conocían el secreto de Marrok. Todo apuntaba a que sí.

—¿No vas a decir nada? —preguntó—. Podría obligarte.

—No lo haréis —tal y como imaginaba, ese hombre no le tenía miedo porque no le creía capaz de hacerle daño—. Todo el mundo sabe que sois un blando y que acabaréis dejándome ir. Ahorrémonos esta tontería y llevaos a la muchacha a donde sea para salvarla, si es lo que queréis. Yo regresaré con mi señor. Creedme que le tengo más miedo a él que a vos.

Tal vez su forma de impartir justicia no había dado una imagen demasiado temible suya, pero no sentía haber fracasado como líder, a pesar de todo. Había buscado la paz y sus hombres lo admiraban por ello y lo seguían por lealtad. Sus enemigos habían probado su espada, pues no temía derramar sangre cuando era necesario y si lo subestimaban, peor para ellos. Y sus vecinos habían sabido ver lo valioso que era una alianza con él. No era un blando, no era un cobarde, tan solo hacía las cosas de una manera diferente.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no soy capaz de infligir daño? ¿Por qué? ¿Tal vez porque dejé ir a aquellos que no me eran leales? —con cada pregunta, el rostro del hombre le daba una respuesta afirmativa—. Eso no me hace cobarde, sino justo. Han podido elegir a qué bando pertenecer y los he dejado ir. Pero castigo si es necesario y no dudaré en hacerte daño si no me dices lo que quiero saber. Eso tenlo por seguro.

—¿Os creéis un hombre sabio? Habéis dejado marchar a gente que ahora ha luchado junto a Godred.

—Yo no obligo a nadie a seguirme y así me aseguro de que quien lo haga, no me traicionará.

—¿Cómo Magnus? —rió.

—¿Creéis que no os haré daño? —cambió de estrategia y sacó un cuchillo de su bota—. Quizá debamos ver si tenéis razón vos o yo.

—No me asustáis con eso —le dijo—. Nada de lo que vos podáis hacerme será peor de lo que reciba de mi señor cuando regrese con las manos vacías.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué no sé?

—Tu señor ha huido.

—Mentís —la ira impregnaba su voz.

—No miento. Godred huyó cuando mi padre apareció con sus birlinns. Ni siquiera presentó batalla —acercó su rostro al del hombre—. Él es el cobarde aquí. Huyó lejos, sin importarles los hombres que dejaba atrás.

—Mentís —gritó.

—Si te dejase libre ahora mismo, para cuando llegases al campamento de tu señor, ya no habría nadie allí. Te ha abandonado a tu suerte y no ha mirado atrás.

—Mentís —repitió—. Él no huiría jamás. Es un hombre valiente.

—Es un cobarde que se asustó al verse acorralado por huestes más numerosas que las tuyas. Estás solo y nadie vendrá a ayudarte. ¿Qué crees que te hará tu señor cuando sepa que has fracasado?

—Habremos fracasado —gritó a lo lejos su compañero, que había estado escuchando la conversación—, pero vosotros habéis perdido a...

—Silencio —lo detuvo su jefe.

—Tienes que decírselo —insistió—. No han ganado. Dile que lo hemos...

—Silencio, he dicho.

—¿Qué habéis hecho? —lo azuzó Dougal— ¿Perder a la mujer que vuestro señor os pidió que le llevaseis? No debe importarle mucho, si os ha dejado solos.

—No era a la mujer a quien quería —dijo el otro, que no guardó silencio a pesar de la advertencia que su jefe le envió—. Magnus le dijo que si le llevábamos a la mujer, conseguiría a la bestia.

—Cállate.

—Ya no importa —rió como si hubiese enloquecido—. Nada importa, porque no podremos regresar sin que nuestro señor nos mate por fracasar y...

—Cierra la puta boca o lo haré yo por ti.

—Y si no nos matase por no llevarle a la mujer, lo hará cuando sepa que hemos matado a la bestia.

—¿Qué has dicho? —Dougal se levantó y caminó hacia él. Sujetó su ropa y tiró de ella hasta alzarlo para que sus ojos quedasen a la par de los suyos—. Repite eso.

—La bestia está muerta —rió de nuevo.

—Mientes —fue su turno para usar la palabra.

—Lo vimos caer por el acantilado ayer, justo antes del anochecer.

—Pudo haber salido a nado en otra parte.

—Imposible —dijo el jefe ahora, resignado a contarlo, y llamando la atención de Dougal, que soltó al hombre—. Lo capturamos con una red. No estaba preparada para él, sino para la mujer, pero sirvió igualmente a nuestro propósito. Pero se despeñó por el acantilado antes de que pudiésemos atraparlo. Se hundió en el agua con la red todavía enganchada en su cuerpo. Es imposible que haya sobrevivido.

Dougal se sintió mareado por un momento. No podía aceptar que su mejor amigo estuviese muerto, pero eso explicaría por qué no estaba allí, junto a la mujer de su vida. Se pasó una mano por el rostro, tratando de asimilar lo que acababa de oír.

—¿Dónde? —preguntó después— ¿Dónde fue eso?

—Hacia el este. No lejos de aquí.

—Vosotros —señaló a un par de hombres—, venid conmigo a buscar a Marrok. El resto quedaos aquí vigilando a estos dos y cuidando de Erienne.

—Es inútil —le gritó el hombre, mientras lo ataban de nuevo al árbol—. A estas alturas no encontraréis ni el cuerpo. Ha pasado demasiado tiempo.

Ninguno dijo nada ante lo obvio de aquellas palabras pues sabían que tenía razón. Sin embargo, Dougal se negaba a aceptarlo, sin haber intentado encontrar a Marrok primero. Su amigo nunca habría desistido de estar en su lugar. Se lo debía. Si había la más mínima posibilidad de que hubiese logrado llegar a la orilla, debía averiguarlo, aunque aquella misión pareciese estar

destinada al fracaso incluso antes de iniciarse.

Cuando llegaron al lugar indicado, aunque buscaron durante horas, ya no había rastro de su amigo ni de la red en la que se había enredado. Habían llegado tarde. Demasiado tarde para salvar a Marrok.

EL VIAJE

Marrok despertó con un intenso dolor de cabeza. Su mano subió para masajearla, pero no pudo moverla, pues unas gruesas cadenas se lo impidieron. Sus ojos se abrieron de golpe y todo su cuerpo reaccionó con alarmante inquietud. Lo último que recordaba era la red que le impedía salir a flote en el agua.

Ahora estaba en un barco, encadenado, rumbo a un lugar que desconocía, con gente que no era la suya. Y su siguiente pensamiento fue para Erienne. La había estado protegiendo, pero ahora no sabía si estaba en el barco con él o si había quedado en tierra. Lo que no sería mejor, si Dougal no la encontraba. Pero al menos, sabía que no estaba muerta todavía, pues el berserker permanecía dormido.

—Eh, capitán —gritó un hombre al que le faltaban unos cuantos dientes y olía a pescado podrido— este ya se ha despertado.

Le dio un puntapié y Marrok rugió, asustándolo. Una sonrisa satisfecha escapó de sus labios cuando lo vio retroceder, con miedo. Incluso encadenado inspiraba temor en los hombres. Si dejase salir a la bestia, sería mucho peor, pero por el momento, no mostraría su mejor baza contra ellos. Primero debía saber quiénes eran y qué querían de él.

—Vaya, vaya —rió el que supuso, era el capitán—. De modo que no estás muerto.

—¿Acaso creías que lo estaba? —había pretendido no hablar, pero aquella frase resultaba muy tentadora.

—Llevas inconsciente cuatro días —le dijo—. Si no viese tu pecho subir y bajar, habría jurado que lo estabas.

Marrok arrugó la frente, tratando de hacer memoria, pero no había nada, más allá de la red. Pero lo que le preocupaba más, era saber si Erienne estaba a salvo con Dougal o en aquel barco con él.

—¿Dónde me encontrasteis?

—Fuiste una buena pesca —rió de nuevo el hombre—. Y serás una mejor venta cuando lleguemos a nuestro destino.

—¿Y cuál es ese destino? —preguntó, deseoso de saber a dónde lo llevaban.

—Creo que tú ya lo conoces —lo miró de arriba abajo—. Supongo que será como volver al hogar.

Marrok se tensó, al pensar que iban rumbo al norte, a la tierra que abandonó tantos años atrás pensando que no volvería a verla. Y en ese momento, si nada lo impedía, su pasado llegaría a él inexorable.

—No te tortures tanto —dijo el capitán—. Estoy seguro de que si has escapado una vez, podrás hacerlo una más. Pero antes, deja que saque una buena cantidad por ti. Son malos tiempos para el negocio y es raro encontrar especímenes como tú. Todos te querrán y podré pedir lo que se me antoje.

—¿Qué os hace pensar que permitiré que me vendáis como esclavo?

—Mira, muchacho —lo amenazó—, podemos hacerlo por las buenas o por las malas. A mí personalmente me gustan más las malas, pero preferiría no tener que maltratar la mercancía, no sé

si me entiendes.

—Yo no soy mercancía —tensó las cadenas, probando su consistencia, pero no tardó en comprender que le resultaría imposible liberarse.

—Lo eres —rió el hombre— y mientras no te venda en el mercado, te usaré como remero. Con esos brazos tan fuertes que tienes, estoy seguro de que podrás hacer el trabajo de dos hombres. Y así nos evitamos problemas de exceso de energía, ¿no crees?

A pesar de resistirse, lo llevaron hasta los remos y allí lo encadenaron, para que se ocupase de uno de ellos sin ayuda de otro remero. Tal y como había dicho el capitán, pretendía tenerlo tan agotado, que no se le ocurriese pensar en escapar. Lo que no sabía aquel hombre era que, de no estar ya en alta mar, nada le habría impedido regresar a tierra firme. Sin embargo, prefirió no rebelarse y obedecer, para que el hombre bajase la guardia con él. Una vez en tierra, buscaría la forma de huir y regresar con Erienne.

Los días se volvieron monótonos y cansados, pues los remeros no recibían comida a diario y su fuerza iba mermando con el paso del tiempo. Y las raciones que les daban de agua eran justas, solo para evitar que los hombres enloqueciesen durante el viaje. Marrok estaba convencido de que el capitán lo hacía así para evitar motines, pues no había nada más peligroso en un barco, que un grupo de hombres desesperados y sin nada que perder.

Aunque había intentado hablar con él en más de una ocasión, para hacerle entender que ganaría más con él si regresaban por donde habían venido, el hombre se negó a escuchar y lo castigaba sin comida durante una semana, por lo que al final, se rindió y espero a que llegasen a tierra para intentar escapar. Jamás se dejaría vender como esclavo, pues aunque huyese de su amo luego, la deshonra que eso suponía, sería un duro castigo para él, a la hora de acceder al valhalla.

Y de repente, un día algo cambió. El capitán empezó a alimentarlos con más frecuencia y a proporcionar más agua de la habitual. Todavía estaban en alta mar y no se veía tierra por ningún lado, pero Marrok supo que no tardarían en avistarla, pues el hombre ya los estaba preparando para lucir fuertes y saludables en la venta. Fue entonces cuando empezó a planear la forma de librarse de aquellas cadenas.

—Tú —lo llamó uno de los marineros, que había estado flagelándolo cada vez que no rendía como debía, o él lo consideraba así—, el capitán quiere verte.

Aunque se lo había dicho, no tardó en sujetarlo por las cadenas que le habían puesto y tirar de ellas para llevarlo. De todos cuantos había en el barco, ese era, sin duda, al que más ganas tenía de romper todos los huesos del cuerpo. Uno a uno, con lentitud, para que sufriese un dolor atroz, como el que había infligido a todos los remeros con el látigo. Los había despojado de su humanidad, por diversión y lo había disfrutado. Hombres como aquel, no merecían considerarse así, si no escoria.

—Marrok, toma asiento —a pesar de que el capitán no era mucho mejor que sus hombres en el trato que le daba a los esclavos, con él siempre había tenido una especial consideración. Todavía no sabía si se debía a que su corpulencia lo intimidaba o simplemente que tenía planes especiales para él. De todas formas, se mantenía alerta en su presencia siempre—. A más no tardar, mañana llegaremos a tierra al fin. Esta ha sido una travesía dura, ¿no crees?

En el transcurso del viaje, habían sufrido varias bajas debido a las fuertes tormentas que los asolaron. Y no solo de esclavos, sino de miembros de la tripulación. No los suficientes como para pensar en incitar a los hombres a un motín, pero el capitán había sabido ser precavido, incluso en eso.

—¿Por qué me habéis mandado llamar?

—Verás —se rascó la barbilla—, he de confesarte que no he sido totalmente sincero contigo,

Marrok. Hay algo que no sabes y que creo que mereces saber.

—¿A qué os referís? —permaneció tranquilo mientras hablaba, o al menos, eso le hizo creer al capitán.

—No te pescamos en el mar, exactamente —le dijo—. Y no estábamos en esa costa de paso, sino esperando por ti. Alguien me pagó mucho dinero para traerte a casa de nuevo y me pagará mucho más cuando estés en su poder.

—¿Por qué me lo contáis ahora? —solo una persona se habría tomado tantas molestias por él, por lo que ya sabía quién era aunque no le hubiese dado todavía el nombre.

—Porque me has caído en gracia —rió, algo que lo hizo sonar demasiado falso.

—Si lo que insinuáis es que os pague más para que me liberéis antes de ir con mi mentor —el capitán parecía sorprendido por su alusión—, ya podéis ir olvidándolo porque no os daré nada. Y harías bien en mantener estas cadenas en mis manos y piernas, si no queréis perder su dinero también, porque no seré un manso corderito al bajar a tierra firme.

—Eso no me preocupa —rió de nuevo—, pues cuando lo hagas, ya no serás mi problema, sino el suyo. Pero no era dinero lo que pretendía pedirte, sino un pago en especias. Que trabajes para mí hasta que me hayas hecho ganar el dinero que perdería si no te entrego.

—Y esa sería una trampa todavía mayor para mí —dijo— pues nunca me diríais la deuda a saldar, para tener el privilegio de conservarme durante muchos años.

—Eres un tipo listo —al parecer, sus duras palabras no lo ofendieron—. De acuerdo, pues. Si esa es tu última palabra, mañana recibiré el segundo pago por ti y ya no serás más mi problema.

—Cuando vayáis a buscar vuestro dinero, decidle a mi mentor que ha cometido un error —dijo levantándose de la silla—. Que su ansia por recuperarme, lo matará.

Salió del camarote del capitán y el hombre que había ido a buscarlo, lo esperaba fuera, para llevarlo hasta su remo. Marrok no pronunció palabra alguna, pero el hombre no dejó de empujarlo e insultarlo hasta que llegaron, y por eso, el berserker que llevaba dentro y que había permanecido dormido toda la travesía, se quejó y obligó a Marrok a girarse hacia el marinero y propinarle un golpe con la cabeza, tan fuerte, que le partió la nariz.

—Esto no se quedará así —bramó el hombre, tratando de controlar la hemorragia que le había causado—. Te voy a...

—No harás nada —gritó el capitán, tras él—. Si no está en perfectas condiciones a la hora de la entrega, no me darán el dinero, así que no vas a tocarlo más.

—Pero, capitán, no...

—He dicho que no lo tocarás —habló alto para que lo escuchasen todos—. Nadie le hará nada, ¿entendido?

—Sí, mi capitán —corearon todos al mismo tiempo.

Y aunque miró a Marrok como si ahora le debiese un favor, este no se lo agradeció, pues después de tanta monotonía en las últimas semanas, necesitaba algo más que seguir remando para agotar su energía. Su berserker había permanecido en calma durante todo el viaje en barco, pero ahora estaba más inquieto de lo habitual, seguramente porque sabía que quien les esperaba en tierra era Ulric. Y el berserker tenía una cuenta pendiente con él. Una que Marrok no le había dejado saldar antes de huir años atrás.

Por aquel entonces, ni siquiera era capaz de recordar lo que sucedía cuando la bestia se apoderaba de él, y mucho menos controlarla. Ahora, desde que se había permitido amar a Erienne, la simbiosis entre bestia y hombre era tal, que casi podrían comunicarse entre sí con palabras, si no fuesen la misma persona. Pero lo hacían mediante pensamientos y sensaciones, que era prácticamente lo mismo desde que sabía cómo interpretarlos.

Y aunque había pensado en huir para no convertirse en un esclavo, saber que sería Ulric quien lo quería, había hecho cambiar sus planes. Se iría con él y haría lo que debía haber hecho años atrás: lo enfrentaría y después regresaría a casa, con Erienne. Porque sabía que seguía viva. El berserker estaba tranquilo, lo que le decía que Dougal había podido encontrarla.

Todavía no entendía cómo el berserker era capaz de saberlo con tal certeza, pero lo hacía y le bastaba con eso para asegurarle que algún día se reuniría con ella de nuevo, lo que lo había mantenido cuerdo durante toda la travesía por mar.

Como había dicho el capitán, atracaron a la mañana del siguiente día en el puerto. Los marineros querían bajar ya, pero el dueño del barco les ordenó esperar. Nadie sabía la razón. Nadie salvo Marrok, que sabía que el hombre iría a cobrar la parte que le faltaba del trato hecho con Ulric. Al parecer, era cierto también, que cuando bajase de aquel barco, el capitán ya no sería responsable de él.

—Pudo haber sido diferente —le dijo, cuando regresó—, pero así lo has querido.

—No había otra forma —le respondió, sin añadir que lo que buscaba era escapar y regresar a su hogar, y ello, sin desmerecer su entrada al valhalla cuando llegase el momento.

—Supongo que no —se lamentó. Sin embargo, lo liberó de sus cadenas, antes de despedirse—. Espero que tu decisión no se vuelva contra ti.

Marrok no dijo nada, pues tenía los ojos puestos en el hombre que lo estaba esperando en el puerto, con los brazos en jarras. El duro gesto en su cara le decía que no estaba feliz, a pesar de haberlo encontrado. Y Marrok no podía estar más de acuerdo.

—Ya era hora, muchacho. Tenemos mucho que hacer.

ASUNTOS PENDIENTES

—Ya no soy el Marrok que conociste, Ulric —le dijo, en su camino a las tierras del último—. No aceptaré tus órdenes sin discutir, si es lo que estás pensando.

—Te salvé la vida —le recordó— y tienes es una deuda de sangre conmigo ahora.

—No me salvaste la vida, solo me acogiste en tu hogar y me prepararse para ser un guerrero letal. Pero no fue en mi beneficio, Ulric, sino en el tuyo propio. Eso no me obliga a nada.

—Si no te hubiese acogido, ahora estarías muerto.

—Eso nunca lo sabremos.

—Estos años lejos te han vuelto un déspota —se quejó.

—Me han vuelto más sabio, más independiente. Ya no vivo para lo que los demás quieran de mí, sino para lo que yo quiero. Y te diré una cosa, Ulric, no me voy a quedar mucho por aquí. No era mi deseo volver, así que no esperes que todo sea como antes.

—Si crees que esta vez podrás escapar de mí...

—No voy a escapar esta vez —lo interrumpió—. Pienso regresar a mi hogar.

—Tu hogar está aquí —bramó—, a mi lado. Haciendo lo que yo te pida.

—Quizá el Marrok joven e inexperto lo creyese, pero no el que soy ahora. Te di la oportunidad de hacer lo correcto hace años y decidiste ignorarme —le recordó ahora él—. Huí para no enfrentarme al hombre que le dio un objetivo a mi vida, pero ya no te debo nada y no pienso quedarme. Y si debo enfrentarme a ti, esta vez lo haré, Ulric. No te quepa duda.

—Sé cómo controlarte, Marrok.

—Eso era antes —susurró, para que Ulric no lo pudiese oír. Su mejor baza contra él era que no supiese que el berserker y él ahora actuaban como uno solo, así que esperaría el momento adecuado para demostrar cuán diferente era ahora del Marrok que recordaba.

El paisaje se le hizo dolorosamente conocido, cuando pasaron cerca de la aldea que lo había visto crecer. Y por un segundo, deseó buscar a su familia. ¿Vivirían sus padres todavía? ¿Tendría su hermana, un esposo e hijos? El anhelo de reencontrarse con ellos creció y a punto estuvo de pedirle a Ulric que parasen allí. Sin embargo, guardó silencio y se prometió buscarlos en cuanto ajustase cuentas con su mentor.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó, pues sabía que las tierras de Ulric no estaban tan cerca de la costa.

—Verás, Marrok —le explicó Ulric—. La Iglesia pretende coronar a Magnus Erlingsson como rey de Noruega y no podemos consentirlo.

—¿Y has abandonado tus tierras para intentar ser el rey en su lugar? —supuso.

—No seas estúpido, nadie apoyaría mi causa —bufó—. Sverre es el más adecuado para ello. Hace poco más de un mes que fue nombrado líder de los birkebeiner y desde entonces, ha empezado una revuelta contra Magnus y sus seguidores. Pero la Iglesia es poderosa y no permitirá, así como así, que su elegido cese en el puesto, así que habrá que hacerlo por las malas.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero a tu berserker —remarcó—. Con él de nuestra parte, podremos ganar esta guerra.

—Un solo berserker no hará la diferencia —le dijo—. No participaré en guerras que no me

incumben, Ulric.

—¿No te incumbe tu país?

—Este ya no es mi hogar. Tú me has arrebatado de mi nuevo hogar, del único lugar donde me he sentido en casa, apreciado y valorado por quién soy y no por la bestia que llevo dentro.

—No seas iluso, muchacho, nadie da algo por nada. Si te quieren allí, será porque puedes serles útil.

—Claro que les soy útil, pero como Marrok, pero eso es algo que nunca entenderás, porque a ti te mueve la avaricia. No piensas en nadie más que en ti y en lo que puedes conseguir utilizando a la gente.

—Te di un hogar cuando nadie más te quería, Marrok —le reclamó—. Me lo debes.

—Creo que ya te lo has cobrado con creces.

—Sverre cuenta con que te lleve ante él —lo amenazó— y eso haré, con o sin tu colaboración.

—Buena suerte con eso, Ulric.

Se levantó y salió del cuarto, dispuesto a alejarse de él hasta que se tranquilizase. El berserker reclamaba su sangre y apenas conseguía mantenerlo a raya, tan fuerte era su deseo. Podía entenderlo, pues así como había enseñado al hombre a ser el mejor guerrero de todos, también había obligado a la bestia a ser más sanguinaria. Nunca había podido recordar cómo Ulric se ensañaba con el berserker, pero despertaba con la piel en carne viva muchas veces y aunque se curaba rápido, sabía que el daño calaba hondo en la bestia. Ahora que eran uno solo, sentía su rabia y le costaba controlarlo. También él quería pelear con Ulric, pero nunca había sido su intención matarlo y eso no había cambiado en todos aquellos años lejos de Noruega.

—No me des la espalda, Marrok —le gritó, yendo tras él—. Soy quien ha hecho de ti lo que eres hoy. No me abandonarás otra vez.

—En eso estás muy equivocado —lo enfrentó. No había esperado que fuese así, pero al ver cómo la gente se amontonaba a su alrededor, pensó que cuanto antes acabasen con aquello, antes podría regresar a casa—. Soy como soy ahora por la gente que he conocido en mi viaje. Cuando me fui, no era más que una cáscara vacía y una máquina de matar sin escrúpulos. Tú me convertiste en eso, Ulric. Tú pretendías arrebatarme mi humanidad para convertirme en odio y deseo de muerte. Pero ahora tengo amigos, compañeros, que me valoran y que escuchan mis consejos. Ahora...

—Sigues perteneciéndome —lo interrumpió Ulric.

—Nunca lo hice —bramó con rabia, sintiendo cómo el berserker se unía a su protesta—. Pagué mi deuda en los años que te serví, Ulric. Y lo hice con creces. No te debo nada ya. Me has obligado a venir para nada.

—Sverre cuenta contigo.

—No deberías haber hablado en mi nombre, Ulric. No te corresponde hacerlo —le dijo—. Puedes decirle de mi parte que lamento el malentendido, pero que no tengo intención alguna de luchar por nadie.

—Lo harás —lo amenazó, desenvainando la espada en el proceso—. Claro que lo harás.

Marrok no tenía armas, pero sabía cómo derrotarlo: negándole la única cosa que su mentor ansiaba. Y no sabía cómo reaccionaría el berserker al saberlo, pero no le daría opción a negarse. Si se ponía demasiado loco, usaría el colgante que le había dado Erienne, ya no para opacar el olor a sangre, sino para recordarle a la bestia que ella era su destino, no una pelea con aquel hombre. Se resarcirían con algunos golpes y la humillación pública, pero no le darían lo que quería.

—No encontrarás lo que buscas, Ulric —le advirtió.

—Eso ya lo veremos —realizó un gesto a sus hombres, para que estuviesen preparados, y después, se llevó la espada a la mano para hacerse un corte en ella y luego dejar que la sangre hiciese el trabajo. Así había controlado siempre a Marrok, valiéndose de la locura del berserker. Esperó a que el olor a sangre llegase a él, pero al ver que Marrok seguía siendo el hombre y no la bestia, su determinación flaqueó.

—¿Qué clase de brujería es esta? —le preguntó, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Ahora estamos solos tú y yo, Ulric —se acercó a él—. Deja el arma y luchemos de hombre a hombre. Como ves, el berserker no saldrá hoy.

Aprovechando su confusión, se lanzó sobre él y logró desarmarlo de un solo golpe. Ulric reaccionó pronto, como el guerrero que era, para defenderse, pero no pudo hacer más que tratar de cubrirse para evitar los puños de Marrok, que lo golpeaba no solo con su ira, sino también con la del berserker en su interior. Los dos juntos, hicieron lo que años atrás habían querido y no se habían atrevido por las consecuencias que les habría acarreado aquello. Ahora ya no se sentían en deuda con Ulric y hacerle pagar por todo lo que él les había hecho no parecía tan deshonesto.

—Basta —gritó el hombre, después de varios minutos—. Detente.

—Eso no es lo que decías —rugió el berserker— cuando me llevabas al límite. No es lo que pasaba cuando ya no podía más. Nunca era suficiente para ti, siempre me exigías más y más, hasta que me rompía. Ahora no habrá piedad para ti. Ha llegado el momento de que pagues por tus pecados.

Sin embargo, Marrok no estaba de acuerdo con ir tan lejos y se hizo valer, recordándole al berserker que Erienne no lo habría aprobado.

—Si lo matas, ya no habrá vuelta atrás —le dijo—, ya no seremos el hombre que ama. El feroz defendiendo a los suyos, pero juicioso a la hora de impartir justicia.

Le costó dos golpes más soltar a Ulric, pero no hubo que lamentar su muerte, ni le impidieron marcharse tampoco, cuando comenzó a alejarse. Y pudo hacerlo con la cabeza alta y el orgullo intacto, no como años atrás, en que se sintió un cobarde y un renegado.

—Marrok —alguien lo llamó y se detuvo al ver que la hermana de Ulric corría hacia él.

—Te hacía muy lejos de aquí —le dijo, nada más darle alcance.

—Mi esposo murió hace un año y regresé con Ulric —le explicó, antes de decirle por qué lo había detenido— ¿Pensabas irte de nuevo sin despedirte? Después de lo que sucedió entre nosotros, creo que me merezco algo mejor que eso.

—Lo que pudo haber entre nosotros, se acabó mucho antes de empezar. Tu hermano lo dejó claro.

—Pero mi hermano no gobierna en los sentimientos —se acercó más a él—. Soy viuda ahora, mi hermano no puede decirme qué hacer. Podría irme contigo, si tú quisieras...

—Buscarte a alguien que te ame como te mereces —le sugirió—. Yo no puedo hacerlo, lo lamento.

—¿Crees que mi hermano nos perseguirá? ¿Es por eso que finges que ya no sientes nada?

—No quiero hacerte daño —la miró— y si me obligas a hablar, es lo que conseguirás. Debes olvidarme.

—Solo fui un reto para ti, ¿verdad? La hermana de tu mentor era un gran trofeo a conseguir.

—En su momento, fuiste muchas cosas para mí, pero nunca un objetivo o una recompensa.

—¿Entonces?

—Ya no soy el hombre que tú conociste.

—Podría aprender a amarte de nuevo.

—Pero yo ya no podría corresponderte —la tomó de las manos—. Mi corazón no es libre

ahora. Hazme caso y búscate a un hombre bueno que te ame, no busques poder o riqueza, pues eso no da la felicidad.

—¿Qué sabes tú de felicidad? —se alejó de él—. No me engañas, Marrok. No puedes amar porque tu alma es negra y está podrida.

Marrok lamentó escuchar aquellos insultos de parte de la primera mujer que había logrado remover algo en su interior diferente al odio y la ira, pero no podía hacer nada para que cambiase de opinión, pues todo lo que le dijese, sería insuficiente para ella. Por eso, se dio media vuelta y continuó su camino, mientras la mujer soltaba pestes contra él a pleno pulmón. No echaría de menos aquel lugar, desde luego.

Para cuando llegó al pueblo donde se crió, el sol ya se estaba ocultando en el horizonte. Pensó en pasar la noche en cualquier lugar, pero sus ganas de ver a su hermana y saberla a salvo, eran más poderosas, y siguió su camino hasta la granja de sus padres en las afueras de la aldea.

No sabía la bienvenida que le darían, después de irse sin decir nada, pero tenía que intentarlo, al menos. Si lo echaban de allí, no importaba, siempre que viese que ellos estaban bien. El mucho o poco tiempo que los pudiese ver, sería suficiente para él.

Oyó ladrar a un perro a lo lejos, mientras distinguía una tenue luz en la ventana de la cocina. Se acercó con cautela, pues no quería asustarlos. El sol hacía ya una hora que se había ido, y la oscuridad ocupaba su lugar ahora.

—¿Quién va? —supo distinguir la voz de su padre en la negrura de la noche y su corazón se aceleró—. Tengo un arma y no dudaré en usarla.

—Soy yo, padre —dijo, esperando que recordase su voz todavía—. He vuelto a casa.

Nada más se escuchó, pero Marrok siguió avanzando hacia él. De repente, la luz de un candil surgió de la casa y el rostro de su hermana quedó iluminado por él. Había crecido, pero seguía siendo igual a como la recordaba. Una sonrisa se escapó por unos segundos a su control, y el alivio lo inundó al verla sana y salva. Era lo que más había anhelado su alma, la razón por la que había permanecido lejos de su familia: que su hermana estuviese viva. Y lo estaba.

—Marrok —dijo ella, al reconocerlo.

Después, soltó el candil y echó a correr hacia él para fundirse en un abrazo eterno, mientras sollozaba en sus brazos, feliz por tenerlo de vuelta.

FAMILIA

—Siento haberme ido como lo hice —les dijo a todos, al entrar en la casa. Su madre lo había abrazado, feliz por verlo, pero no así su padre, que seguía mudo y su frente estaba arrugada por el enfado—, pero no tenía elección. No...

—Claro que la tenías —explotó su padre—. Huiste como un cobarde, en lugar de enfrentar tus problemas con valentía. Al Valhalla no se entra huyendo.

—Tenía diez años, padre —contravino— y sé que para ti no es excusa, pero me había pasado algo demasiado difícil de asumir y... casi mato a Eyra.

—Nunca te lo tuve en cuenta —respondió ella—. Eras mi hermano mayor y sabía que jamás me harías daño a propósito.

—Pero te lo hice. Apenas podía controlarme cuando... cuando la bestia se apoderaba de mí. Era un peligro para todos. La única solución era irme y cuanto más lejos mejor para vosotros.

—Te habríamos ayudado —dijo su madre, con la mano en el pecho.

—¿Cómo? —negó—. Durante años se necesitaron a diez hombres para controlarme cuando salía la bestia. No podríais haber hecho nada. Os habría matado.

—Eso no lo sabes, Marrok. Ni siquiera nos has dado la oportunidad de intentarlo —repuso su padre.

—No podía arriesgarme a mataros.

—Ya basta —Eyra intervino—. Ya no importa si hizo bien o mal. El pasado debe quedarse atrás. Miremos hacia el futuro. Ahora está aquí y eso es lo que importa.

—¿Te vas a quedar con nosotros? —preguntó su madre con esperanza.

—Hay una mujer esperando por mí —le dijo de forma vaga.

—¿La amas? —preguntó su hermana.

—Más que a mi vida —le confesó.

—¿Y si te vas a ir por qué has vuelto? —su padre seguía enfadado.

—Porque sentía que debía veros —le confesó—. Cuando me fui era demasiado joven para entender que no os vería nunca más. Solo pensaba en salvaros de mí. Sin embargo, con el paso de los años, muchas veces me arrepentí de, al menos, no haberme despedido como debía. Deciros que no os preocupaseis de mí, que yo estaría bien allá donde fuese. Y que jamás dejaría de amaros. Somos familia.

—No podías saber que estarías bien —dijo Eyra.

—Tampoco podía saber que vosotros lo estabais, pero así lo creía. Y eso es mejor que nada.

—Y por eso has venido —su padre se levantó—. Pues ya has visto que estamos bien. Ahora te puedes largar.

—No le hagas caso —dijo la madre de Marrok cuando el hombre se fue—, para él ha sido duro perderte, hijo. Tenía puestas en ti todas sus esperanzas con la granja.

—Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes, madre —se lamentó—. Habría estado encantado de cumplir todos los sueños de mi padre.

—¿Ya te has desecho de la bestia? —preguntó Eyra, de repente, cambiando radicalmente de tema.

—No, pero ahora hemos hecho las paces y ya no sale cuando quiere. Puedo controlarla.

—Me alegro —sonrió—. Esa mujer que te espera, ¿sabe lo que eres? ¿Lo que tienes dentro?

—Ella me ayudó a entenderlo y aceptarlo —asintió.

—Entonces es la indicada —varias lágrimas escaparon a su control y se deslizaron por sus mejillas.

—¿Qué sucede, hermana?

—Nada.

—Esto —dijo, limpiando sus lágrimas— no es por nada.

—Su esposo está preso y no tenemos dinero para que lo liberen.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está preso?

—Ulric —explicó su hermana— se apoderó de nuestras tierras en nombre de Sverre y nos está cobrando por trabajarlas. Son nuestras, Marrok, no tuyas. Einar se negó a seguir pagando y lo llevó preso. Le debemos el doble de lo acordado, si queremos que salga libre.

—¿Ulric se ha apoderado de todo? —su voz ya no era la misma y las mujeres se estremecieron al escuchar el tono de ultratumba. Marrok cerró los ojos y cuando los abrió de nuevo, su voz había vuelto a ser la suya—. No puedo creer que haya sido capaz, aunque... ahora todo tiene sentido. Me extrañó encontrármelo cerca de la costa cuando sus tierras están en el interior.

—Einar es un buen hombre —dijo su madre— y tu padre se siente culpable por no haberlo defendido. Pero no podía... ya no puede, Marrok. Se está muriendo y eso le pesa en el alma. Cree que ya no podrá entrar en el Valhalla.

—Padre ha sido un hombre valiente toda su vida. Que no muera en la batalla no le privará del Valhalla.

—Tengo miedo de que cometa una locura.

—Hablaré con Ulric —decidió—. Me temo que no seré bien recibido ahora, pero haré que libere a tu esposo lo quiera o no.

—Y yo iré contigo —sentenció su padre, que al parecer, lo había oído todo.

—No —dijeron los tres al mismo tiempo.

—Me estoy pudriendo por dentro —les dijo— y quiero acabar mi vida como el hombre que he sido siempre. Quiero morir con la espada en la mano, usándola o sin usarla, pero defendiendo a los míos. No esperaré aquí, como si fuese una mujer o un tullido.

—De acuerdo, entonces —Marrok podía entenderlo.

—No, hijo —su madre le suplicó.

—Madre, se está muriendo. Déjale elegir el modo.

Una vez listos, Elgin se despidió de su familia como si no fuese a volver. Marrok pensó que tal vez ese era su plan, provocar una disputa con Ulric para poder morir como un guerrero y no como un viejo.

—No creas que esto cambia algo, hijo —le dijo por el camino—. Sigo pensando que no debiste irte.

—Lo sé, padre —admitió—. No vine buscando tu perdón ni el de nadie. En realidad, puestos a ser sinceros, no regresé por voluntad propia, pero una vez aquí, sentí la necesidad de comprobar que estabais bien. Sé que no merezco vuestro perdón por haberme ido, pero el saber que habéis permanecido juntos me reconforta. Solo lamento no haber podido cumplir tus sueños en la granja, padre, pues sé que tenías grandes planes para ella con mi ayuda, pero créeme cuando te digo, que quedarme habría sido infinitamente peor. Traté de protegeros de mí de la única forma que supe. Con diez años, las opciones no abundaban.

—No me dolió tu marcha, sino la falta de confianza.

—La confianza no te habría ayudado, padre —insistió.

—Eso nunca lo sabremos.

Aunque la idea de Marrok era hablar pacíficamente con Ulric, su padre insistió en pasar por el pueblo y llamar a las armas a los demás. Elgin no solo quería recuperar a Einar, sino que pretendía echar fuera de sus tierras a los hombres de Ulric. Y Marrok no podía estar en contra de ello, pues de ser sus tierras aún, lo habría organizado él mucho antes.

Para cuando llegaron al asentamiento de Ulric, todo hombre y mujer capaz de empuñar un arma se había unido a ellos. Los hombres de su mentor se situaron alrededor de su jefe para protegerlo, pues todavía se veía débil por la paliza que le había propinado.

—Parece que alguien se ocupó de ti ya —rió Elgin.

—¿Acaso vienes a rematar la faena, Marrok? —gritó Ulric, ignorando al padre—. No te será tan fácil esta vez. Yo tengo guerreros y tú unos cuantos granjeros que empuñan mejor una horquilla que una espada.

—Te sorprendería ver de lo que somos capaces con la horquilla, desgraciado —Elgin no se dejaría ignorar—. Pero hemos traído espadas y te demostraremos cuán capaces somos con ellas también. Libera a Einar y a los otros y abandona estas tierras para siempre.

—¿O qué? —ahora le prestó atención.

—O te arrepentirás —le respondió— de haberte metido con estos granjeros.

—Marrok —volvió su mirada hacia él—, harías bien en llevártelos ahora que todavía puedes. Si me enfadan, no habrá piedad para ellos.

—Son sus tierras las que defienden —le aseguró—. Si se te ocurre empezar una pelea, perderás.

—No pueden hacer nada contra mis hombres —gritó—. Han nacido para la lucha.

—Ellos tal vez no —dijo, antes de dejar que el berserker saliese. Su voz sonó más gutural e incluso los que lo acompañaban se asustaron—, pero no estarán solos.

Ulric dudó por un momento, pero se creía vencedor, con sus hombres infinitamente más preparados que los aldeanos. Antaño había podido manejar a Marrok cuando se transformaba en el berserker y pensó que podría hacerlo de nuevo. Y ese fue su error.

—Atacad —ordenó, sin saber que el berserker no era ya tan vulnerable como cuando él lo conoció.

Aunque sus hombres trataron de sujetarlo, nadie fue capaz de pararlo. Ulric descubrió que ya no mataba sin control, con una sed de sangre infinita. Ahora, sus movimientos eran calculados y no segaba las vidas a su paso, sin saber si eran amigos o enemigos. Ahora elegía a sus contrincantes e incluso evitaba matarlos, si no era estrictamente necesario.

—Qué maravilla —susurró, antes de correr hacia él en un ataque suicida, que acabó con su vida.

Sus hombres se dispersaron rápidamente, huyendo a las tierras a las que pertenecían, con los vítores a sus espaldas, coreados por los pueblerinos.

Marrok, con ayuda de la fuerza del berserker, abrió las improvisadas celdas para liberar a los hombres y luego la bestia decidió dormirse. Había conseguido lo que quería: la muerte de Ulric.

—Elgin —alguien gritó su nombre y Marrok miró hacia él. Su padre estaba en el suelo, bañado en sangre.

—Padre —se situó a su lado y se arrodilló para tenerlo más cerca.

—Ahora lo entiendo, muchacho —le dijo—. He visto a la bestia en acción y sé que no habría podido salvarnos de ella. Entiendo por qué tenías que irte y te estaré eternamente agradecido por ello. Nos veremos en el Valhalla, hijo. Y lo celebraremos juntos comiendo y bebiendo con los

dioses.

—Buen viaje, padre —no quería empañar su momento de gloria, así que se limitó a verlo partir.

—Así que tú eres el hijo —dijo el hombre a su lado.

—Y tú has de ser el esposo de mi hermana —supuso.

—El mismo —le tendió la mano para apretársela—. No pensé que podría conocerte algún día y me alegro de que haya sido hoy. Ulric pensaba ejecutarlos a todos mañana, si no recibía los pagos exigidos. Me habría ido luchando, por supuesto, pero no quería dejar a tu hermana sola. Y ahora con más razón, pues tu padre ha partido hacia el Valhalla.

—Entonces ve con ella —le dijo—. Y cuídalas bien.

—¿No te quedas?

Marrok se lo pensó un momento antes de tomar la decisión. Quería regresar a su hogar, con Erienne, y aun así, sentía que no podía irse tan pronto. Que su familia lo necesitaba y no podía hacerles lo mismo. No podía abandonarlos sin más.

—Me quedaré un tiempo —sentenció.

Cuando regresaron a casa, Eyra corrió a los brazos de su esposo, mientras su madre se acercaba a ellos con lágrimas en los ojos, al ver el bulto que cargaba uno de los caballos.

—Así debía ser —sollozó la mujer, abrazándose a él. Y fue justo en ese instante cuando Marrok comprendió que había tomado la decisión correcta al quedarse.

CAMBIOS

Tres años más tarde

La nieve empezaba a derretirse y convertía el camino en una trampa mortal, pero no le impidió avanzar. Su deseo de llegar era más fuerte que los obstáculos en el camino. Llevaba tanto tiempo viajando, que había olvidado lo que era la lumbre en el hogar, una buena cama o una comida caliente. Pero ahora que estaba tan cerca, nada de eso importaba ya. Si cerraba los ojos, casi podía ver su objetivo con total claridad, tal y como era cuando lo había dejado. Y, sin embargo, cuando lo alcanzó al fin, comprobó que mucho había cambiado. El lugar estaba más fortificado, el establo era más grande y las viviendas se habían ampliado, dentro y fuera del recinto amurallado. La gente iba y venía, en un caminar ajetreado, hablando, riendo y compartiendo. Nada era ya como lo recordaba y aun así, reconoció olores familiares en el aire, identificó voces conocidas entre docenas de ellas y vio detalles que hacían de aquel lugar, el hogar que había tenido que abandonar tres años atrás por la fuerza.

Había regresado al fin, anhelando una única cosa. La misma que le había recordado que su viaje no había terminado al llegar a su antiguo hogar. Erienne. Ella había sido siempre su objetivo final. Volver a ella era lo que su berserker y él más deseaban, pero no quiso hacerlo hasta asegurarse de que su familia estuviese bien. Les había pedido que lo acompañasen, pero no quisieron abandonar sus tierras y aunque le dolió, no pudo reprochárselo. Tampoco él quería renunciar a Erienne.

La relación con su berserker había ido mejorando en aquellos años, hasta el punto de poder invocarlo solo cuando lo necesitaba, incluso si había mucha sangre de por medio. Ya no necesitaba el frasco de Erienne, pero lo había conservado para olerlo cuando echaba de menos a la mujer que amaba.

—Marrok —escuchó una voz que sonaba sorprendida a su lado.

—Es Marrok —exclamó alguien más, no muy lejos.

Sin embargo, no se detuvo. Su mirada estaba fija en la gran casa y sus pasos lo llevaban allí por inercia. Ya tendría tiempo de saludar a todos más tarde, cuando hubiese visto a su mujer. Ansiaba abrazarla y besarla, impregnarse de su aroma. Quería convertirla al fin en su mujer. Su berserker quería reclamarla como suya también. Nada más importaba en ese momento.

—Está vivo —más voces se unieron a las primeras y antes de que llegase a la casa, Dougal ya había sido avisado de su llegada.

Lo vio salir por el portalón y observarlo con miedo. Supuso que él tenía esa misma mirada, pues todavía esperaba despertarse y descubrir que era un sueño. Uno de tantos que había tenido en aquellos años en que esperaba poder volver y hacerlos realidad.

Finalmente, se acercaron y se fundieron en un fuerte abrazo, que parecían no querer terminar nunca.

—Marrok, hermano -le dijo Dougal cuando lo soltó—. No es un sueño. Estás aquí de verdad.

—He vuelto, Dougal —le dijo con solemnidad, como si le recordase una promesa hecha y cumplida.

—Te hacía muerto —frunció el ceño al recordarlo—. Te busqué durante meses, pero no

encontré nada. Ni la red con la que te habían atrapado. Creí que te habías ahogado.

—Por poco fue así —no era algo que quisiese recordar.

Era un hombre de mar, lo llevaba en la sangre, pero solo al conocer a Dougal había aprendido a nadar. Y sus escasos conocimientos no le habían servido de ayuda cuando aquella red comenzó a arrastrarlo al fondo. Por unos interminables minutos, había creído que aquel sería su fin.

—¿Qué pasó? —le preguntó Dougal.

—El berserker nos mantuvo a flote —le dijo.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, Marrok? ¿Qué pasó después de que cayeses al mar?

—Es una larga historia, Dougal —le dijo—, y puede que algún día...

Su voz se detuvo al ver salir a una bella mujer del interior de la casa, cargando en sus brazos un niño tan idéntico a su amigo, que no dudó de quien eran. Ella lo miraba con curiosidad y una pequeña sonrisa en los labios.

—Tienes un hijo —le dijo a Dougal, sin dejar de mirar a la mujer y al niño.

—Dos, en realidad —sonrió, orgulloso—. Duncan ha de estar en el campo de entrenamiento, como siempre. Tiene dos años y ya blande la espada con tal soltura, que pareciera que hubiese nacido con ella. Ese niño tiene alma de guerrero, sin duda.

—Dos hijos —ahora lo miró a él—. Tanto me he perdido de tu vida.

—Recuperaremos el tiempo, Marrok —apoyó la mano en su hombro—. Ven, te presentaré a mi esposa.

—Nunca creí poder conocer al hombre que le salvó la vida de mi esposo en tantas ocasiones —le dijo ella, con admiración—. Bienvenido a tu hogar, Marrok. Si me permites usar tu nombre, pues he oído hablar de ti tanto, que ya te siento como de la familia aún sin conocernos.

—Sois mi señora, lady Elisabeth —se inclinó hacia ella—. Podéis usar mi nombre si así os place.

—Pero tú harás lo mismo, Marrok —recolocó a su hijo en la cadera, antes de rodear a Marrok con su brazo libre en un abrazo que le supo a bienvenida sincera y real—. Me alegro tanto de que estés vivo.

—Gracias —no sabía qué más decir.

—Hola —el niño lo miraba con curiosidad—. Me llamo Dougal, como mi papá.

—Hola, Dougal —le sonrió—. Es un nombre adecuado para ti, pues también te pareces mucho a tu papá.

—Pasemos dentro —sugirió Elisabeth—. El frío todavía persiste. El invierno parece no querer abandonarnos este año.

Mientras hablaba, Marrok vio la mirada enamorada que le dedicó su amigo a su esposa.

—Encontraste el amor —le dijo—, después de todo.

—Debí hacerte caso mucho antes —sonrió—. Elisabeth es una mujer maravillosa. No solo ha sido un apoyo constante desde nuestros esponsales, además me ha aportado mucho más de lo que jamás esperé de este matrimonio. Es mi amiga, mi confidente, la madre de mis hijos y la mujer que siempre ansié encontrar.

—Me alegro por vosotros, amigo —fue su turno para apoyar la mano en el hombro de Dougal—. Y eso me recuerda que tengo algo que hacer antes de seguir hablando contigo. Algo que he esperado tres años.

—No está —dijo Dougal en cuanto dio un par de pasos hacia el interior de la casa.

—¿Qué? —lo miró.

—Érienne no está.

—¿Ha salido? ¿Dónde? Iré a buscarla porque no creo que pueda esperar...

—No está aquí, Marrok. Sino en Iona, en la abadía.

—¿En la abadía? ¿Qué hace Erienne allí? —se acercó a él y apretó los puños para no sujetarlo por la ropa y exigirle las respuestas que buscaba. Dougal era su amigo, no necesitaba amenazarlo, para que hablase, pero su ansia por saber le hacía estar tenso.

—Bethòc se asustó mucho cuando Angus se llevó a la fuerza a Erienne. Aunque la trajimos de vuelta, verla tan herida, hizo que su miedo creciese. Me suplicó que la enviase a Iona cuanto antes y no me sentí con fuerzas para negárselo, aunque me hubiese gustado tenerla más tiempo a mi lado. Antes de la llegada del invierno, lo preparé todo —sacudió la cabeza, como si tratase de centrarse—. Erienne seguía muy débil por sus heridas y necesitaba cuidados constantes, así que me dijo que se iría con ella. Que aquí no era sino una carga para todos y que en la abadía podría reponerse con más rapidez. Marrok, Erienne estuvo al borde de la muerte. Ni siquiera creí que soportaría el viaje a Iona.

—¿Y porqué cediste? —preguntó con ferocidad.

—Porque aquí no superaría el invierno. Ahora hemos hecho muchas mejoras, pero ya sabes lo duro que se hacía vivir aquí cuando llegamos —suspiró—. Era solo algo temporal, se suponía que regresaría en cuanto estuviese recuperada, pero me envió una carta unos meses después, en la que me decía que se quedaría allí.

—No ha formulado sus votos —se negaba a creer que su Erienne hubiese renunciado a él tan fácilmente—. Ella me ama. Le juré que regresaría siempre a ella.

—No sé si lo ha hecho —admitió—. Después de aquella carta, no recibí más, ni respondió a las mías. Bethòc tampoco me habló de ella en las pocas cartas tuyas que me llegaron.

—Debiste ir a por ella, Dougal.

—Aunque hubiese ido a buscarla a Iona no me habrían permitido el paso. Y si ella no quiere salir, no podría hacer nada al respecto.

—Yo sí podré.

—Marrok —lo llamó al ver que comenzaba a desandar sus pasos— ¿A dónde vas?

—Voy a buscarla, Dougal.

—La abadía en un lugar sagrado, Marrok. No podrás entrar si ella se niega a salir.

—He vuelto por ella, Dougal, no voy a renunciar ahora que está tan cerca. Si debo profanar ese lugar y vivir en pecado, lo haré. Arderé en el infierno por ella si es necesario. Ya he estado allí muchas veces y no tengo miedo.

—Déjame, entonces, acompañarte —se ofreció.

—No —se negó—. Esto es algo que debo hacer solo. Y tú tienes una familia de la que cuidar.

—Permíteme llevarte en barco mañana —insistió—. Está anocheciendo ya y acabas de llegar de un largo viaje. Quédate esta noche, descansa y mañana partiremos juntos, rumbo a Iona.

—¿Tienes barcos propios?

—Muchas cosas han cambiado en estos tres años, mi hermano —rodeó sus hombros con un brazo y lo llevó con él al interior de la casa—. Hablemos esta noche de ello, pues algo me dice que también tienes cosas que contarme. Concédeme un día más, amigo mío, y mañana iremos a por tu mujer. Si hemos de arder en el infierno, lo haremos juntos. La lealtad no va en un solo sentido, ya deberías saberlo.

Marrok se dejó convencer por Dougal, no porque no deseara recuperar a Erienne, sino porque sabía que tenía razón. El invierno todavía persistía, se acercaba la noche y él estaba agotado. Esa no era una buena combinación para viajar. Aprovecharía a saludar a los conocidos, escucharía las noticias que Dougal tenía para él y le relataría su travesía, si aún quería saber qué había sucedido. Recuperaría fuerzas esa noche con una buena cena y una cama cálida. Además, su mujer no iría a

ninguna parte por el momento y en el convento estaba a salvo. Incluso su berserker sabía eso, así que no se removió demasiado en su interior cuando decidió esperar.

Luego de conocer al primogénito de Dougal, subió a su antigua alcoba, que parecía lo único que no había cambiado en aquel lugar, para eliminar el polvo del camino, en el barreño con agua templada que habían preparado para él. Después se puso ropa limpia y se sintió como nuevo. Esos eran los pequeños placeres de la vida a los que había renunciado de buen grado en su viaje solo para poder regresar con la mujer que amaba. En cuanto tuviese a Erienne a su lado, ya no necesitaría nada más para ser feliz.

Un par de horas más tarde, entró en el gran salón, donde muchos ya se habían congregado para darle la bienvenida, y un sentimiento de pertenencia invadió su corazón. No pudo evitar sonreír, después de todo, había regresado a su hogar.

JURAMENTO

El amanecer los encontró embarcando, pues Marrok estaba ansioso por ponerse en marcha. No negaría haber disfrutado de los reencuentros, pero no quería posponer más el momento de ver a la mujer a la que había entregado su corazón. Había estado pensando en todos los posibles desenlaces y el modo en que todos ellos acabasen con Erienne siendo su esposa. Esperaba que fuese tan sencillo como que al verlo, renunciase a sus votos y regresase a Morvern con él, pero sabía que eso era del todo imposible, pues una vez pronunciados, se mantenían de por vida. Y si los incumplía, le aguardaba la condenación eterna, algo que a él no le importaba, pero que no deseaba para Erienne. Y aun así, no se iría de Iona sin ella. Ni él querría, ni su berserker se lo permitiría, algo que lo mantenía en una encrucijada en la que no sabía qué camino tomar.

El viaje en barco resultó silencioso. Marrok no tenía deseos de hablar y Dougal lo respetó, aunque estuvo a su lado para hacerle ver que no estaba solo en esa empresa. Habían hablado de ello después de que la velada finalizase y había sido Dougal quien le había explicado que si Erienne había pronunciado sus votos ya, aunque quisiese irse con él, no podría hacerlo de la manera convencional. También le había dicho que, en ningún momento, había hablado en sus cartas de querer dedicar su vida a Dios, algo esperanzador. Sin embargo, seguía teniendo la duda de por qué había querido quedarse en Iona y por qué había roto todo contacto con Dougal.

En el fondo, Marrok se sentía decepcionado. Durante aquellos tres largos años, no había dejado de pensar ni un solo minuto en Erienne y en regresar con ella. A pesar de la separación física, seguía sintiendo aquella conexión mental con ella que le permitía saber que estaba bien y había sobrevivido a sus heridas. Había pensado que también ella lo sentía, que sabía que no había muerto y que esperaba su regreso con ansia, pero ahora ya no estaba tan seguro. Y eso resultaba muy duro de asimilar.

—Tal vez sea por el berserker —murmuró.

—¿Qué pasa con el berserker? —Dougal aprovechó el momento para hablar con él. Sabía que su amigo se estaba torturando por ese asunto y quería ayudarlo, aunque solo fuese escuchándolo.

—Aún después de tres años —se decidió a contárselo—, sigo sintiendo a Erienne aquí dentro. Sé que está viva y que está bien, aunque no pueda verla. Creía que ella podía sentirme a mí también, pero ahora pienso que tal vez sea por mi berserker. Tal vez sea él quien la presiente y no yo. Después de todo, sus sentidos son los que están más desarrollados, no los míos.

—El berserker y tú sois uno solo, Marrok —le dijo—. Así que si él lo siente, tú también.

—Pero si él no existiese, tal vez no tuviese la conexión con Erienne.

—No la sentías hasta que supiste que ella te amaba —le recordó.

—La sentía —admitió—, pero me negué a aceptarlo. Mi berserker quedó ligado a ella desde el momento en que mis ojos se posaron en ella por primera vez. Era una niña por aquel entonces, pero él sabía que sería nuestra mujer. Yo tardé algo más en darme cuenta. Cuanto mejor la conocía, más me enamoraba, solo que me negué a aceptarlo hasta que ella me confesó su amor. Al saber eso, mi berserker no me permitió alejarme más de ella. Y tampoco yo quería. Ni quiero ahora.

—¿Crees que ella no tiene la misma conexión contigo? ¿Crees que piensa que estás muerto y

que perdió la esperanza de volver a verte?

—¿Por qué no me esperó, sino?

—No tengo respuesta para eso —negó—. Supongo que tendrás que preguntárselo a ella cuando la veas.

—Lo haré —miró al horizonte—. Y si ya me ha olvidado, haré que me recuerde.

—Dudo que Erienne se haya olvidado de ti, Marrok —le sonrió—. Las cosas no funcionan así en el amor.

—Entonces simplemente se rindió —sentenció—. Y eso duele más, Dougal.

—No saques conclusiones precipitadas. No sabes qué la impulsó a quedarse en Iona. Yo la envié para sanar sus heridas físicas, pero quizá haya otras más difíciles de curar dentro de ella y cree que en la abadía podrá sanarlas. O tal vez, después de un año allí encerrada, se haya acostumbrado tanto a la vida tranquila, que ha decidido quedarse un tiempo más. O...

—Solo quiero recuperarla, Dougal —lo interrumpió, sin llegar a mirarlo—. Necesito saber que no ha dejado de amarme.

Dougal no pudo prometerle que todo saldría como él esperaba porque Erienne había sido un misterio para todos después de la desaparición de Marrok. En las semanas que había estado postrada en la cama casi no hablaba con nadie y cuando consiguió ponerse en pie, nunca mencionaba a Marrok. Había puesto todo su empeño en recuperarse, pero algo se lo estaba impidiendo, así que finalmente se quiso marchar con Bethòc a Iona y él no pudo negarse. Aunque ahora que su amigo había vuelto, se arrepentía.

Cuando llegaron al puerto, Marrok les pidió que los esperasen junto al barco. Sentía que debía ir solo a buscar a Erienne. Dougal no protestó en esta ocasión porque entendió que aquello era cosa de dos y que pasase lo que pasase entre ellos, debían solucionarlo solos. Aun así, le hubiese gustado ir con él, aunque fuese como apoyo moral.

Sabía que le negarían la entrada a la abadía, pues su amigo se lo había advertido, pero pensó que si decía que solo pretendía hablar con Erienne, prepararían un encuentro entre ellos. Sin embargo, no hubo nada de eso.

—Ningún hombre puede traspasar esta puerta si no le ha entregado su vida a nuestro Señor —dijo la monja— o si no está gravemente herido. Y diría que vos no os parecéis a ninguno de los dos.

Dicho aquello, cerró la puerta y ya no volvió a abrir, aunque Marrok fue bastante insistente. Finalmente, permaneció cerca de la abadía hasta que anocheció, estudiando el edificio hasta que dio con un posible acceso. Quizá un hombre normal no hubiese podido realizar tal hazaña, pero sabía que a su berserker no le supondría un problema en escalar aquellos muros. Una vez dentro, solo debía encontrar el cuarto en el que dormía Erienne. Algo bastante más complicado.

Pero quizá el destino seguía estando de su parte, a pesar de todo, pues poco después de poner los pies en el recinto interior, descubrió a una joven vestida de blanco, que portaba una vela en su mano derecha y un enorme libro en la izquierda. Y aunque no pudo verle el rostro, supo al momento que era ella. Era su Erienne.

La siguió en silencio hasta que llegó a un pequeño cuarto sin más muebles que una cama, una mesa y una silla. Cuando Erienne quiso cerrar la puerta tras ella, Marrok la sujetó, cubriendo su boca para que no gritase, y se escabulló dentro con ella. Podía sentir cómo Erienne forcejeaba para liberarse y la apretó fuerte contra su pecho. De repente, notó el cambio en ella. Una pequeña inspiración seguida de la más absoluta rendición. Cuando la liberó, Erienne luchaba por no darse la vuelta, aun cuando Marrok sabía que lo estaba deseando.

—Erienne —la llamó, sin saber qué más decirle.

En el viaje en barco había estado ensayando docenas de discursos diferentes donde le declaraba su amor y le pedía que regresase con él a Morvern, pero ahora no recordaba ni una sola de aquellas palabras. Solo quería abrazarla de nuevo y no soltarla nunca más.

—Tres años —le oyó susurrar, antes de que se diese la vuelta y lo enfrentase con una mirada cargada de ira, lo que le sorprendió tanto, que ni se inmutó cuando ella comenzó a golpearlo en el pecho—. He esperado cada día desde que me desperté, recuperándome de mis heridas, a que vinieses por mí, Marrok. Me lo prometiste. Me prometiste que cuidarías de mí. Y desapareciste tres años.

—No fue por voluntad propia, Erienne —acertó a decir, deteniendo al fin sus puños—. Me atraparon y me llevaron de regreso a la tierra que me vio nacer. No he podido volver antes.

—Tienes un berserker dentro de ti, Marrok. ¿Por qué no lo usaste para venir?

—Porque había algo que me retenía allí —le confesó.

—¿Qué? —se cruzó de brazos, esperando oír su razón.

—Había cosas que debía solucionar primero, mi amor —le susurró al oído—. Asuntos que dejé inconclusos en aquellas tierras y que ya no podía ignorar por más tiempo. Lamento si te di la impresión equivocada de que no regresaría. No era eso lo que yo quería, pues cada día de esos tres años mi único anhelo era volver contigo. Juro que te compensaré, Erienne. Haré lo que sea por ganarme tu amor de nuevo. Yo...

—¿Ganarte mi amor? —cuando Erienne trató de liberar su cuerpo de su abrazo, se lo permitió. En su mirada todavía había enfado y temió haberla perdido para siempre. Su berserker bramaba en su interior para que se la llevase a la fuerza y la hiciese entrar en razón a como diese lugar—. Si vuelves a decir algo así, juro que te cortaré el cuello mientras duermes.

—No me digas eso, Erienne —trató de acariciarla—. Yo te amo. Eres mi compañera de vida y...

—Maldita sea —lo golpeó de nuevo, pero esta vez en el rostro—, si has venido para ofenderme, ya te estás yendo de nuevo. ¿Ganarte mi amor? ¿Tan poca fe tienes en mí? No puedes ganarte algo que ya es tuyo, Marrok. Que creas que he dejado de amarte, duele.

—¿Me amas?

—¿Por qué crees que estoy tan enfadada contigo? He estado tres años sufriendo por tu ausencia. Me he quedado en la abadía, aún cuando odio este sitio y la disciplina con que se vive aquí, para poder buscar en los libros alguna respuesta a mis peores miedos. Y sabía que no hallaría consuelo en sus páginas porque ninguno de estos libros habla de lo que le sucede a un berserker cuando está lejos de su...

Marrok no quiso dejarla terminar de hablar, pues le bastaba con saber que no había dejado de amarlo y que no estaba allí para dedicar su vida a Dios, sino por amor a él. Le tomó el rostro con las manos y la besó. Había anhelado tanto sentir sus labios, que casi creyó estar soñando. Tantas veces había despertado creyéndola entre sus brazos y no siendo así.

—Te amo, Erienne —le dijo, sin dejar de besarla. Pero cuando la necesidad de mucho más lo invadió, quiso frenarlo—. Este no es el lugar.

—Esta va a ser mi recompensa por tres años de una aburrida existencia en la abadía —le respondió ella, intentando liberarlo de su ropa—. No me lo niegues, Marrok, por favor. Necesito saber que no es otro de mis sueños. Que de verdad estás aquí.

Con esas palabras lo hizo sucumbir al deseo, pues no podía negar que también él había anhelado tenerla entre sus brazos, demasiadas veces. Quería hacerla suya, demostrarle cuánto la amaba y cuánto la había echado de menos aquellos tres años.

—No sé si este dios nos perdonará —susurró, al llevarla a la cama— por empezar el

matrimonio antes de ir al altar, y usar un lugar prohibido, pero no me importa, Erienne, porque te deseo aquí y ahora.

Torpemente, fue conociendo su cuerpo desnudo con las manos y los labios, maravillándose de su belleza. La había conocido siendo una niña, pero ahora ya era toda una mujer. Su mujer. Descubrió cada uno de los puntos donde era más sensible y los aprovechó para hacerle sentir todo lo que no era capaz de decirle con palabras. Y creyó que verla gemir y contornerse bajo él era el paraíso, pero cuando ella empezó a explorar su cuerpo con caricias inseguras, la tortura que le supuso contenerse para no terminar antes de hacerla suya, le pareció el infierno en vida. Y aun así, lo disfrutó. Era la primera vez para ambos, pero la escasa inexperiencia no los acobardó, sino más bien aprendieron juntos y disfrutaron, incluso al dudar de cómo seguir.

El mundo dejó de existir para ellos y el miedo a ser descubiertos quedó relegado al olvido. Se amaron en silencio y por completo, sin censuras y sin temor a lo desconocido, porque en el fondo, sabían que habían estado toda su vida esperando el uno por el otro.

—Te amo, Marrok—susurró Erienne contra su boca, al sentir cómo traspasaba la barrera de su virginidad y la colmaba de amor desde el interior—. No vuelvas a abandonarme. Donde tú vayas, yo iré también. Por el amor que nos profesamos, júramelo.

—Te lo juro—le respondió sin dudar, con una voz más profunda y grave, que le hizo saber a Erienne que el berserker también se había pronunciado—. Los dos te amamos, Erienne, nuestra compañera de vida. Y lo haremos hasta el fin de nuestros días. Palabra del último de mi estirpe.

EPÍLOGO

Año 1164, en las proximidades de Renfrew

Cuando Malcolm IV fue coronado el Rey de Escocia, ansiaba conseguir las fértiles tierras occidentales, en las que los grandes señores de la guerra gobernaban a su antojo, sin haberle jurado lealtad, y poseyendo poderosos ejércitos que quería bajo sus órdenes.

Por eso, decidió a enviar a sus propios hombres allí, en discretas incursiones que pretendían ir ganando terreno para la corona poco a poco. Sin embargo, cuando esas escaramuzas alcanzaron un cariz más serio y Malcolm pretendió atacar más abiertamente, Somerled decidió plantarle cara en su propia casa. Reunió a todos sus hombres, unas 15.000 tropas, y los embarcó en 160 birlinns rumbo a las costas del fiordo de Clyde. De allí, marcharon hacia Renfrew, dispuestos a detener al ejército del rey escocés, que iba capitaneado por Walter Fitz Alan, un implacable escocés con fama de no haber sido vencido jamás en batalla.

—Mi señor —alguien irrumpió en la tienda en la que Somerled estaba reunido con sus capitanes—, alguien se acerca.

—¿Amigo o enemigo? —preguntó él, aunque ya estaba caminando hacia la salida.

—Es vuestro hijo Dougal —informó—. Creí que queríais ser el primero en saberlo.

Después de seis años, Somerled no había perdonado todavía a su hijo por haberse rebelado contra él. Le había retirado su ayuda, creyendo que regresaría con el rabo entre las piernas a rogar por su perdón, pero Dougal le había demostrado que no lo necesitaba. Había conseguido buenos aliados que le eran leales y se oían grandes proezas sobre él, incluso sin tener un ejército mayor de lo que había tenido en la batalla de Man. Había sabido defender sus tierras y a su pueblo sin él, tal y como había dicho que haría.

—No he mandado llamarte —le dijo en cuanto lo tuvo delante.

—Os dije que os ayudaría si algún día me necesitaseis y aquí estoy —le respondió él.

—Puedes regresar por dónde has venido, Dougal, pues no te necesito.

—Me quedo —tras decir eso, se giró hacia sus hombres y comenzó a impartir órdenes para instalarse.

Somerled pensó en usar la fuerza para enviarlo de regreso, pero le pareció un desperdicio de tiempo y esfuerzo, así que se giró también y volvió a su tienda para seguir planeando la estrategia que llevarían a cabo al día siguiente.

—Te dije que no serías bienvenido, Dougal —Marrok se había colocado a su lado, mientras supervisaban que todos hiciesen su trabajo.

—No me importa, Marrok. Son mi familia.

—Ellos no estuvieron para ti en seis años —le recordó.

—Pero yo lo estaré para ellos —lo miró—. Si no hubiese venido, no sería mejor que ellos, Marrok, ¿no crees?

—Entiendo que para ti sea importante, pero no pidas que lo apruebe. Mi lealtad está con aquellos que la merecen, lleven mi sangre o no. Si estoy aquí es por ti, no por él.

—Lo sé, Marrok. Si estoy aquí es porque quiero tener la conciencia tranquila. No soy como mi padre.

—Jamás lo has sido, Dougal —le aseguró—. Y no tenías que haber venido para demostrarlo.

Aun así, al día siguiente, se unieron a la batalla, que tuvo lugar cerca de Paisley, donde ambos ejércitos colisionaron brutalmente. Y aunque los hombres de Somerled lucharon con fiereza y la batalla se tornó muy sangrienta, fueron incapaces de romper la línea defensiva de sir Walter.

Dougal le rogó a su padre que ordenase la retirada cuando vio que no lograrían ganar, pero él se negó, incluso cuando una jabalina le atravesó la pierna. Bien sabía su hijo que prefería la muerte antes que la rendición.

—Dougal —Marrok se acercó a él, después de matar a su oponente de un certero espadazo en su vientre—, debemos retirarnos. No venceremos a las fuerzas de Malcolm. Morirán muchos si no nos vamos ya.

—Gillie —Dougal llamó a su medio hermano, que había decidido luchar junto a su padre. Cercenó el brazo de un enemigo, antes de acercarse a ellos, pues parecía que no lo escuchaban. Marrok cubría su avance—. Tú puedes convencer a nuestro padre de que repliegue a sus hombres. Esta batalla ya está perdida. Tenemos que...

—Sabía que eras un cobarde, hermanito —escupió las palabras, sin dejarle terminar de hablar y mirándolo con desprecio—. Sabía que no servías como líder. Yo gano, Dougal.

—No ganarás nada si mueres. Vive hoy, lucha mañana —le recitó, pero sabía que Gillie nunca lo vería de ese modo. En el fondo, era el más parecido a su padre, y Somerled les había enseñado que era preferible la muerte a una retirada, así que cuando vio las huestes enemigas cernirse sobre ellos, gritó retirada a todas sus tropas. No dejaría que sus hombres muriesen por un padre que nunca lo fue.

—Cobarde —le gritó Gillie mientras se alejaban. Pero aunque las palabras de su medio hermano siempre le habían afectado, en esta ocasión no sintió nada.

Había hecho lo correcto, yendo en pos de su familia para defender las tierras de su padre, pero ahora no sentía que les debiese nada. Al fin, se había liberado de la culpa que había sentido al desligarse de ellos seis años atrás. La necesidad de demostrarle a su padre que era buen gobernante se había esfumado, pues sabía que lo era. Y sabía que su padre jamás lo vería, aunque se lo pusiesen en bandeja. Su tiempo con él había terminado y solo ahora lo veía.

—Regresemos a casa, Marrok —le dijo a su amigo, con la certeza de que el rey escocés ganaría ese día—. Se avecinan nuevas batallas contra Malcolm y debemos estar preparados para defender nuestras tierras.

—¿Crees que tu padre sobreviva? —le preguntó, lejos ya de la batalla.

—Si lo hace —lo miró, serio—, él no vendrá a ayudarme cuando el rey escocés pretenda apoderarse de mis tierras. Ya no le debo más lealtad, Marrok. Me he liberado al fin de la deuda que creía tener con él por haberme dado la vida. Ha llegado la hora de luchar por nosotros y nuestras tierras, como debería haber sido desde el principio. No más lazos con el pasado. A partir de ahora miraremos hacia el futuro.

Y aunque en ese momento no lo sabían, Somerled moriría a manos de sus enemigos, siendo asesinado por la espalda. Gillie lo haría igualmente, dejando las tierras de su padre en manos de sus otros hermanos, que deberían protegerlas durante años para que ni Malcolm ni otros señores de la guerra se apoderasen de ellas. Por desgracia, Dougal no estaba equivocado y habrían de luchar por sus propias tierras, pero no únicamente contra Malcolm, sino también contra sus propios hermanos. Ese era el legado que su padre les había dejado. Pero en ese momento, solo pensaban en regresar al hogar y en olvidar que una vez habían intentado ayudar al padre de Dougal.

Marrok ansiaba más que nadie, volver con su esposa. Con su Erienne. Muchas cosas habían

pasado en tres años, pero para él, su matrimonio había supuesto el inicio de una nueva etapa. No solo por lo que ella le aportaba al hombre, sino por lo que había logrado con su berserker. Si durante los tres años lejos había podido establecer un lazo más fuerte con él, desde que habían regresado, descubrió que, en ocasiones, no podía distinguir esa separación que siempre había habido entre ellos. Como si ya no fuesen dos entes separados, sino uno solo. Erienne le había traído paz. Y algo más.

—Has vuelto —le dijo ella, sonriendo.

Marrok la sostuvo en brazos y la besó con adoración.

—Siempre —le respondió después— ¿Dónde está?

—Duerme —lo tomó de la mano y lo acompañó hasta el pequeño cuarto de la niña.

Cuando Erienne le había dicho que esperaba un hijo suyo, había sentido miedo. Él no quería cargar a sus descendientes con el estigma de ser un berserker y lo había discutido mucho con ella, pero como pasaba siempre, su esposa había ganado. Contra la razón no se podía luchar.

—Te tendrá a ti, mi amor —había dicho Erienne aquel día—. No estará solo. Podrás enseñarle a controlar a la bestia. Sé que su compañera de vida le ayudará con eso cuando la conozca, pero también sé que tus consejos y tu apoyo serán importantes para él. No va a tener que averiguarlo todo solo, como tú.

Ahora se sentía agradecido de que hubiese ganado la batalla, pues tenían una hija hermosa que lo henchía de orgullo y a la que amaba incondicionalmente.

—Es tan bella —susurró, mientras la veía dormir—. Igual que su madre.

—Y será tan fuerte como su padre —dijo Erienne, que había rodeado su cintura para poder verlos a ambos.

Entonces, Àine abrió los ojos y los observó a ambos, sonriente. Marrok vio el brillo especial en sus tiernos ojos, el mismo que lo llenaba de orgullo y de temor, el mismo que su berserker supo reconocer en cuanto vio por primera vez a la pequeña. Porque, aunque lo había creído imposible, su hija era un berserker.

La primera de su estirpe.



Sonia López Souto nació en Galicia en Enero de 1979. Madre de una niña, ama leer y ama escribir. No concibe lo uno sin lo otro. Su pasión por la lectura nació a sus 12 años, cuando su madre le regaló su primer libro para leer por placer y no por obligación. Esa pasión fue la impulsora de que comenzase a escribir a la edad de 15 años.

Casi todas sus obras están ambientadas en Escocia, un lugar que la enamoró por sus increíbles paisajes y su historia cargada de luchas, donde el orgullo y la dignidad de los escoceses prevalecen sobre cualquier otra cosa.

Roba tiempo al sueño, para crear historias que hagan soñar a sus lectores. Romántica obstinada, deja fiel reflejo de ello en cada una de sus obras.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<[amazon.com/author/sonialopezSouto](https://www.amazon.com/author/sonialopezSouto)>>

<<<https://www.facebook.com/groups/SoniaLopezSouto>>>

<<<https://www.facebook.com/SoniaLopezSouto>>>

<<<https://www.instagram.com/SoniaLopezSouto>>>